

Fábula de la redención

Pedro Carbonell Castellero

Fábula de la redención

© 2008, 2013 y 2015, Pedro Carbonell Castellero

A Manuela.

Por ser mi compañera.

Por hacerme feliz.

PRIMERA PARTE

Walter proyectado

CAPÍTULO 1

Es de noche y llueve.

La machacona reticencia del camión obliga a los hombres del impermeable naranja a abrir las cajas rodantes que descansan junto a las aceras y colocarlas para verter su hediondo contenido por la gran boca posterior del vehículo. Éste mastica y traga con devoción, eructa en metálico, reanuda el camino y, a pocos metros más, vuelve a pararse bajo la pretensión de un gran desamparo por parte de los hombres impermeabilizados.

La tarea ha acabado y Walter está cansado. No se reprime en cantar el solaz del descanso bajo la tibia agua de la ducha.

-Muy contento está Walter –es José quien habla desde otra ducha-. ¿Piensas en el momento en que llegues a casa y te encuentres con la mujer?

-Sí. Aunque también me preocupa cómo nos ubicarán cuando lleguen los nuevos automatismos, en los que sólo será necesario el conductor. Creo entender que los puestos de reciclaje están todos ocupados...

-No te preocupes, van a añadir otros materiales para reciclar. En realidad hará falta gente nueva, como tú –lo tranquiliza José-. ¿Ya tienes hijos, Walter? ¿Cuántos, si así es?

Walter opta por no responder: está un poco harto de preguntas personales, en apariencia amistosas. Sabe, por su evidente descaro, que José intenta indagar en su vida privada, pero no está dispuesto a transmitirle ni un ápice de información. Hace pocos días que trabaja en la empresa de recogida de desperdicios (su enésimo empleo) y no quiere dar confianza a los nuevos compañeros. La experiencia le ha enseñado que no es conveniente abrirse demasiado a los demás.

Siente hartazgo de las personas como José: dicharacheros y en apariencia buena gente, pero se trata en realidad de individuos manipuladores y tergiversadores: vanos buscadores de una pizca de poder en las estructuras internas de las empresas.

A tientas, Walter busca por la parte posterior de la pared de la ducha hasta que da con la toalla, que se halla colgada en una percha; seca su cuerpo, también los restos de espuma que le ciegan los ojos, y se dirige a su taquilla. Ahueca una zona de la banqueta casi a codazos y comienza a vestirse con parsimonia. Todos los colegas marchan antes de que se peine frente al empañado espejo.

Cierra con llave la puerta de la nave del vestuario y camina, mojándose, hasta la cabina del guarda. Éste se encuentra hojeando una revista erótica y no parece alegrarse cuando tiene que abrir la ventanilla para recoger el llavero que el otro le tiende.

Los inquietos faros del coche se ríen de la noche muerta. Vira el vehículo por un camino sin asfaltar, y los árboles del bosque lo engullen a intermitencias hasta que, recorriendo un par de kilómetros llenos de

curvas y cuestas, reaparece por completo junto a una granja semiderruida.

Walter estaciona, desciende del destartado automóvil y anda a tropezones, molesto (y molesto) por los festejos con que su perro pastor alemán, Azul, le homenajea. Consigue llegar a la puerta y cierra tras de sí, borrando al animal. Agotado, despliega las mantas y se introduce en el crujiente camastro.

CAPÍTULO 2

Nada hay, pero parece lleno. Perspectiva de ave, vorágine de maculadas imágenes.

El eje del ojo se ralentiza y gime la nitidez.

Walter puede verse a sí mismo: camina por un estrecho sendero situado a media altura de la ladera norte de una boscosa colina. Siente temor y su aliento se vaporiza en el aire debido al intenso frío. No sabe cómo ha llegado hasta ahí. Justo cuando se pregunta eso, una vertiente lúcida de su disuelta personalidad le dice que se trata de un sueño, pero no está muy seguro de ello.

La resbaladiza, negra y fragmentada pizarra que compone el suelo del sendero parece en un brusco abismo. Se asoma a él y, después de unos segundos de indecisión, coloca un pie en el vacío *—es un sueño,*

piensa en el interior de lo que él supone que es su propio sueño-, su cuerpo se desequilibra y cae, cae, cae... Walter grita en espantoso silencio.

Poco poder de acumulación.

Cambio.

Una vieja cabina telefónica recompone el ardor que Walter siente en estos momentos. La devora en centésimas de segundo. Gira la cabeza a la izquierda y conserva en sus retinas la imagen de una caseta de aluminio, de aquellas que se utilizan en las obras para guardar el utillaje, los enseres y el vestuario de los obreros. Se dirige a ella y entra. La sombra se adueña de su visión, de la cual sólo puede localizar los característicos –en su persona- y flexuosos escotomas transitorios. Reposo un instante hasta que sus pupilas se acomodan a la escasa luminosidad reinante: picos y palas llenos de barro, trozos de tubo de polietileno mal enrollados, maquinaria de inconcreta utilidad... Todo ello amontonado a los lados del recinto, dejando el centro libre para que lo ocupe un herrumbroso dúmper. Se acerca al destripado sillín del artefacto y juega con la chirriante palanca de cambios. Respinga al vislumbrar de reojo una pequeña sombra que salta desde un intersticio del tablero de mandos, cae al suelo y sale corriendo hacia la entreabierta puerta, para acabar perdiéndose por detrás del tabique laminar de aluminio. -*¡Maldita rata! ¡Vaya susto me ha dado!*

Olvida enseguida.

El escenario se diluye, desaparece, aunque los límites permanecen, para resultar todo sustituido por una enorme y extraña gema con

infinidad de facetas que flota sin apoyo aparente, allá donde se encontraba el volquete de la tractora. Brilla la joya con intensidad y resplandece como si en su interior hubiese una potente lámpara que pugnase por derretir el fascinante cristal.

El objeto acapara la mirada de Walter. Estira la mano hacia él con cierta aprensión, pero ninguna sensación de calambre o quemadura le obliga a retirarla: es suave, muy suave, y emana de su superficie un tibio calor de características similares a las de un cuerpo humano. Aun su tacto..., sí, sí; le recuerda a piel, piel de bebé quizás.

Un brusco cambio en la luminosidad de la gema lo conmina a retirar la mano por simple prudencia. El primigenio e impoluto blanco mateado es sustituido por nuevos colores más vivos que mueren al instante para transformarse en otros, continuamente, en sucesión cada vez más vertiginosa, mareante y perturbadora. Walter se siente desorientado, culpable de quizás haber podido activar algún resorte escondido al tocar la joya con su mano. El efecto caleidoscópico es ahora frenético, tanto, que lo asusta e intenta salir de allí. Se vuelve, pero no hay puerta; sólo oscuridad: pared que lo coloca entre la espada que es la gema...

Walter se despierta notando cómo el sudor impregna su piel de bronce. Siente náuseas y acude al remedo de aseo a vomitar. Expele con dificultad un agrio líquido cuya ausencia en el cuerpo hace que se sienta mejor. Limpia su boca con una mano mientras con la otra conecta un trozo de manguera al grifo de la pica y comienza a llenar un cubo; se lava la cara y las manos con la fresca y tonificante agua, y cuando acaba lanza el líquido del recipiente al retrete para limpiarlo de los restos salpicados.

Sintiéndose tranquilo y aliviado, regresa al camastro, para volver a un sueño que no padece más interrupciones hasta su despertar habitual, que suele ser alrededor de una hora antes del mediodía.

CAPÍTULO 3

El ruido de los golpes de martillo se estira entre los árboles y algunos pájaros cercanos al sonocentro huyen despavoridos. Walter da el último golpe sobre la madera podrida del tablón y éste cae al suelo emitiendo un sordo rumor. Lo agarra por una de las puntas y lo arrastra junto al montón de material inútil que ya ha acumulado a lo largo de la jornada. Continúa con esta labor hasta que el sol sobrepasa de largo su cenit; entonces, retira de sus manos los guantes protectores, se restaña el sudor de la cara con ambos antebrazos, y después dirige sus pasos al antiguo abrevadero para cerdos y completa la tarea de lavarse y refrescarse. Ha dormido como siempre: lo justo para sentirse apenas descansado; y nada más levantarse acudió a reparar una valla en la actualidad casi inexistente, pues la malla de hierro que se sujetaba a los tabloncillos (colocados a distancias simétricas entre sí), y unía éstos, se ha desgastado hasta casi desaparecer debido a un proceso de oxidación de muchos decenios de duración.

Camina hacia la edificación con ánimos de comer cualquier cosa; no ha desayunado y su estómago, aún con reminiscencias del acre vómito posterior a la pesadilla, le exige sonoramente alguna sabrosa sustancia que digerir.

Cuando adquirió la granja a tan módico precio, sabía que le costaría un gran esfuerzo acondicionarla y ponerla medianamente al día; aunque no imaginó cuánto. Lleva tres fines de semana seguidos intentando reconstruir la empalizada que delimita el terreno de su propiedad y todavía no ha reparado ni una cuarta parte de su perímetro. Y esto es sólo el comienzo porque aún le falta acondicionar por completo la vivienda: reforma de fachada y paredes, pintura, canalización de agua caliente, reconstrucción de baño y cocina, muebles, y ante todo colocar el panel de células fotoeléctricas, para que de una vez por todas pueda disponer de energía eléctrica. Pero cosas así no dependen sólo de él; hace un tiempo ya que llamó a las empresas que deben encargarse de resolver tales asuntos, y aún no han acudido a su petición; ninguna; posiblemente, piensa él, debido a lo recóndito de su ubicación.

Entra en el cuarto que utiliza de modo provisional como cocina. No tiene ganas de esmerarse ni de entretenerse, así que abre un armario elevado, tantea con la mano en el polvoriento anaquel hasta que localiza la lata de fabada preparada que buscaba, la coge, llena una olla con agua y sumerge el pote hermetizado en ella; acciona la espita del hornillo de gas, enciende el fogón y coloca la olla encima. No se trata del manjar que aguarda su estómago pero servirá para aplacarlo. Transcurre el tiempo indicado; abre la lata, vierte su contenido en un plato y camina con él

hasta la mesa situada en el comedor. Deposita el plato en la mesa y seguidamente conecta el viejo transistor a pilas que le sirve de fiel compañía; se sienta en un taburete y empieza a comer con gesto circunspecto, atento al noticiario que se emite en estos momentos.

Hablan por la radio sobre el escándalo de la cadena de televisión que para mantener el nivel de audiencia de su *reality show* pagó a un padre de familia, que se encontraba en paro y casi en la miseria absoluta, para que matase a un antiguo encargado suyo, al cual odiaba debido a que una discusión con él le provocó su posterior cese en la empresa. Manejando con sagacidad las herramientas de la ira, la desesperación, y sobre todo la promesa de una sustanciosa retribución económica –que a la postre, al parecer, no lo fue tanto-, no hizo falta darle al pobre hombre un empujón demasiado grande para que cometiese el delito, que es, por cierto, el más penalizado por la justicia: proceder en contra de una figura relacionada con un proceso productivo o generador de dividendos. Blasfemar en público contra los empresarios, los políticos, las marcas, la competitividad, el consumo, los medios de publicidad, la familia, tener muchos hijos... está en absoluto prohibido hoy por hoy.

Descubrieron el repugnante montaje gracias a las sospechas que produjeron la elevada profusión de datos e imágenes que proporcionó la cadena de televisión en los momentos -reiterativos hasta la cargazón- de relatar los sucesos. El asesino actuó con la cara cubierta por una máscara, pero, destapado todo, apenas costó identificarlo y localizarlo.

A los responsables del programa televisivo es posible que nada les suceda: una buena multa para las voraces arcas del Estado y ya está.

En algún oscuro rincón de una sucia carpintería, se dice que viejos aprendices ensayan construyendo su primera horca para probarla en cuanto acabe el proceso contra el desdichado proletario. El acontecimiento será televisado en directo por la propia cadena que lo sobornó.

El relato del suceso conlleva que la mente de Walter cavile respecto al profundo odio que profesa contra la oligarquía reinante, tendente ésta a cercar hasta la asfixia al individuo autosuficiente y anárquico: pieza inexistente en su tablero de juegos.

Chasquea la lengua con resignada ironía, sabedor de que su rencor deviene por estar situado en la gran cesta del perdedor. *Soy un cabroncete. Sé muy bien que si pudiera situarme en el lado de los vencedores –no sé: editando un libro o un disco, o emprendiendo un negocio que me fuese bien-, seguro que éste sería el mejor de los mundos posibles. ¡Qué cinismo el mío!... Y el de todos: el único ideal que existe es el del dinero...* cavila, con amargura y resignación.

Perdura una vacía argamasa de pensamientos enredados y confusos mientras come con una cuchara que rechaza su mirada, al depositarse ésta bajo las menguantes alubias. Tiempo hace que no se encuentra demasiado bien y no sabe a qué achacarlo, pero tiene claro que no debe ir al médico para pedir una baja, pues su contrato todavía es de pruebas, y sabe que lo despedirían del trabajo. Cree que se trata de algo anímico; o quizás sea falta de relaciones sociales, de conversación: se ha evidenciado que una charla agradable ejerce en la mente algo equivalente a lo que en nuestro físico realiza el caminar. *Debo buscarme alguna*

buena compañía, amistades, aunque de sobras sé que debo realizar un esfuerzo sobresaliente para eso. Siempre he sido muy retraído, tímido, hombre ensimismado en problemas que se escapan de la esfera de lo cotidiano... No queda mucha gente como yo, que tenga un modo de pensar independiente; personas asertivas, cultas y sanas que no teman expresar lo que sienten... Bueno..., siempre y cuando no se incurra en delito, puesto que nuestras leyes son demasiado restrictivas respecto a la libertad de expresión... Pero alguien debe de haber por ahí..., alguien debe de haber... Aunque el problema estriba en encontrar a semejante persona..., y más con mi manera de proceder: tan inhibida. En fin; sigamos comiendo. Y come. Una vez acabada la fabada, recoge los cubiertos, los lleva a la cocina y los deposita, hundiéndose lentamente, entre las sucias aguas contenidas en una palangana. Acude a la puerta principal y se apoya cansino en el carcomido marco de madera, tan viejo éste, que no se vislumbra ni una traza de la pintura que alguna vez estuvo recién colocada. Observa como cae, de nuevo, una lluvia constante y fina, de delicados susurros. Bendita lluvia; me va a servir para dormir una buena siesta, y ello sin remordimientos por no trabajar más en la reparación de la valla, piensa, con ligero regocijo ante la inútil excusa que él mismo se impone. Regresa adentro y desconecta la radio. Echa a Azul del camastro y se acuesta. Le satisface que el calor corporal del animal mantenga tibio el lecho. Antes de dormirse nota un peso en el costado; se gira con la intención de espantar al perro, pero lo piensa mejor y desiste: hoy no se encuentra muy bien y la proximidad de Azul

produce que lo haga sentirse protegido, de manera irracional pero profunda.

Walter duerme durante toda la tarde y gran parte de la noche.

En el exterior la lluvia remite hasta cesar, y sale la Luna, escoltada por remolones jirones de nubes, obligándola éstas a jugar al escondite; un cánido aúlla a una indeterminada distancia, provocando un leve movimiento de orejas en Azul; en algún lugar, un niño está naciendo, mientras otro niño también comienza a nacer, a través de dilatados túneles que provocan espasmos de dolor, o de placer esperanzado, a sus madres (y mientras todo esto pasa, otros preneonatos toman el relevo). Ocurre también, en estos instantes, que gente mata a otra gente, y otros mueren por su propia inercia vital. Se inicia un golpe de estado en un país tercermundista; un pequeño asteroide impacta contra un gigante gaseoso; una distante estrella inicia su punto crítico para convertirse en supernova; un agujero negro engulle un planeta, incluyendo a la civilización que habita en él... Se trata del tipo de cosas que acostumbran a suceder mientras alguien duerme, camina o realiza cualquier tipo de tarea sobre este fútil y hermoso pedrusco perdido en algún rincón del universo.

La cadencia se desaliña en aspectos que no incumben respecto a un retrato general de situaciones que palpitan con el propósito de remasterizar todo el ciclo del espacio, del tiempo, y dimensiones de las cuerdas que forman racimos de cuantos. Es ésta una situación de desequilibrio, en la que el trasunto de un inconsciente jugador mueve elementos y desarrolla piezas que hasta ahora eran poco, o nada,

permisibles de manipular. Ignorante e indiferente, el universo se impide a sí mismo prepararse, y sucedáneos de la creación se regeneran en su propia imposibilidad para convertirse en realidad: es posible que nuevos convenios de infinitas abstracciones (¿o quizás sean delirios?) que se desean de un modo que el ser humano no puede concebir, compitan por hacer sucumbir lo que siempre se ha dado por sentado que debe ser.

CAPÍTULO 4

El coche no parece haber sentido en exceso el largo periodo de inactividad; el motor enciende a la primera y Walter hace girar las ruedas para enfilarse el camino y salir de casa en dirección al trabajo. El trayecto es largo y dispone de todo el tiempo del mundo para reflexionar, y llevarlo a cabo desde su momentánea perspectiva pesimista y depresiva: se siente agobiado por los problemas que le vienen desde muchos frentes.

Su mente interacciona con el automóvil de una manera por completo automática. Incide Walter en su pasado, y lo hace con el momento en que tuvo su primer contacto sexual serio: uno de los pasajes que él considera más importantes en su corto trayecto vital. Rememora, desmenuza y analiza su diacronía; imágenes frescas como si fuesen del día anterior. Aunque Ana y él no nacieron ni lo hicieron ayer...

El tiempo repara pero no puede autorrepararse; el pasado permanece en un estado puro y petrificado, y no existe desavenencia benigna consigo misma entretanto el presente materialice una personalidad que conlleva crisis internas, en bifurcaciones y derramamientos proclives a la autonegación del individuo. Y Ana era el punto de partida a este estado actual, que a su vez se consolidará en otros más etéreos por el mero hecho de no exigir inmanencia en persona o ser alguno, puesto que el devenir de nada se inculpa.

Era Ana en aquel entonces la mayor de los tres hijos que había engendrado (se supone) el matrimonio Rodríguez, pareja ésta la más adinerada del pueblo y ambos conspicuos abogados.

Los Rodríguez eran de ese tipo de personas que no saben disfrutar de su estatus: preferían trabajar e ir adquiriendo más poder poco a poco, en lugar de, una vez asentados los pilares económicos, llevar una vida cómoda y sin problemas, contemplativa. Mantenían una dura pugna entre ellos por ver quién era el mejor letrado de la zona, y la consecuencia fue que acabaron separándose, hastiados y arrasados por su estúpida batalla.

Walter recuerda cuando su madre, que cuidaba los niños del matrimonio, lo llevaba con ella en la época de verano, en la cual no había colegio y la mujer no tenía con quién dejarlo a cargo, para que jugase y se entretuviese con los pequeños Rodríguez.

La joven Ana era una preciosa prepúber que gustaba de bañarse a manguerazos sobre el césped de su espléndido jardín. Lo hacía desnuda y tenía una especial fijación por limpiarse con desinhibidas caricias sus genitales. Walter la contemplaba sin comprender por qué le gustaba tanto

acariciarse aquella rajita por la que las mujeres y las niñas hacen pipí. Sólo contaba con seis años de edad y Ana tenía aproximadamente unos cinco más que él. Pero a Walter, desde su infantil perplejidad, le parecía una mujer adulta; aunque claro, aquella zona del cuerpo de Ana estaba exenta de vello, y él, que había visto muchas veces la entrepierna de su mamá, podía constatar que las mujeres tienen un oscuro velo entre las piernas, por lo que aquella supuesta incongruencia lo mantenía absorto, embobado durante buenos ratos, preguntándose qué era lo que no cuadraba.

Entrañables son los enigmas de la infancia.

La chica carecía de prejuicios, piensa, no le importaba mostrar su impúdica desnudez a cualquiera. Al pobre jardinero lo tenía siempre masturbándose mientras la espiaba desde el ventanuco del cuarto de las herramientas. Esto lo sabe Walter porque abrió una vez de sopetón e imprevisto la puerta y se encontró al buen hombre con los pantalones bajados, en uno de esos momentos, digamos, intempestivos, de plena ejecución del acto. Cuando se recompusieron de sus respectivas sorpresas, tuvo Walter que salir huyendo porque el otro lo perseguía con la indumentaria aún descompuesta y con el rastrillo cogido del revés, para apalearlo. Se formó una enorme algarabía, pero todo acabó al darse como excusa que el niño había intentado robar un rosal contenido en una maceta. Walter, ceñudo y cohibido –ya desde pequeño introvertido y parco en palabras-, sin saber justificar lo que no comprendía, recibió como castigo unos buenos cachetes en el trasero.

Nadie pareció darse cuenta del cada vez más menguante bulto de la entrepierna ni de los faldones de la camisa fuera de los pantalones del buen señor. Aún éste tuvo suerte de poderse abrochar con rapidez la bragueta, y con ello resolver a duras penas su precaria situación, a la hora de justificar sus falsas acusaciones sobre el chiquillo. *Ella era consciente de las curiosas, y lujuriosas, miradas que despertaba, de que empezaba a tener un cuerpo con verdaderas pretensiones..., identificándose éste poco a poco con su carácter, porque, ¿y lo exigente que era?!... A mi bendita vieja me la llevaba de cabeza con sus estúpidos caprichos. Siempre la amenazaba con que si no era satisfecha le diría a sus padres que no cuidaba bien de ella y de los pequeños. Y sus padres la creían a pies juntillas, pues se trataba de su niña mayor, su favorita, la que seguiría con más probabilidad sus pasos.* Una cerrada curva le hace cortar el hilo de sus pensamientos para concentrarse por un momento en el manejo del automóvil. *Era bonita, muy bonita... Preciosa.* Y visualiza aquel rostro (que fluctuaba: casi siempre perdido en algún rincón del recuerdo) de dominantes ojazos verdes y nacarados rasgos mayestáticos; aunque por desgracia, desde su punto de vista, lastimosamente agudizados con heráldicas aristas, síntoma de un aire de incipiente autoridad.

Los años transcurrieron en relativa calma y pasaron de perfil por el pueblo. Walter creció y se transformó en un guapo muchacho al que las mozas ya empezaban a desear. A sus quince años era ingenuo y vital, y su concepto del amor y del sexo no alcanzaba más lejos de lo que pudiera

significar una bella relación, casi mística, que se daba entre hombres y mujeres.

Paseaba por la calle principal cuando se encontró con Ana, que después de mucho tiempo ausente, volvía de la capital, en donde estaba estudiando Derecho, manteniendo de este modo las expectativas de sus padres. Ana se había transformado en una espléndida mujer. Por desgracia, su edad y condiciones psicosociales convergían por completo para hacer de ella una persona en verdad conocedora de la vida y sus execrables entresijos.

Hubo sorpresa en ella cuando se dio cuenta de que aquel hermoso chaval era su antiguo compañero de juegos.

-¡Vaya, vaya! Tú eres Walter, el hijo de los Mamede..., los muertos de hambre.

El sangriento latiguillo no ofendió al chico, pues a su debido momento se acostumbró a que lo tratase así. Pero respecto a ella, no hace mucha falta comentar que el tiempo transcurrido y la educación recibida no parecían haberla vuelto más agradable, o por lo menos así sucedía con las personas que consideraba sus subalternos. La pequeña tirana sólo se había transformado en una tirana adulta.

-Sí, soy Walter –respondió él.

Todo sucedió con desconcertante celeridad. Recuerda cómo ella lo cogió de la mano y lo llevó a las afueras del pueblo aduciendo que dando un largo paseo se conocerían mejor.

Las hojas secas de los álamos crujían bajo sus pies. Se detuvieron junto al remanso que todos llamaban “grande”, y Ana lo desnudó. Se

dejó hacer: carecía de experiencia para tomar la iniciativa; además estaba acostumbrado a obedecerla.

El corazón de Walter latía desacompasado; los suspiros y la impetuosidad del hacer de Ana le producían una ambigua mezcla de excitación y ligero temor y embarazo. Llegó a adquirir una sensación de pánico cuando ella, como si se hubiese vuelto loca, exclamó con ronca voz:

-¡Te voy a desvirgar! ¡Te voy a desvirgar! Me dijeron que estabas más bueno que el chocolate y que pronto te acapararían... ¡Tenían razón! ¡Sí...! ¡Qué razón tenían!

Walter se hallaba estirado en el suelo, sobre un colchón de hojarasca, la cabeza rozando el tronco de un árbol; y Ana, que bizqueaba y tenía revuelto el cabello, montaba a horcajadas sobre él. Ella echó hacia atrás el torso y lo observó con deleite y alienación.

-No aceptaré que alguien se te apropie –soltó, susurrándole saliva a la cara. Sus piernas no permitían al muchacho moverse; sus manos le sujetaban las muñecas. Tenía una fuerza inverosímil: no parecía corresponder con su frágil apariencia.

-¡Mete la mano! ¡Mete la mano y arranca las bragas! –Y se la condujo bajo la falda hasta que le hizo dar con la delicada tela-. ¡Arráncalas, estúpido... Arráncalas! –Walter sujetó con firmeza e hizo lo que ella le pedía. La desgarrada prenda quedó en su mano, y él la miró absorto, como si fuese un lejano espectador de la frenética escena que protagonizaba.

Mientras el chico contemplaba alelado las bragas, ella agarró su pene y comenzó a masturbarlo. Él desvió los ojos hacia su propio pubis, quedando su raciocinio bloqueado ante la acción que tenía lugar allí; y acto seguido enfocó el rostro de la joven. *¿Qué expresaba su cara?, piensa. ¿Deseo? ¿Voracidad? ¿Dominación? ¿Lujuria?... ¿O un compendio de todo ello, quizás?*

Aquello ya era demasiado para él; sólo tenía quince años y estaba asustado.

El golpe definitivo a su angustia fue cuando ella reuló hacia atrás con la intención de posicionar su boca a la altura del ya erecto miembro. Hoy en día comprende que deseaba hacerle una felación, pero en aquella época no sabía nada de esas cosas y se temió lo peor. Reaccionó y, como pudo, la echó a un lado, cogió su ropa y escapó. Aún recuerda los insultos que ella profería mientras él corría trastabillándose entre las hojas con sus pies descalzos.

Desde entonces adquirió aversión hacia las mujeres. Llegó a pensar que era homosexual, y alguien (probablemente Ana) hizo correr la voz de que, en efecto, lo era. Cosas así se pagan muy caras en las pequeñas poblaciones, y Walter acabó yéndose de allí, abrumado por el vacío y la burla social a que se vio sometido por sus paisanos. Dio tumbos de un lugar a otro hasta que recaló en su solitaria actualidad, pues de manera paulatina, durante su peregrinar, fue perdiendo el contacto con las pocas amistades que le quedaron en el pueblo; pero lo que más le dolió fue el brusco rechazo de su propia familia: gente humilde que se vio presionada e impelida a renegar de él ante el temor de perder su trabajo de sirvientes

(único medio de subsistencia que tenían) en casa de la ex señora de Rodríguez.

¡Dios!, es terrible. Han pasado doce años desde aquel fatídico día, y no me atrevo a repetirlo con ninguna. ¿Puede un solo momento de la vida incidir tanto sobre el resto de nuestra existencia?... Sí. Claro. Un accidente automovilístico, por ejemplo, podría dejarme paralítico para siempre, si no matarme. Un coche, en imprudente incorporación a la carretera, le hace dar un volantazo e invadir durante un instante el sentido contrario de circulación, por el cual se acerca un camión de gran tonelaje que le obsequia con un ronco y estridente recital de claxon hasta que puede incorporarse de nuevo a su carril. ¡Maldita sea! ¿Será verdad que el pensamiento está cohesionado con la realidad, y viceversa, como algunos pensadores sostienen? Mira por el retrovisor para observar a la persona causante del incidente, que lo sigue a poca distancia. Ve que se trata de una mujer joven que, comprendiendo su imprudente acción, y reparando en que la contempla, compone un azorado gesto de disculpa en su rostro. Desde luego que ahora sería para darle al freno, obligarla a parar y decirle cuatro cosas a la idiota esta. Pero no vale la pena.

Todavía sin haber acabado de sacarse de encima el susto, sale de su introspección y se concentra durante el resto del viaje en prestar mayor atención a la circulación.

CAPÍTULO 5

En su divagar hasta recaer por estas lares, siempre queda reservado en su memoria un hueco para *El hombre de los castillos en el aire*, como lo denomina en su interior Walter. El individuo que abrió fronteras insospechadas con aquella mefítica narración que, como una metástasis cancerígena, se desarrolló para esculpir un futuro con vida propia. No sabe a ciencia cierta el joven si los designios eran respecto a él mismo o para tal personaje.

El transcurso de la situación se dio en una cafetería de una gran ciudad ubicada cerca del centro geográfico del país; acababa de abandonar su pueblo y pensó que lo mejor era inscribirse en el anonimato que otorgan las grandes metrópolis. Conversaba Walter en el café, sentado a una mesa junto a un grupo de gente que conocía por primera vez. Se sentía cómodo entre aquellos desconocidos, quizá precisamente por eso, porque ellos no lo conocían y él a ellos tampoco. También era más joven y mostraba un carácter aún jovial y abierto hacia los demás. Pensaba que entre aquel grupúsculo humano podría, con suerte, entablar alguna amistad y quedarse a vivir allí, aunque fuese en la pensión donde se había instalado. La única contrariedad era la de encontrar un empleo más estable y mejor retribuido que el que tenía por entonces, pues se dedicaba a fregar platos en un restaurante y carecía de afiliación a la Seguridad Social.

Aquellas personas, está claro que se conocían entre ellas, pero lo destacable era que en principio parecían haberlo aceptado en su grupo.

No recuerda con exactitud de qué se hablaba, pero sí que se produjo un casi surrealista silencio cuando semejante individuo (*El hombre de...*) entró y se sentó a la barra, posando los codos en ella, sus manos entrelazadas y el semblante introspectivo. Pidió una cerveza al camarero cuando éste acudió para atenderlo. Walter intuyó que el recién llegado había alterado de alguna manera la concordia de la reunión, pero se abstuvo de comentar algo. Pensó que seguramente los circunstanciales compañeros sacarían a relucir el tema por sí mismos. Y no se equivocó.

-Ya lo tenemos aquí –susurró, para evitar ser escuchada por el hombre, la única chica que los acompañaba.

La curiosidad pudo más que la discreción, y preguntó entonces Walter, también en voz baja:

-¿Qué sucede con este señor? Os noto un poco alterados.

Y deja el joven de escarbar en sus recuerdos para diferir su atención en lo que ahora realiza, que no es otra cosa que estacionar su vehículo en el aparcamiento para los empleados de la empresa y acto seguido encaminarse hacia la garita del guarda para solicitar las llaves: bien se puede decir que siempre es el primero en llegar y el último en salir.

Saluda al hombre con un desganado gesto y sin prestarle apenas atención; recoge la musical anilla que el otro le tiende con gesto hosco, y sigue su camino hasta que alcanza y timbra en el gótico reloj de fichas situado en una pequeña estancia adosada a la nave del vestuario. Entra en éste para cambiarse de ropa e iniciar una nueva jornada de trabajo. Se muda con la tranquilidad y el espacio de estar solo, mientras cavila sobre

la mutua antipatía que mantienen él y el guarda desde el primer instante en que se vieron. Acaba. Recoge la ropa de calle y la coloca ordenadamente en su taquilla. Espera sentado en el banco a que lleguen los compañeros. No tardan mucho; un rumor de voces le advierte que algunos ya están aquí.

-¡Alto! ¡Policía! –exclama José, entrando con otra de sus típicas bromas. La puerta se abre veloz a causa de su fuerte patada, y cruje con brutalidad cuando tropieza contra la pared que la sostiene.

José advierte la presencia de Walter y lo saluda con una palmada en el hombro.

-¿Lo pasaste bien el fin de semana? –le pregunta, jovial, en tanto que expele una ruidosa ventosidad situando el culo casi a la altura del rostro del otro.

-Sí, lo he pasado muy bien –responde, girando la cara y conteniendo la respiración para evitar el pútrido olor, aguantándose el asco y la indignación que siente.

-¡Lolo, Lolo, eres un mierdoso! –vocifera José a otro compañero, dando la sensación de haberse olvidado ya de su eventual interlocutor y víctima de su grosero gesto, todo y que él lo percibe como una broma. Walter considera que, por esta vez, mejor es olvidarlo y dejar que su irritación se disipe. *No se puede negar que el pedo ha sido puntual como un reloj, piensa, intentando reírse de sí mismo, quizás lo mantenía en “la sala de espera” para soltármelo nada más verme. Hoy lo dejaré pasar, pero no pienso aguantarle ningún otro exceso.*

-Mierdoso tú –replica Lolo riendo, sin darle importancia al soez comentario.

Poco a poco la nave se llena de compañeros y se arma una algarabía en la que Walter no capta nada. Nadie se dirige a él, por lo que, muy a pesar suyo, siente que empieza a desear que cualquiera lo tenga más en cuenta a la hora de entablar una conversación, aunque sea, como en el caso de José cuando se digna a dirigirle la palabra, para intentar sonsacarle algo o hacerle una burla. A veces la persistencia de la soledad se vuelve en contra de uno mismo, y se convierte en algo casi insoportable.

Las brigadas se reparten en sus respectivos camiones, y comienza la siempre sorprendente e inusitada dinámica de ruido de motores mezclado con los silbidos híbridos entre garganta humana y compresor de volquete. El humo de los tubos de escape forma una momentánea pero espesa niebla de monóxido de carbono que llena y asfixia todo el lugar.

Menuda jornada nos espera hoy, piensa Walter mientras sus manos sujetan con fuerza las asas de seguridad de la plataforma trasera del camión. Como mínimo hasta las tres de la madrugada recogiendo basura, bañándome en basura... ¿Podré alguna vez emanciparme económicamente de las omnipresentes y todopoderosas empresas? ¿Estaré alguna vez sin alguien a quien tener que prestar ocho o más horas de mi vida, día tras día?... No lo sé. La cuestión estriba en saber si conseguiré llevar a cabo mi propósito de convertir en autosuficiente la granja... Aunque el problema radica en que en este mundo no hay nada que se baste por sí mismo por los siglos de los siglos: todos, en algún

momento, necesitamos de los demás. Es casi una utopía lo que deseo realizar. Suspira con pesimismo, dudoso de su capacidad para resistir con éxito los crueles embates con que nos sorprende la vida. No puedo obviar que lo conveniente para mí sería compartir el resto de mi existencia con una mujer que me quiera, tolere mis rarezas y, sobre todo, me ayude a superar la misoginia. Conquistar a una chica sería para mí un auténtico hito, pues..., ¿se reiría cuando descubriera mi torpeza o me viera temblar...? La gran pregunta es: ¿podría yo ahora responder de modo sereno y cabal ante la –para mi manera actual de concebirlo– mirada de animal de alguna hembra excitada, abierta a la espera de ser penetrada?... A oscuras, idiota, a oscuras... ¡Bufff! ¡Qué dilema! ¡Qué tonto, pero qué tonto soy! Agita la cabeza con el brusco y pesaroso gesto de quien pretende espantar los fantasmas que son el propio yo, todo él anudado en el temor de penetrar de nuevo en la tenebrosa vertiente neurótica de su personalidad: a menudo inmersa en el mismo bloque de preguntas y respuestas, conformando un molesto bucle sin fin.

El silbido de Lolo, que ha bajado de la cabina del camión, sitio que suele ocupar, apropiándose de un no reglamentado derecho por antigüedad, con el beneplácito de José, que es quien conduce y manda, interrumpe su aturdida introspección. Y Walter, con sonrisa amistosa hacia el compañero, gesto el cual sólo se debe a que simpatiza con la simplicidad y bonhomía del pequeño y nervioso hombre, desciende de la plataforma para ayudarle a echar las inmundicias en el volquete.

-¿Es que estabas dormido de pie? –le comenta Lolo con ingenuidad; más cercano a la verdad de lo que él mismo pueda imaginar.

-Pues sí, así me encontraba.

-Venga, venga, no te cachondees.

Ajustan el contenedor a la parte trasera del camión y Lolo vuelve a emitir su clásico silbido para que José sepa que ya puede elevar la carga. Mientras el proceso de vuelco se lleva a cabo, los dos operarios agarran el otro contenedor que hay y lo llevan hacia el vehículo, lo dejan junto a la boca y regresan a la pequeña área habilitada para los desperdicios porque hay bolsas de basura que se apelotonan en el suelo; las recogen y las lanzan al interior del triturador. Es lunes, en esta población los basureros descansan los domingos, y debido a ello los recipientes no suelen dar abasto para almacenar todos los desechos que durante dos días se depositan en ellos: por eso hay bolsas sueltas en ese lugar de la calzada.

El resto del itinerario se lo encontrarán de modo semejante, pero la norma es que aunque tarden más en acabar, la empresa en sus pagos no se ajusta a las horas realizadas, sino al recorrido estipulado.

En adelante Lolo no volverá a subirse a la cabina.

CAPÍTULO 6

La mezcla de voces produce un arrítmico sonsonete de palabras sin sentido. El humo de los cigarrillos contribuye a formar, junto a la activa

plancha de cocina y el calor de los propios cuerpos humanos, una densa pero acogedora atmósfera.

El plato variado está riquísimo: bacon, lomo, huevos y patatas; todo ello frito y con abundante guarnición vegetal.

Walter se siente contento por haber aceptado la propuesta de desayunar en el bar. Finiquita el servicio engullendo la última patata. Bebe agua del vaso, lo deja sobre la mesa, eructa dándose palmadas de satisfacción en el vientre, y acaba mirando sonriente al (a todas luces carente de ellas) rostro de Lolo, que a su vez lo está observando a él. Resulta difícil no verse las caras mutuamente, ya que ambos están frente a frente, separados por la mesa y con José desplazado hacia un lado, a la derecha de Lolo, comiendo como un desesperado su segunda ración de la madrugada.

-Te alegra habernos acompañado –afirma Lolo, con su característica y aguda simpleza.

-Sí. Estoy de verdad arrepentido de no haceros caso cuando estos días atrás me sugeríais que viniese a este bar a comer con vosotros.

-Tú tienes la culpa –interviene José. Ha acabado de comer y hurga con un palillo entre sus dientes.

Walter lo mira y se coloca al instante a la defensiva, alerta ante la huraña expresión que manifiesta su tosco rostro.

-¿Acaso pensabas que no tenemos categoría suficiente para compartir unos ratos contigo, aparte del trabajo? –Pronunciando la frase, José se abalanza sobre la mesa y apoya los codos en ella. Sus manos, juntas y alzadas, forman una piña que le tapa media cara, desde la nariz

hacia abajo, según la perspectiva del afrentado. Clava sus ojos en los del joven, escupe el mondadientes, que cae al suelo tras caprichosa danza, y continúa:

-Me he dado cuenta de que mantienes un distanciamiento respecto a nosotros, cuyas razones no acabo de comprender. –Deshace su amenazadora postura al reclinarsse en el respaldo de la silla, pero su mirada, de inquietante animosidad, no abandona el rostro compungido del otro. Los gachos ojos del joven no aceptan el reto: tan sólo parecen empeñarse en calibrar el inexistente vacío que él ve.

¿A qué viene esto? Yo a este tipo no le he hecho nada como para que me venga con estos modales, piensa Walter, un poco atemorizado porque su inesperado contrincante, aunque con exceso de grasa y bastante maduro, es un hombre de poderosa constitución física. Su actitud y movimientos son los de alguien avezado en peleas, y de no haber perdido en ellas.

Es listo, continúa reflexionando. *Intuye que lo desprecio y quiere hacerme notar que donde estamos él es quien parte el bacalao. No debo acongojarme y sí reaccionar rápido; respetuoso y conciliador, pero contundente. Me está probando y ya tardo demasiado en contestarle.* Cesa en la introspección y confronta su mirada con la de José. Transcurren unos segundos en los que el menos persistente es Walter, que, para disimular su circunstancial derrota, comienza a hablar con concentrada calma:

-Supongo que te he molestado, pero no sé cómo ni por qué.

-¡Ah!, claro: supones que me has molestado... ¡Desde que estás aquí, sólo has confiado en nosotros para que te guardemos tus apestosas botas de agua, que no te cabían en la taquilla!

>>Todas las noches trabajando –prosigue-, compartiendo horas de desvelo y cansancio..., y tú siempre con la misma actitud de lejanía, de superioridad. ¿Somos tontos? ¿Te parecemos poca cosa? ¿No tenemos categoría suficiente para que puedas siquiera fumarte un cigarrillo con nosotros? –José ha empezado a perorar en voz baja, pero de manera paulatina su tono se ha incrementado y la gente de las mesas circundantes cesa en su propia conversación para concentrarse en lo que dice. Por osmosis, el silencio se refugia en el bar.

El muchacho, avergonzado por sentirse el centro de atención en tan incómodas circunstancias, ya que todos aguardan expectantes su reacción, quiere decirle al hombretón que él no fuma ni lo ha hecho nunca. Tan desconcertado se halla, que su mente toma las palabras literalmente y fija la posible respuesta basándose en una insignificancia tal como lo es el circunstancial reproche de no compartir ciertos actos. Abre la boca para replicar, mas la cierra a tiempo: comprende en estos momentos que José no se refiere a que fume o deje de fumar, sino al hecho de que ni siquiera se une a ellos cuando “hacen el pitillo”. Y no está del todo falto de razón el hombre, si se dejase de lado su intempestiva reacción, pero el muchacho ha entrado en una dinámica de distanciamiento respecto a los demás, desde la cual resulta muy difícil el retorno: es algo que él no advierte, y puede que la gente tampoco, pues los trastornos emocionales desgarran la psique de un modo sutil y lento,

que parece no ser trascendente, y que sin embargo acaban por triturar al carácter más templado.

Walter se da cuenta de que José lo está lapidando, sumiendo en el caos, y no es capaz de reaccionar con coherencia ante el absurdo que ahora vive. Su rostro enrojece, no puede soportar por más tiempo la presión a la que se está sometiendo internamente. Se levanta y golpea la mesa con furia. La vajilla salta y algunas piezas se rompen al estrellarse contra el suelo.

Después del estrépito, reina otra vez un tenso silencio; sólo roto durante un momento por el amago de un camarero que intenta ir hacia ellos para abortar la inminente pelea. Su jefe, asiéndolo del brazo y dándole después un toquecito inspirador de calma, se lo impide.

El hombretón no da crédito a lo que ha contemplado, por completo sorprendido: jamás en la vida hubiese supuesto que el chico se atreviera a responder con semejante violencia a su envite.

Aún de pie, el joven señala con el índice a su contrincante:

-¡Intento no relacionarme con vosotros porque estoy hasta los cojones de encontrarme con gentuza que no hace más que tantear en mi vida privada! ¡¿Te enteras?!

José parece presto a saltar sobre el otro. La intención dura un instante, pues logra contener su ira y permanecer sentado, viendo como Walter echa mano al respaldo de su silla y agarra la bolsa, acude a la barra, pide la cuenta, paga y se va. Las miradas lo siguen hasta que desaparece, y... la algarabía vuelve a imperar.

Lolo contempla con gesto de ligera decepción el rostro de su colega. Quizá esté haciéndose viejo, parecen pensar las brumas de su torpe intelecto. Hace muchos años que trabajan juntos, y aquél ha visto varias veces a su compañero actuar como hoy: provocar al nuevo que le cae mal. Siempre ha sucedido que quien no juegue su juego tiene que emigrar a buscarse la vida a otro lugar.

No es Lolo inteligente como para ser malvado a conciencia. Él es un modesto padre de familia que cada mes se encarga de llevar la nómina a casa, y para continuar haciéndolo sabe, casi por instinto, que debe arrimarse al árbol que mejor sombra y cobijo le dé, además, por supuesto, de realizar satisfactoriamente su humilde trabajo. La simbiosis es clara: José manda y él obedece.

La cuestión es que el muchacho, Walter, no desagrada a Lolo, ya que éste prefiere a gente que no lo atosigue en exceso haciéndole preguntas y comentarios que lo confundan o aturdan. En cambio a José le ocurre todo lo contrario que a su viejo compañero: es alegre, extrovertido... y dominador. Es posible que se trate de un psicópata socializado; por lo tanto, desea personas con las que pueda hablar, sonsacarlas, y ante todo, manipular.

Sin más comentarios, comen flan de postre, beben un café ligero, se incorporan de sus asientos con las bolsas ya colgadas de sus respectivos hombros, y salen a la calle después de pagar.

El semblante de José presagia tormenta. Lolo odia este tipo de situaciones pero no le queda más remedio que aceptarlas, a la espera de que amainen.

CAPÍTULO 7

El automóvil derrapa zigzagueando entre curvas con escaso peralte. Corre demasiado y a veces parece a punto de salirse de su trayectoria. Un posible siniestro podría ser mortal, pero se trata de una carretera desolada y Walter puede sobrepasarse sin temor a producir daños a terceros.

Era demente. La muchacha sentía aversión, rechazo tan sólo por el mero hecho de contar el motivo del acaecimiento de semejante desplome vital, recuerda reflexionando. El hombre, según narró ella, así de pasada, escribió un libro que cuestionaba nuestra sociedad. Nunca lo publicó, aunque es obvio que sí fue leído por algunos. Al parecer, se lo prestó a un miserable que tenía una familia muy influyente y poderosa; esta gente se indignó cuando vieron lo que allí había escrito, y se dedicaron a acosarlo a todos los niveles.

El hombre de los castillos en el aire era un individuo de clase media-baja, un simple asalariado. A partir de aquel suceso todo comenzó a irle mal, pues perdió el trabajo y sufrió el inconveniente de no ser aceptado en empresa alguna; las calumnias contra su persona empezaron a pulular como hongos en zona húmeda. Lo peor fue que él se dio cuenta de todo ello y se asustó. La sociedad lo abandonó, situándolo en una situación de desamparo absoluto. Para sobrevivir no tuvo más remedio

que recurrir a la mendicidad y a escoger lo que pudiese ser válido de los desechos que la gente depositaba en los contenedores. Una vida dura como el diamante generó una voluntad férrea, lo cual no fue óbice para engendrar un trastorno de adaptación y una ansiedad que degeneraron hasta sumirlo en la locura, sin poder hacer nada el individuo, pese a su enorme poderío mental, para superar las circunstancias adversas.

Ancha es la meseta y yo peregriné de nuevo para acabar desembocando aquí. Es posible que El hombre de los castillos en el aire sea yo mismo... ¡Qué ocurrencia!... Conecta una curva que no parece tener fin, y que carece de quitamiedos debido a que hay situada una gran explanada más allá de su parte saliente. Da vueltas y más vueltas al volante, pisa una zona de grava y las ruedas pierden pie; frena con inútil desesperación y el coche da tumbos sobre sí mismo: el mundo se disuelve en imágenes bañadas entre el vahído de su dolor.

El vehículo queda en inverosímil posición: apoyado sólo justo con las ruedas de su lado derecho, en diagonal aunque el centro de gravedad situado en perpendicular perfecta respecto al suelo. Walter no puede ver la imagen, sólo notar el golpe. Si fuese un espectador externo le hubiese parecido que al coche aún le restase la suficiente inercia como para dar otro tumbo y colocarse de revés. No es así. Transcurre un instante en el que todo parece inmutable. Al principio de manera imperceptible, y después como a cámara lenta, el coche se va venciendo hasta que adquiere una vertiginosa aceleración para acabar cayendo en posición correcta. El seco impacto produce un fuerte estruendo que acaba perdiéndose a efectos de su propio silencio.

Se masajea primero el cuello (no sin antes tomar la precaución de desconectar el motor), lugar en cuyo intento de contrarrestar los poderosos vaivenes debe de haberse producido una levísima luxación en alguna vértebra, y después la rodilla izquierda, pues la percibe como adormecida, tullida por un golpe contra alguna zona que no consigue localizar. Sus movimientos son instintivos; no se ha dañado con gravedad aunque se siente por completo aturdido, desorientado. Sacude la cabeza con la intención de despejarse pero el agudo pinchazo que le sobreviene en el cuello le advierte que está forzando la parte de su cuerpo que mayor castigo ha recibido. *¡Me cago en dios! ¿Es que todo tiene que sucederme en un solo día?*, reacciona: harto de su mala suerte. Se deshace del cinturón de seguridad, desciende del vehículo y lo examina no sin cierta superficialidad: al fin y al cabo es un ignorante en asuntos de mecánica; ve en él algunas abolladuras y mucho barro adosado entre los intersticios de la carrocería; nada que no se pueda remediar. Puede agradecer que al final el coche se inclinase para colocarse correctamente. Vuelve adentro y conecta el encendido; ronronea con suavidad el motor, y Walter suspira aliviado, pues después de todo lo ocurrido no puede quejarse de la buena estrella que ha tenido, al salir casi indemnes, coche y él, del estúpido y lamentable siniestro. *Nunca más descargaré la adrenalina de esta manera*, reflexiona; parece darse cuenta ahora de la terrible inconsciencia de sus actos. Acciona la palanca de cambios y reanuda la marcha con los oídos atentos a cualquier sonido que le parezca anormal. Nada ocurre y, satisfecho, empieza a acelerar. El escenario se lamenta por su pérdida tras la curva.

Las turbias olas rompen en el malecón. Quejosas gaviotas planean en lontananza sobre el agitado mar. El sol calienta como si pretendiese depositar un agradable recuerdo antes de que unas negras y potentes nubes situadas en el horizonte lo anulen. La inminencia de la tormenta parece ser el motivo de los agrios lamentos de las aves.

El puerto se halla casi desierto. Entre las pocas personas que pululan errantes se encuentra Walter, distraído, reflexivo, realizando esporádicas paradas para observar la descascarillada pintura de los pocos y casi obsoletos buques que hay atracados en los muelles. Una pequeña nube, avanzadilla de la inminente borrasca, tapa al sol por unos instantes y ensombrece la zona donde él está situado; mira hacia arriba para captar lo que se temía iba a suceder, aunque esperaba que se demorase un poco más. *Bueno, tampoco voy a poder distraerme un rato. Vengo aquí para disiparme mientras paseo, e intentar tranquilizarme, y me encuentro con que el tiempo no me lo va a permitir*, piensa contrariado. Da media vuelta para regresar al coche. Comienza a chispear antes de que pueda ponerse a resguardo; y eso no es otra cosa que el preludio del chaparrón que da comienzo en ese instante. Aligera el paso para dar inicio a una carrera. Un individuo, surgido de la nada, se interpone en su camino, tropiezan y ambos caen al suelo.

-Lo siento –se disculpa Walter mientras lo ayuda a levantarse.

-Mis gafas...

-Ahí están. –Se agacha y las recoge a la vez que las examina-

Hemos tenido suerte, no se han roto. Tenga. ¿Se ha hecho daño?

-No, no. Gracias.

El hombre se coloca las lentes y contempla al chico con atención.

-Hace mucho tiempo..., pero yo a usted lo conozco.

Se trata de un señor orondo, lustroso, vestido con extremada pulcritud y bien aseado, moreno con fuertes entradas en su escaso cabello, y no demasiado alto.

-Sí. Ahora recuerdo –continúa el individuo-. Fue en mi época de... de desdicha, por decirlo de algún modo. Se reunía usted con muchachos de su edad, allá, en un bar de la meseta. Siempre cuchicheaban cuando yo entraba y pedía mi consumición. No les reprocho a ustedes que pudiesen hablar mal de mí, pues en aquel momento de mi vida estaba pasando por muchos apuros y mi aspecto, en su totalidad, tanto físico como psíquico, era lamentable. Bien; será mejor que marchemos a resguardarnos de la lluvia. No habrá más ocasiones, pero me hubiese gustado dialogar con usted. Adiós; y vaya con cuidado.

Y se aleja el caballero mientras el otro queda casi abrumado, pues ha encontrado en el sitio más inesperado a *El hombre de los castillos en el aire*, y además en situación y condiciones inimaginables. Una vez invisible el señor, Walter piensa que también a él le hubiera gustado conversar un rato, preguntarle qué hacía por aquí, y cómo se las ingenió para salir de su aparente situación de no retorno... Muchas cosas sin respuesta, pero lo indispensable ahora es alcanzar su utilitario porque ya se encuentra casi empapado.

Una vez en el interior del vehículo, tamborilea con los dedos en el volante, mirando como los limpiaparabrisas se esfuerzan en vano, debido

a que la lluvia arrecia de modo torrencial, por apartar las enormes gotas que golpean con flagelante virulencia en el cristal. Pese a ser de día los coches circulan con las luces encendidas. Las ventanas de los edificios de enfrente también se iluminan. Todo queda envuelto en una fantasmagoría que produce el efecto de encoger el ánimo del muchacho. La truculenta y lamentable escena con José se reproduce en su mente. *¿Por qué lo ha hecho? No acabo de comprenderlo. Es cierto que no somos un dechado de mutua simpatía, pero no existía un auténtico motivo por el que debiéramos entrar en una contienda.* Golpea con ambos puños sobre el panel de instrucciones y el furibundo impacto hace crujir lastimosamente el negro plástico del tablero. *No debí hacer caso a la propuesta de Lolo cuando me ofreció acompañarlos a desayunar... ¡Maldita sea! ¿Cuándo aprenderé? Sé de sobras que tengo dificultades a la hora de entablar relaciones personales con cualquiera. Pero..., ¡pero es tan difícil!, intenta consolarse, con amargo lamento interno. No puedo estar siempre al margen de las cosas que me afectan de lleno. Además, ha sido el gordo quien ha iniciado el barullo..., y a pesar de todo, ¡deberé ser yo el que pida disculpas! Ese tipo, me huelo que tiene algunas influencias y podría apañárselas para que me despidan. Y eso es algo que hoy por hoy no puedo permitirme que suceda... Me resultará abochornante tener que rebajarme ante semejante impresentable... ¡Mierda, siempre igual! ¡Hay que joderse!* Irritado, conecta la primera marcha para dar inicio a su salida de la ciudad.

Walter conduce por la carretera comarcal, hacia las montañas del pueblo en cuyo término municipal se halla su casa. Pese a que ha transcurrido casi una hora, continúa lloviendo con la misma intensidad del principio y se teme al joven que el encharcamiento de la vía llegue a tal nivel que le impida continuar el trayecto; así que, como individuo previsor que es, toma por un desvío que le supondrá recorrer más kilómetros; pero esta nueva carretera deja enseguida a sus espaldas el llano, por lo cual, al haber cuesta, es imposible que el agua se pueda estancar, e impedir asimismo, salvo imprevistos, su llegada a casa.

La ciudad ha quedado muy lejos en la distancia, aunque da la sensación que lo haga aún más en el tiempo. Ya es casi mediodía y Walter se siente torpe, cansado, entumecido; sus ojos están hinchados y su mente casi divagando. *Seguro que tendré pesadillas durante el poco rato que podré dormir. El cambio de ciclo de vigilia de este trabajo me está perjudicando más, mucho más, de lo que pensé cuando acepté la oferta. A la larga puedo tener problemas de rendimiento. Hoy deberé volver sin apenas haber dormido. Veremos cómo me las apañó. Estoy desquiciando mis biorritmos.* Los procesos mentales, como imprevisibles que son, varían de ubicación, y recuerda el joven la pesadilla del domingo anterior: *¿Qué era aquella gema? No me lo he planteado hasta ahora. ¡Uf!, debo hacer muchas cosas como para entretenerme en cavilar sobre los simbolismos de mi subconsciente... Aunque en verdad debería hacerle más caso: es probable que esté intentando advertirme sobre algo en mi psique que no funciona correctamente, algo que no posee la adecuada fluidez... Tengo un poco de miedo, pues son cada vez*

más reales y recurrentes los sueños, pesadillas, que vengo padeciendo en los últimos tiempos.

A menudo examino todo esto de manera superficial y me parece ver que no es más que el reflejo distorsionado de la triste realidad que me envuelve: herrumbre, basura, explotación...; y de ello deriva el deseo onírico de escapar volando, ante lo cual me encuentro con la sarcástica representación de una inevitable caída o, en otros casos, de un muro impenetrable y cruel que me rodea, aproximándose para cercarme y comprimirme hasta la asfixia. Supongo que se trata de una advertencia, la cual me dice que ni en sueños puedo escapar de la realidad ni de mis responsabilidades... Resulta en verdad deprimente... Ni en sueños, ni en sueños puedo evadirme... Es todo de una aspereza que raya la acrimonia. De momento carezco de asideros con los que apartarme de esta vida que me ha tocado sobrellevar; algo debo hacer para solventarlo, pero no sé el qué ni cómo. De momento he de dedicar mi esfuerzo en la ilusa ilusión de acondicionar la granja. Después ya veremos.

Y es que soy tonto: nunca ha dejado de perturbarme el fondo social que me rodea. Debiera ser más transigente conmigo mismo, pero es que sólo percibo problemas y más problemas a mi alrededor. Los políticos claman por un mundo justo e igualitario en el que todos tengamos las mismas oportunidades. Pero es mentira, una gran mentira: no se trata de una cuestión de posibilidades, sino de clases sociales. (Mi ingenua teoría de que los robots cotizasen para pagar pensiones, he tenido que tragármela muchas veces para que no se me tome por loco.

La gente se ríe; le parece un disparate. Yo no lo contemplo así; y los prebostes tampoco, puesto que semejante legislación provocaría una reducción drástica de sus beneficios. Ciertamente es que pensamientos de este tipo es mejor no divulgarlos porque el día menos pensado se abalanzarán sobre mí.)

El vacío existente entre los desheredados y los acaudalados es cada vez mayor. Los que son poseedores del poder y del dinero comulgan que en un Estado libre todo el mundo tiene los mismos derechos y las mismas ocasiones de progresar. Está claro que obvian a conciencia las características sociales de cada familia o de cada individuo. Según ellos, si naces dentro de un núcleo familiar empobrecido tienes las mismas posibilidades de prosperar que partiendo desde un entorno opulento... ¡Cerdos!... ¿Pero qué opciones en la vida puede tener alguien cuya madre nunca está en casa porque trabaja y su padre lo olvida sistemáticamente, por preferir tomarse su tiempo libre en el bar, por ejemplo? ¿Acaso los pobres tenemos criados que cuiden de nosotros? ¡No! Puedes desaparecer de la escuela sin que tus tutores informen, ni tomen medidas específicas para evitar los continuos novillos. Es lógico que se falte a clase: eres pequeño, te diviertes y todo te parece de color de rosa... No sabes la que te espera.

El Gobierno no se preocupa de crear nuevos centros de enseñanza y a los que ya hay se les niega un digno presupuesto. Será en éstos de donde surja la escoria, la delincuencia de los años venideros. ¿Tienes dinero para mandar a tu hijo a un colegio de pago, amigo? ¿No? Entonces es mejor que ni se te ocurra traerlo al mundo. Pero claro: tú

sólo eres un eslabón de la cadena genética y no has recibido la suficiente educación como para darte cuenta de la manipulación a que estás siendo sometido.

Si no tienes, eres una mierda; si eres feliz sin tener, alguien te hará recordar lo desgraciado que debes ser si no tienes nada... No huyas. No te escondas... Te encontrarán y colocarán sus férreas botas en tu yugular. No podrás escapar; para ello deberías carecer de yugular. Te explotarán, mancillarán tu orgullo si alguna vez lo tuviste, y, lo peor de todo, te harán creer que sólo así puedes ser feliz. Deberás jugar, jugar el juego cuyas reglas ellos escribieron.

Divisa la derivación que lo llevará a la granja, reduce, se interna en ella con precaución debido a que es un camino sin asfaltar, plagado de socavones y torrenteras (encharcados los primeros y el agua casi salida de sus cauces en las segundas, pese a que ha dejado de llover durante la segunda mitad del tiempo que ha durado su viaje a casa), por lo que procura siempre encajarse sobre las roderas para que de este modo las suspensiones del utilitario sufran lo menos posible.

Circula en este momento por una zona muy tupida; está oscuro; el encapotado cielo se distingue sólo a veces. De repente, delante, en un pequeño calvero, una borrosa visión impacta contra el suelo. Frena por instinto en tanto intenta distinguir qué ha caído enfrente suyo. El coche se detiene a unos diez metros de lo que se le evidencia como un cuerpo humano femenino desnudo. A los pocos segundos, algo muy ancho, sin sustancia o densidad, voluble y blanco se deposita encima de la morena mujer, cubriéndola parcialmente. Los ojos del muchacho succionan el

suceso, intentando asimilarlo, por lo que permanece a la expectativa, temeroso de salir del vehículo pero deseoso de saber qué es lo que ocurre delante suyo.

Sin exclamarse de dolor ni diciendo palabras, se levanta como un sueño de ángel y mira desafiante a Walter: belleza que no es de este mundo se masajea las magulladuras provocadas por la inconcebible e impresionante caída desde el cielo. La empapada sábana, desgarrada y con algunos jirones que le cuelgan, se tiñe de sangre cuando la mujer se cubre con ella. Y, cojeando, se aleja, internándose en el sotobosque hasta desaparecer cuando alcanza los árboles.

¿Qué ha ocurrido? Ahí delante no hay ramas, intenta extraer una explicación plausible el joven. Sólo ha podido caer de las nubes. Es inexplicable. Se habrá precipitado desde un avión, digo yo. Qué cosa tan rara... Lo que no me pase a mí... Y es bellísima; ¡Dios, qué criatura tan hermosa!... Daban ganas de enamorarse de ella. ¿Por qué ha renunciado a venir a mí para que la auxiliase?... No queda ya ni rastro de ella. Reanuda la marcha, algo aturdido por el suceso; pero vuelve a abismarse en su monomanía, olvidando al instante a la mujer:

Me perturba, no puedo desprenderme de mis ideas respecto al óbito de la relación interhumana que se adueña de este mundo. Esto venía a cuento de... No recuerdo... ¡Ah!, sí, que la sociedad se bipolariza, por dar un símil psiquiátrico: las diferencias sociales son cada vez más acusadas, y entre los acaudalados y los desfavorecidos coexiste una clase media que desaparece a marchas forzadas: los poseedores de una profesión liberal se hallan cada vez más sujetos a la

tiranía de las grandes empresas o a las jerarquías gubernamentales. El resto, la gran mayoría, somos simples asalariados o, lo que es peor, gente que ha quedado fuera del marco social, como los indigentes. Intento escapar en lo posible de todo este entresijo aun a sabiendas de que no se puede...; y es que este mundo no está hecho para mí. Yo nunca he ido con mala intención cuando he dañado a otra persona, puesto que siempre que me ha sucedido una desgracia de este tipo, porque para mí es una desgracia, ha sido sin querer, sin conciencia de ello. Lo paradójico es que la excesiva empatía que siento por mis congéneres me ha llevado a desear encontrarme siempre solo, y ello se debe a que me han hecho daño, demasiado: todos mis pecados son pocos en relación a los perjuicios que me han ocasionado los demás.

No quiero saber nada de nadie. Hubo un corto periodo de tiempo en el que intenté ser uno más; me convertí en un autodidacta pensando que de esa manera competiría en igualdad de condiciones; leí muchos libros, pero mi enorme cultura se hizo dispersa, horizontal y ecléctica: sin especialización con la que poder desenvolverme en nuestro mundo, competitivo como ninguno.

Soy y seré siempre un individuo vulgar; no por físico, procedencia o educación, sino por ser romo y conmisericordioso.

No tengo alma de depredador.

Quiero irme, huir. Estoy harto de ser siempre pez pescado. Sorben mi energía pero no me matan: me devuelven al mar para que pueda ser recogido al capricho de sus momentáneas apetencias, siempre usurpadoras, e insaciables como el apetito de un tiburón.

¿Y todo esto a cuento de qué ha venido? No..., no recuerdo. Bueno, ahí está mi casa. Ya tenía ganas de llegar.

Estaciona el coche en el lugar de costumbre, sale de él y recibe el quejoso saludo de Azul: “¿Dónde te has metido?”, parece decirle el animal. Walter lo acaricia con gran cariño y suavidad, entre las orejas, mas al poco rato lo deja para dirigirse a la casa. Abre la puerta y atraviesa el umbral.

Se muere por quedarse dormido, pero a la vez se encuentra en un estado alterado que él sabe bien que le dificultará el conciliar el sueño. Le ocurre que en realidad siente miedo de sumirse en su universo onírico.

El madrugador almuerzo con los colegas le hace sentir aún el estómago lleno, por lo que se acuesta sin más dilaciones.

Los murmullos y suaves gruñidos que emite Azul junto a la cama, en su incesante ajeteo con el hueso que utiliza como juguete, le sirven de improvisada nana.

CAPÍTULO 8

La estancia es enorme. Parece una cueva por la solidez y consistencia de las paredes que la rodean. Unas estrechas claraboyas situadas junto al altísimo techo dejan pasar la poca luz que hay; luz que

es suficiente como para definir los límites, pero su escasez y dispersión confieren al lugar una plomiza tonalidad cargada de tristeza.

Obsoletas y gigantescas máquinas trabajan incansables, en cadena, emitiendo gran cantidad de polvo y oscuros chirridos, repelentes para los oídos, que no parecen molestar en lo más mínimo al único personaje que se encuentra en el lugar. Se trata de un hombre pequeño, muy delgado, cabeza diminuta con forma de pera (el cuello se une a la parte más ancha de la testa); el escaso, negro y rígido cabello está pegado al cráneo, como si se tratase de un casco; sus enrojecidos ojos casi se pierden, hundidos, entre las órbitas de una flácida faz que desprende estupidez. Su falta de higiene es evidente: la cara está plagada de infecciosas excrecencias, pústulas que se desarrollan con aparente indiferencia por parte del afectado. Viste una raída gabardina de piel, sin abotonar y entreabierta, que antaño debió de ser hermosa; ahora apesta, despide un cúmulo de olores cuya combinación hace retroceder a quien tenga próximo el sentido del olfato. No tiene más ropa encima. Van descalzos sus pies y se le adivina en la desnuda entrepierna el oscuro e indefinible colgajo de sus genitales.

El hombrecillo se desplaza entre las máquinas con gran habilidad, dando siempre muestras de que cumple un trabajo y sabe cómo realizarlo: mueve llaves, conecta enchufes, cambia de dirección algunas espitas, aprieta botones... Entra en un cuarto y sale al momento con un bidón: lo hace rodar hasta que parece alcanzar su destino, junto a un sumidero; desenrosca el tapón y coge un ennegrecido y polvoriento trapo que hay en el suelo; mete el paño en la boca del bidón y lo saca

chorreando de aceite; da media vuelta y se dirige hacia una de las máquinas, y, ya junto a ella, la engrasa con mimo. Acude con el bidón al cuarto, para guardarlo. Una vez allí, se aproxima a una pila de bidones y deja el suyo a la vera de éstos; se gira para salir y... La casi indefinible silueta de un hombre se configura entre el marco de la puerta.

-¿Qué sucede? ¿Dónde estoy? –dice el recién llegado. Su moreno rostro denota sorpresa.

El hombrecillo, en verdad asustado por la inesperada intromisión, corretea de un lado a otro en el fondo del cuarto. Primero intenta ocultarse detrás de los bidones, pero resultan ser un escondite bastante precario, así que busca desesperado a su alrededor; no encuentra nada y comienza a gritar. Es un chillido agudo, como de silbato, que posee la pasmosa cualidad de mezclarse con el ruido general y producir una vibración que hace temblar todo el recinto. Fuera de la estancia, trozos de pared empiezan a ceder y a caer.

El visitante se apercibe de que el individuo que tiene frente a él está provocando una extraña y caótica situación en el entorno. Tiene que hacer algo, decide.

Walter da un paso hacia delante y exclama:

-¡Alto! ¡Por favor, detente! Yo estoy tan asustado como tú; no me temas, por favor...

El insólito ser calla y se produce una recíproca observación, que dura un instante. Al fin, el hombrecillo abre la boca y parece que vaya a expresar algo, pero la cierra con brusquedad y vuelve a corretear por el fondo del cuarto. Emite ahora un gemido de perro apaleado.

El joven mira con ligero temor, y bastante incredulidad, la incoherente parafernalia, casi un baile, de la absurda criatura. Su imagen y actitud le comunican la posibilidad de hallarse ante algo no humano. Pero lo más parecido a una persona de todo (o nada) lo que se encuentra en este lugar es esa suerte de homúnculo que con tanto patetismo se mueve ante él. La escena sería en verdad hilarante para Walter si no fuese porque se encuentra por completo desorientado, perdido, sin saber cómo, para, o por qué ha llegado a este horripilante sitio. Siente el imperioso deseo de preguntarle a la “cosa”, si se detuviese de una vez, dónde diablos se hallan; así que avanza lentamente hacia el hombrecillo, el cual percibe su gesto, lo que produce que gima con mayor agudeza aún, si cabe.

El ser introduce su cabeza en la gabardina y comienza a doblarse hasta quedar en posición fetal, para acabar por completo quieto sobre el suelo en semejante postura.

Llega hasta él Walter y se agacha para retirarse al instante, por lo que se desequilibra y da con su trasero en la dura superficie de losas de terracota. Se levanta espolvoreándose los pantalones y se aleja de la criatura aguantando como puede las potentes y dolorosas arcadas que siente.

Vomita en la pared, cerca de la puerta, expulsando un líquido amarillento, agrio y ardiente, de bilis, cuya impregnación en las cavidades bucales y nasales le produce la contradictoria sensación de hallarse en la gloria. *¿Qué era ese olor, dios mío?* Mira de reojo el informe bulto que está agitándose, palpitando, bajo la gabardina. *La*

*situación me hacía pensar que estaba soñando, pero en los sueños no existen los olores. Si esto no es un sueño, entonces... ¡¿qué coño es?! Un poderoso temblor sacude todo su cuerpo. La comprensión de que se halla viviendo una posible realidad que no encaja en su marco existencial acumula en su mente un vertiginoso torrente de pensamientos que le acuden atropelladamente, mezclándose unos con otros. Su conciencia se siente impotente: como mera espectadora ante preguntas, sus automáticas respuestas, e ideas que, por extrañas, no concibe como exclusivas de su módulo personal. Intenta imponer un orden, porque algo cuyo nombre es locura desea triturar las sinapsis de sus neuronas. No debe permitirlo; resulta difícil luchar consigo mismo, pero ha de luchar. *Walter, Walter, Walter... No te vayas, Walter. ¿Qué Walter? Yo soy Walter; Walter y yo somos lo mismo. En consecuencia, no he de ir a sitio alguno.* El formidable esfuerzo por mantener su ego parece surtir efecto y la singular amenaza de dejar de ser se aleja, tan insidiosamente como llegó, por lo que considera que es mejor permanecer concentrado hasta sentirse totalmente seguro de que va a seguir ocupando el lugar que supone le pertenece como individuo.*

Ha vencido: Walter es Walter.

Aspira aire con la rapidez y profundidad de quien ha realizado un ejercicio físico intenso y excesivo. Dirige su mirada hacia el bulto que conforma el hombrecillo. Éste se encuentra completamente estático. La criatura que se agazapa en el interior de su irrisoria indumentaria parece haber hallado el escondite ideal: como si imitase el gesto instintivo del avestruz, con su ilusoria creencia de que si no ves a tu enemigo, él

tampoco te verá, le pasarás desapercibido y se marchará: cosa que todo ser humano sabe que resulta inocuo e irrelevante para el depredador, u observador, como es el caso.

Antes de aproximarse otra vez al pestilente bulto, almacena aire en sus pulmones para no respirar. Vuelve a agacharse ante él. La aversión que siente hace que despliegue la gabardina con sólo los dedos índice y pulgar. La criatura se halla encogida sobre sí misma. Walter divisa lo que le parece un mar de brazos y piernas que se agarran y entremezclan difuminándose entre el resto del cuerpo. Se aleja para recoger aire; contempla la asquerosa pelota de carne que se mantiene inmóvil sobre el suelo, y entonces advierte lo que ahora es obvio y antes imperceptible: ¿dónde está la cabeza? El nudo de extremidades se deshace y Walter ve, horrorizado, el lugar donde se pierde el cuello. El truco del avestruz era, es completo.

Intenta marchar, y se mueve para ello, pero en el umbral de la puerta una fuerza superior a su voluntad lo impele a dar medio giro y mirar con insana fascinación cómo la parte ¿pensante? de la criatura sale de su escondite. Se producen guturales sonidos que se esparcen en el aire, intermitentes, espesos y burbujeantes. Emerge la barbilla, seguida de una boca que deglute y chasquea con satisfacción, que saca la lengua y lame los restos líquidos similares al alhorre y al guano recién depuesto; todo mezclado con hilillos de sangre y pus.

No puede seguir contemplando la dantesca escena. Sale corriendo y de inmediato entra en una estancia en cuyo fondo hay una criatura que, tumbada en el suelo, se relame la cara con placer y devoción.

El hombrecillo parece asumir su presencia y le sonrío mostrando su séptico orificio bucal.

-Ehh... Ehh... –gime el ser.

Walter mira hacia atrás.

Nada.

¿Ha dado una vuelta completa sobre sí mismo?... No, no ha incurrido en tal error; bien lo sabe. *La otra vez desperté en un momento parecido a éste*, piensa. Fríos espasmos sacuden su cuerpo, la sensación de irrealidad es sobrecogedora; y sin embargo... no hay lugar donde escapar.

El ser (si se trata del mismo; y su apariencia así lo indica: voluble y persistente refracción a desapegarse de un universo que parece propio) por lo menos ha dejado de comportarse como una plañidera hiperactiva y mira con calma al joven, satisfecho como un bebé recién amamantado. Su ceño es avieso y perverso, a la vez que emite su entidad una opaca extravagancia, que se diría se halla exenta de auténtica maldad: sinuosidades de la contradicción.

-Ehh... Ehh... Ehh... –gimotea de nuevo. Un viscoso y amarillento líquido escapa de su boca y queda colgando en la barbilla; saca una larguísima lengua y atrapa con ella la furtiva materia, la vuelve a introducir en donde salió y la saborea, pasándosela internamente de un lado a otro; deglute emitiendo ruidos incómodos y una sucia burbuja se forma en la comisura derecha de sus labios.

-Ehh... Ehh... Ehh... –vuelve a gemir, haciendo estallar la burbuja pero formando otra casi al mismo tiempo.

Entretanto, Walter siente que se desvanece, la estancia fluctúa ante él, se torna transparente, acuosa, pero ensuciándose de modo paulatino, tintándose en un tono bermellón que se espesa, oleaginoso. Intenta aguantar, negándose a que lo que está viviendo lo abrume, mas su esfuerzo es baldío: todo da vueltas, el suelo se desmorona y no es de aceite. Se produce un siniestro crujido cuando su mandíbula impacta contra el raso de arcilla. Nota un intenso dolor que emana en oleadas desde el hueso astillado hasta su atormentado cerebro. Los párpados se le cierran y una benévola oscuridad lo envuelve. Antes de desmayarse escucha un rumor de pisadas que se le aproximan. Desearía poder ver a quien detiene los pies junto a su cabeza pero se encuentra imposibilitado para hacerlo; sólo percibe un ligero olor a cuero y tiene la sensación de que alguien mira su yacente figura desde muy arriba. A cierta distancia, las máquinas chirrían, aunque ya no le importa, pues la suave placidez de la inconsciencia lo domina.

CAPÍTULO 9

Despierta, abre los párpados y observa la deprimente penumbra que lo envuelve. *Era otra pesadilla*, hilvana su fatigada mente divagando todavía entre el sueño y la vigilia. El silencio es tan denso que escucha el fuerte, casi un bramido, zumbido de la sangre circulándole por los oídos.

Fija la mirada en el techo y alguien que no parece él piensa (al ver la enorme mancha de humedad que se esparce más grande cada día) que va siendo hora de revisar las filtraciones del tejado. El rumor de Azul rascándose las orejas con sus patas traseras lo motiva a volver la cabeza para poderlo divisar. El joven animal, al darse cuenta que su amo lo contempla, agita el rabo y gime con tono agudo y lastimoso, como si su instinto le advirtiese de que a su dueño algo anómalo le está sucediendo. El muchacho saca una mano de entre las mantas y hace gestos con ella para que acuda a su lado. Desea acariciarlo y consolarlo. Le susurra que se tranquilice, que él está aquí y que todo anda bien. El perro comprende su intención y se aproxima para dejarse mimar.

-Tranquilo, Azul, tranquilo...

La voz le ha surgido ronca y desvaída, casi inaudible. Rasca con el índice entre sus orejas. Tiene que apretar un poco porque el áspero y corto pelo parece que desee repeler su gesto de dilección. Azul se queda quieto, con la lengua colgando y los ojos semicerrados, gozando el instante de la caricia; aunque de tanto en tanto, con juguetones gruñidos, atrapa algún dedo para automáticamente soltarlo y lamer, entonces, toda la mano.

Ha sido otro mal sueño; todo va bien: Azul, yo, mi casa... Todo va bien, todo va...

El miedo golpea a Walter con más fuerza que el dolor.

La lasitud del despertar lo ha mantenido hasta ahora en un sedoso aletargamiento, pero eso ya ha pasado y nota cómo una fuerte molestia

domina su mandíbula. Empieza a temblar, el pánico lo atrapa y unas heladas gotitas de sudor surgidas de su tuétano le perlan la frente.

Siente que vuelve a desvanecerse y no debe permitirlo, no debe permitirlo, no...

CAPÍTULO 10

No tiene un cuerpo físico como él siempre lo ha concebido. Retrae, o al contrario, percibe que estira unos zarcillos que utiliza como extremidades; carecen de tacto o puede que no haya sustancia o materia a la cual palpar. No ve nada, no huele nada..., sus sentidos han dejado de existir, se quedaron con su antiguo cuerpo. Le cuesta pensar, su mente (o lo que sea) es tan espesa como vacua y diluida es la niebla de su inexistencia.

A pesar de todo, y aunque no hay sensaciones: temor, dolor, tristeza... ni cualquier otra cosa parecida, sí sabe que se llama Walter y que la inerte desidia de su personalidad se desliza como un jirón de niebla entre un estéril caldo primigenio e inane.

La arbórea retorcadura de un luminoso naranja se cierne como un extravagante telón ante la opción de poder ver sin ojos. Dispone ahora de una perspectiva cenital completa: él es el centro de una esfera hueca que parece un fondo de pantalla; hay dos imágenes separadas ocupando todo

el plano visual; observa tales imágenes y comprende que corresponden a las realidades cognoscitivas que ha vivido en su pasado más reciente, por las cuales se ha desenvuelto.

En una de las dos partes se ve a sí mismo en la cama (en lo que desde siempre ha concebido como su vida real, auténtica), inconsciente, con su perro al lado: gimiendo y dándole de vez en cuando un lametón en el rostro. El techo de la casa no existe y por eso puede verse. Aparte de esta anomalía, el paisaje que se distingue es el que siempre ha conocido. Esta imagen compone una semiesfera cuyos límites se difuminan como en arena para dar paso a la otra visualización (el supuesto sueño), en la que puede contemplarse también inconsciente y estirado en el suelo del pequeño cuarto de la fábrica (ambas estructuras, cuarto y fábrica, tampoco tienen techo). Un canoso individuo que no conoce lo observa situado de pie junto a él, rozándole la cabeza con la punta de sus zapatos. El hombre sostiene con su mano derecha un recio bastón de ébano de bella ornamentación. Su otra mano la utiliza para acariciar la nuca del hombrecillo, como si de un perro se tratase. El extraño personaje realiza el gesto de consuelo sin ningún tipo de escrúpulo o reticencia por tocar a la abominable criatura.

A Walter le gustaría poder moverse. No está a disgusto con su nueva e incongruente condición de alma en penitencia, pero la situación de inmovilidad, junto a lo inexplicable que resulta, lo llenan de una compulsiva ansiedad por querer escapar de lo que él empieza a considerar como una broma de mal gusto por parte de alguna entidad de índole có(s)mica.

Aunque preferiría introducirse en el cuerpo “verdadero” y creer después que todo ha sido un mal sueño, tampoco le haría ascos a despertar en el otro lugar y preguntarle al canoso que qué cojones está ocurriendo. De paso intentaría averiguar quiénes son él y su repugnante animal de compañía. También le gustaría saber por qué están ahí y qué están haciendo en ese asqueroso lugar.

Si pudiese moverse. ¡Si por lo menos pudiese moverse! ¡Cielos! -se exclama con un terror de pensamiento incierto, volátil, que deviene de su ninguna parte- ...¿Será esto siempre así?

El tiempo ya no importa. Sigue allá “arriba” como un nuboso pasmarote. Su campo de visión no ha variado en absoluto, se mantienen las imágenes de “sus” cuerpos inconscientes. En la primera de ellas (la “real”), Azul ha dejado de quejarse y lamerle la cara para irse hacia la vasija donde tiene la comida. El deprimido animal mastica con desgana. Al fondo, lejos de la granja y casi mezclándose con la intermitente arenilla que delimita ambas imágenes, se divisa la carretera y algún esporádico vehículo circulando por ella. La segunda visualización es más interesante: los desconocidos personajes han salido del cuarto, dejándolo a él allí inerte, para comenzar a trabajar de veras con las incansables máquinas, surtiéndolas de criaturas por completo desconocidas para el joven, o mejor explicado, es la esencia concreta de tales seres lo de verdad ignorado por Walter: parecen poseer varios tamaños, y son multiformes, ninguno idéntico a otro. En realidad da la sensación que son

personas carentes por completo de miembros, o, en todo caso, sus muñones son tan cortos que no destacan apenas del tronco.

Los cuerpos acaban en las máquinas, pero el proceso comienza cuando el hombre canoso y su mascota (el muchacho está ahora del todo convencido de que se trata de un animal, muy inteligente, pero un animal) recogen los voluminosos y convulsivos sacos de tela que se hallan amontonados en una esquina de la fábrica y los llevan, sujetando cada saco entre los dos, hasta una gigantesca tolva que hay al principio de la cadena industrial; cuando llegan allí, cortan la tela con un cuchillo e introducen, pese a su inútil resistencia, a las criaturas por el enorme orificio. Las metálicas paredes de éste se hallan cubiertas de una sucia y viscosa masa producida por la mezcla de las partículas (carne, vísceras, hueso, sangre semicoagulada...) que continuamente salpican desde el invisible fondo. Aunque la distancia es grande y la visibilidad persiste en su ondulante tonalidad anaranjada, Walter puede distinguir a la perfección cómo los seres que están siendo arrojados por el sumidero se agitan frenéticamente: conscientes de las cuchillas de acero que les aguardan en el fondo del espantoso agujero.

La escena es terrible, pero el joven ha alcanzado un punto de saturación en el cual ya no le resta capacidad de asombro ante lo que sucede o pueda suceder.

El tiempo, que se desgrana de un modo no del todo armónico, transcurre y todo le aburre. Siente que necesita tener una boca..., una

boca descomunal con la que pudiese bostezar. Sería su boqueada tan enorme, que se tragaría hasta lo intragable.

Las cosas apenas cambian y Walter de nuevo se inquieta, pues vuelve a pensar que vaya a permanecer para siempre en semejante condición. Pero no es así. Pulsátiles, retornan sensaciones que parecían olvidadas: horror, pánico, ansiedad..., todas ellas andrajos psicológicos que pueden martillararlo hasta convertirlo en una marchita pulpa de miedo semiconsciente. Debe variar su situación. ¡Pero cómo!, ¡pero cómo...!

Su propia angustia muta su condición.

El vaho de intranquila desidia que ahora es, se vuelve más denso; lo percibe y su letargo marcha para dar paso a una curiosidad que parecía extinguida. La panorámica que lo envuelve converge vertiginosa y fugaz hacia un pequeño orificio de luz que queda por un momento suspendido en la ausencia de materia, hasta su paulatina y completa desaparición. El hecho se podría comparar al punto remanente que quedaba en la pantalla de los antiguos televisores sin color, cuando eran desconectados.

¿Mutación hacia menos? Intenta estirar los apéndices, pero se da cuenta de que los ha perdido. No le queda otro remedio que retozar, ausente de cualquier tipo de sustancia y de sentidos, en su estúpida eternidad.

¡?

¿Lo están tocando? Imposible, él ya sólo es una maraña pensante, sin cuerpo.

¡¿Qué demo...?!

Su sensación es la misma que tiene quien, nadando tranquilamente en un calmado mar, de repente nota que es sujetado de los pies por algo desconocido que tira de él con fuerza hacia abajo.

CAPÍTULO 11

Olor a sangre seca, a oxidado. Espasmos de dolor en su quijada. Ruido tremendo, similar al de un tren pasando por la vía.

Levanta el joven la cabeza y contempla los tristes y grises tonos del eterno crepúsculo que domina en el lugar. Se masajea la mandíbula con cuidado, haciendo caer secas costras de sangre adheridas alrededor de la zona dañada. Las yemas de sus dedos notan la aspereza de su incipiente barba. Se alegra de su fortuna, después de un minucioso y delicado examen táctil, cuando concluye que el hueso no está partido; aunque el dolor, la intensidad con que éste irradia, le advierte que debe de tener algunas pequeñas fisuras.

Sabe que ha retornado a su pesadilla. El estruendo no corresponde a ningún tren sino a las máquinas en pleno funcionamiento.

La barba...; el tiempo transcurre lineal. No es un absurdo sueño. Esto, me guste o no, es la más pura realidad, logra hilvanar entre el aturdimiento y el cansancio que siente en estos momentos.

Se levanta pero debe detenerse y quedar en cuclillas hasta que su tensión arterial se normalice. El retorno de la visión y la recuperación del sentido del equilibrio le indican que ya puede incorporarse por completo.

Después de todo lo ocurrido le alegra sentir de nuevo un cuerpo físico. Las sensaciones de éste se agolpan atropelladamente: hambre, sed, dolor, mareos, sensación de peso y de tangibilidad, ganas de defecar y de orinar...

Esto último lo lleva a cabo junto a los bidones de aceite, sintiendo gran placer y alivio al notar cómo el tibio líquido pasa a través de la uretra, vaciando su vejiga de orina pero llenándola de dicha. Acaba la meada y sale del cuarto, dejando la húmeda estela de sus zapatos marcada en el polvoriento suelo. Gira a su izquierda, en la dirección donde supone que están el hombre canoso y su horrible acompañante.

La batahola de las máquinas le molesta hasta producirle dolor en los oídos. Camina con rapidez, ansioso por encontrar a los estrafalarios personajes. No los ve por ninguna parte: parecen haber desaparecido tan misteriosamente como se plasmaron en su realidad. Por fin, subido a una máquina que utiliza como observatorio, los localiza. Ellos también lo ven a él y cesan en su macabra tarea; se sientan sobre el inquieto saco que transportaban hasta este momento y observan cómo se les aproxima. Hay en sus gestos una cierta intensidad y un ligero pero evidente nerviosismo que le hacen pensar que lo esperaban desde hace tiempo.

Walter puede ahora distinguir a la perfección al misterioso canoso. Se trata de un hombre mucho más viejo de lo que creyó cuando lo percibió por primera vez (aunque el error de apreciación no le extraña en

absoluto, ya que sólo pudo observarlo desde arriba y a considerable distancia). Es altísimo (casi dos metros y medio), de una inusitada delgadez y con extremidades exageradas: largas incluso para un cuerpo como el suyo. Todo en él es esperpéntico, por longitudinal. En su rostro cuajado de ángulos rectos hay incrustados unos verdes ojos que miran expectantes su llegada. *Debe de padecer de acromegalia*, concluye el muchacho después de su examen, consciente también de que él a su vez está siendo explorado por el otro.

-¡Por fin! –exclama el sujeto. Su quebrada voz le ha resultado casi inaudible a Walter, debido a que se pierde entre el, ahora más que nunca, frenético funcionamiento de las máquinas y su farragoso sonido.

-¿Por fin? –repite para sí el joven.

Resuella el gigante en su vano esfuerzo por incorporarse de su sedente postura. Un instante después, constatando que no va conseguir alzarse, realiza un gesto de auxilio: apoya su mano sobre el hombro de su acompañante. El otro en seguida comprende sus intenciones y se levanta para ayudarlo a ponerlo en pie. Cuando la mascota considera que el hombre puede sostenerse por sí mismo, lo suelta con precaución, atento a una posible caída, y de inmediato acude a un rincón en el cual reposa el bastón. Lo coge, retorna y se lo entrega a su compañero, o dueño, que lo sujeta con temblorosos dedos.

-Estoy viejo ya. Traslado sacos, pero los sacos no son sacos; son la culpa del resuello perdido en una adolescencia que perturbó un devenir en el que lo sensato y alegre debía ser la linfa de un corazón henchido y

orgullosa por almacenar ingentes cantidades de felicidad comprimida para cada individuo...

>>¡Hummm!, me estoy adelantando a lo que tú ya sabes y sin embargo deseas conocer. –El comentario del hombre canoso ha sido emitido con un tono de voz inusualmente alto debido al ensordecedor estrépito ambiental: casi es necesario gritar para poder comunicarse.

Cansino y con aparente pereza, singularidades de la ancianidad, se dirige al encuentro de Walter, quien ha quedado inmóvil a pocos metros de ellos tras escuchar las extrañas palabras de recibimiento.

El personaje, aunque delgado y desgastado por el tiempo, es imponente. Acaba deteniéndose frente al joven y éste se ve forzado a doblar por completo el cuello hacia arriba para poder mirarle la cara. Una corriente de mutua simpatía se cruza entre ellos.

-Te preguntarás quiénes somos..., que qué es todo esto, ¿verdad? – El asombroso caballero habla alto y despacio, temeroso aún, pese a que están casi juntos, de no ser entendido, pues persiste la fuerte fricción de los sonidos mecánicos. A Walter le acude la estúpida idea de que el auténtico motivo de su reposada dicción se debe a que, si hablase más rápido, en un descuido podría clavarse su afilada mandíbula en el corazón, por lo que se expresa de semejante modo para evitar tal accidente.

-He tenido tiempo para reflexionar, y creo que se trata de una broma de mal gusto –responde a los interrogantes que le ha propuesto el gigante. Es evidente que no despeja incógnita alguna, pero sacia su afán

de demostrar, en todo momento y en cualquier circunstancia, que es listo e inteligente.

La visión periférica del muchacho le hace darse cuenta de que el hombrecillo se está aproximando a ellos. Semejante acto provoca en Walter la involuntaria reacción de dar un paso hacia atrás.

-¡No! ¡Él no! ¡Que no se acerque..., por favor!

El hombre alto gira el tronco para comprender con exactitud el motivo de sus quejas. Advierte la proximidad del subhumano (que en estos momentos rectifica para situarse de nuevo en el lugar donde se hallaba, pues parece que la actitud del joven tampoco lo deja a él indiferente: consecuencias de una mutua aversión, sin duda), y vuelve a flexionarse para acaparar su postura inicial, mirando de nuevo al muchacho... Es entonces cuando el tajo de su boca emite la misteriosa pregunta:

-¿Te asustas de ti mismo?

La sorpresa congela a Walter, al tiempo...

CAPÍTULO 12

-¿Te has enterado de por qué Walter no vino ayer?

-No. Nadie lo sabe. No llamó a la oficina ni se ha dado de baja; y la secretaria me ha dicho que la dirección que ella tiene es falsa; bueno, no

es del todo correcto esto sino que, hace poco, dejó la pensión donde se hospedaba cuando rellenó el formulario previo al contrato... La chica también me ha comentado que ha telefonado varias veces al hostel, buscando información sobre su nuevo paradero, pero le han insistido, hartos ya, en que ellos no saben nada, que no les dejó ninguna referencia por si alguna vez surgiese un caso como el que tenemos ahora. -Dicho esto, José deposita su bolsa sobre el banco, abre el candado de su taquilla y empieza a desvestirse.

-¿Y por qué en la oficina no comunicó su nueva localización?...

-¡Mira, Lolo, no sé qué ha podido pasar!... Y como ni siquiera tiene teléfono móvil..., pues no hay manera de encontrarlo.

>>Puede que pensase que aquí no iba a estar cómodo y haya decidido buscarse la vida en otro lado. Lo que me fastidia, si así resulta, es que sea tan de sopetón, y sin avisar.

-Si te digo la verdad...

La ominosa mirada de José se clava en Lolo y conlleva que éste interrumpa su comentario.

-¿Si me dices la verdad...? ¡Qué! ¡Vamos, dilo!

-No. Da igual.

-¿Da igual?... Crees que he tenido algo que ver en esto, ¿no?

-Es que... he pensado..., he estado dándole vueltas a la cabeza con lo que sucedió en el desayuno de anteayer..., y creo que te pasaste un poco... Sí..., eso pienso. -Para provenir de Lolo, resulta un comentario agresivo, pues él siempre otorga, nunca protesta a José, por lo que no

puede evitar un sonrojo de vergüenza ante su inusual osadía, seguido de inmediato por una lividez de temor a las posibles represalias.

-Y entonces has supuesto que yo he mediado para que lo echen. ¿Acierto? –José estira la mano y pellizca la barbilla de Lolo, agitándola suavemente-. ¡Ay Lolo, Lolo!... ¡Looooo!o!

Sacude el autoconsentido subordinado la cabeza para zafarse de la débil presa con que el hombretón lo fustiga; lo consigue y balbucea:

-Yo... No te enfades... Es que el chaval me cae bien y pensé...

José lo interrumpe, suave y sibilante, arrastrando las palabras:

-Tú no debes pensar, Lolo.

El otro sonríe conciliador.

-Es que estoy tan confuso...

-Si no piensas más de lo debido, no habrá lugar a confusiones.

No está José para bromas ni disimuladas recriminaciones, pues el encargado general le comunicó, ante la ausencia de Walter, que no habría de momento un nuevo auxiliar, que los directivos están hartos de la frecuencia con que el tercer miembro de su cuadrilla los abandona, y, hasta que sea tomada una decisión definitiva al respecto, han de trabajar solos, en pareja. Debido a la falta de un tercero, en la jornada anterior José tuvo que descender constantemente de la cabina del camión para ayudar a Lolo. Acabaron la faena agotados y mucho más tarde de lo acostumbrado.

Mientras la anormal situación perdure, han quedado ambos en acudir al trabajo una hora antes de lo habitual para ganarle tiempo al horario de salida.

¡Ay si pudiese agarrar a Walter! ¿Qué le haría?... ¡Qué le haría!...

José ha pensado a menudo en ello y prefiere no dejar volar sus sádicas fantasías. Todo tiene su debido momento. Sí, a su debido momento llegará la tan ansiada venganza. Cuando se detiene con serenidad a reflexionar, concluye en que no habrá enfrentamiento físico ni soterradas, o directas, amenazas sobre que lo vayan a expulsar del trabajo; pero nada ni nadie le podrá impedir que le inflija castigos que lo hagan sentir excluido y escarnecido: jamás se podrá sentir José culpable de humillarlo a cualquier precio..., en constante asechanza..., y convertirlo en un desarrapado psíquico –asunto con machaconería elucubrado por él- a base de vejaciones morales de las que no podrá olvidarse nunca más, hasta el fin de sus días. La crueldad del hombretón es innata, hereditaria; y sabe, pues él mismo lo sufrió de pequeño por parte de su hermana mayor, que existen cosas peores que la violencia palpable y directa. Pero lo que él haya vivido sólo es una cuestión que le sirve para llevar a la práctica su maldad intrínseca, y en determinadas circunstancias, como la que ahora le ocupa con lo del muchacho. Respecto a según qué aspectos de su pasado, prefiere no recordar experiencias que se hallan ya en la zona asignada como el vertedero de su memoria.

Finalizan el ritual de cambiarse y cierran las taquillas. Se dirigen con desgana hacia la puerta de salida y Lolo estira la mano para sujetar el pomo, pero... Lentamente, con una reacción acorde con su intelecto, aprecia que algo extraño le ha sucedido al pomo..., o a él. Mira hacia abajo y lo descubre: su mano está atravesando un metal que parece de mantequilla.

-Vamos. ¿Qué ocurre? –pregunta el grandullón, desconcertado por la súbita inmovilidad del otro. Comienza Lolo a reír, histérico-. ¿Qué te pasa?... ¡¿Qué mierda te pasa?! -Frío y afilado como una cuchilla, el miedo irracional se esparce de punta a punta por el cuerpo de José: de inmediato su perspicacia, la cual se halla mucho más desarrollada en él que en su compañero, le advierte que algo desacostumbrado y peligroso está ocurriendo.

-¡Ayúdame! –grita Lolo, forcejeando para extraer su mano, que se halla fundida, mezclada, formando una masa única con el metal aluminoso del pomo.

Un furibundo tirón produce que por fin se desprenda de la irreal mordaza. Trastabilla dando unos pasos hacia atrás.

Hace caso omiso al posible dolor, sólo mira con enorme incredulidad el humeante muñón de su muñeca.

El pánico impide a José acudir al auxilio de su colega. Permanece estático en su sitio, como clavado, mirando también la mutilada extremidad, con la boca abierta por un incrédulo asombro.

Un aullido parte al unísono de sus gargantas cuando (primero el brazo cercenado y después el resto del cuerpo) Lolo comienza a derretirse como una vela encendida, expandiéndose sobre la superficie del suelo de la misma forma que lo haría una masa de cera muy caliente.

Gotas de sudor ácido emergen de la piel de José, que siente como las zonas afectadas de su epidermis desprenden un desagradable olor a carne quemada, a la vez que emiten un ruidillo parecido al que hace el agua cuando contacta con un hierro incandescente.

-¡José, José, estoy sufriendo, ayúdame, por favor!
¡Socórrrgbloogogogg...! –acierta a decir antes de desprendérsele la mandíbula inferior.

-¡Lolo... Lolo...! –Inicia el grandullón el gesto de caminar hacia el otro. Siente pánico y dolor en la piel, mucho dolor, pero ha de intentar algo; no puede dejar que su amigo se licue ante sus ojos, a dos metros de él. Da un paso, otro... El tercer paso lo realiza sin el pie derecho, pues se le ha desprendido del tobillo y quedado detrás, pegado al suelo. No ha sentido nada, pero la brusca ausencia lo desequilibra y hace que caiga boca arriba. En el suelo, intenta protegerse cruzando los brazos ante su rostro, ya que una viscosa sustancia, en avalancha procedente del techo del vestuario, intenta engullirlo. Nota que su carne no se quema, sino que se funde con la materia que la invade.

A través del agujero que se ha creado en el techo, José, todo y su apurada situación, puede percibir cómo las estrellas dejan de titilar y pasan a convertirse en lágrimas de cristal incandescente que viajan con impresionante aceleración, a tenor de la inmensa distancia existente entre ellas y su más que evidente y visible acercamiento entre sí, para acabar confluyendo e implosionar en el centro del universo.

El Sol sufre el mismo proceso, y José dispone de la pérfida suerte de morir eternamente.

CAPÍTULO 13

Mutilados e indefensos resbalan los cuerpos por la mugrienta chapa del sumidero.

Sujetas sus manos a la barra cilíndrica de una barandilla que circunda una elevada plataforma de metal, Walter se asoma y mira, reflexivo, las oscuras y sórdidas maniobras que realizan los enigmáticos protagonistas de la particular pesadilla en que se ve envuelto. *¿Te asustas de ti mismo? ¿Te asustas de ti mismo? ¡¿Te asustas de ti mismo?!...* El enjambre de la iteración vertido a palabras, las emitidas por el canoso, lo azota con un tamborileo de ensueño petrificado dentro de un cráneo a punto de estallar.

Poco antes de ser trituradas por las implacables cuchillas de acero, muchas de las criaturas que son lanzadas por el embudo (como él ya supuso, se trata de seres humanos: hombres, mujeres y niños) tienen tiempo de divisarlo y gritarle en súplica de auxilio. En respuesta a los desesperados y guturales sonidos que surgen a chorro de sus bocas sin lengua, el joven sólo puede parpadear, agotada ya su capacidad de asombro. Porque todo y su pesar por lo que ocurre, supone que no debe inmiscuirse en lo que no le incumbe. También piensa, para aliviar su conciencia, que resulta ser un invitado en lo que considera que es una pesadilla con raros y estafalarios visos de realidad. En consecuencia, los pobres infelices reclaman una ayuda que jamás les será otorgada.

Deja que se ausente su actitud pasiva y se separa de la barandilla, desciende de la plataforma y se dirige hacia las tolvas, donde en estos

momentos se hallan el gigante y su compañero. Le advirtió el hombre alto (que se le presentó como Lango) que no los interrumpiese mientras quedase trabajo por hacer, que todas sus preguntas serían respondidas después; pero le desespera la lentitud con que trasladan los envoltorios de mancillada, masacrada vida.

Lango a duras penas se mantiene en pie y es la incongruente criatura, extraída del mismo Walter, según las palabras del canoso, quien carga con casi todo el peso de la tarea.

Enferma el joven cuando recuerda el destino sin sentido del contenido de los sacos, y por el hecho de que tales personas se encuentren tan horriblemente mutiladas. Sin embargo, para él no deja de ser contradictorio el pensar a veces en que podría ayudar a los dos individuos en cargar sacos para acabar cuanto antes con lo que su obstinación se empeña en creer que se trata de una pantomima, una suerte de teatro generado por una mala jugada de su mente... Y, ambivalencias de una psique a punto de desquiciarse, no puede evitar temblores al sentir horror, vértigo desintegrado, porque le resulta todo ello cosa verificable y real. Se percibe a sí mismo como si divagase entre una realidad más allá de otra realidad, en las que ambas se hacen añicos, y que a la vez se recomponen sin cesar, como si se tratase del pulsátil ritmo de un aliento ideado por el delirio.

Pero a estas alturas, pese a lo mencionado, se encuentra dispuesto a todo para enterarse de lo que está ocurriéndole.

Lango, al observar la dura expresión de decisión marcada en las facciones del joven, indica a su compañero que continúe él solo con la

labor y, después de coger su bastón, que estaba apoyado en una esquina, acude al encuentro de Walter. Su rostro no denota enfado por la arisca intromisión.

La agresividad y el empuje del muchacho desaparecen paulatinamente, en proporción inversa al tamaño que va adquiriendo su oponente a medida que se le acerca. El negro y raído frac que viste el canoso (cubierto de polvo y adornado con algunas telarañas), junto a su increíble estatura, le confieren el tétrico aspecto del sepulturero que en realidad es.

Dan los últimos pasos de aproximación.

El viejo mira hacia abajo.

El joven mira hacia arriba.

-Tienes la bragueta abierta –dice el joven.

-¿Ehh?, ¡qué...! –exclama el otro mientras se retuerce para comprobarlo, y al ver que es cierto, se la ajusta con rapidez y precipitación. Tras corregir el ligero despiste, y disiparse el mortecino y momentáneo sonrojo de su cara, adquiere ésta la seriedad que marcan los cánones cuando se va a decir algo de verdad trascendente-: Bueno; todo llega. No tienes por qué hacerte esperar más.

-¿Que no tengo por qué hacerme esperar más? ¿Yo? ¿Te refieres a que yo me hago esperarme a mí mismo?... No lo entiendo... ¿Por qué hablas como si fuese yo quien tuviese la clave, el conocimiento de este absurdo que me acontece?

-Mira a tu alrededor –le replica, acompañando sus palabras con un gesto radial del brazo derecho-. Parece mentira que intentes negarte la

realidad, el conocimiento de lo que está ocurriendo, hasta semejante extremo. –Diciendo esto último, agitaba su índice como lo suele hacer un padre severo, pero benévolo, cuando regaña a su hijo predilecto. Walter así lo entiende y, con las manos entrecruzadas en la espalda, agacha la cabeza, las mejillas tiznadas de rubor. El gesto hace compadecer al gigante, y lo motiva para propinar al chico unos toquecitos de ánimo en el cogote: Vamos, vamos..., que no es para tanto... –Después del escueto consuelo, envuelve con su colosal mano el hombro del joven; y de este modo, un poco forzado, lo insta a ir a donde se encuentran los sumideros. En éstos, el hombrecillo está tirando el contenido del último saco que quedaba por vaciar. Como ve que la pareja se dirige hacia él, decide internarse por un oscuro pasillo. El interior de Walter suspira con alivio, pues le resulta insoportable la presencia de semejante criatura.

A medida que se acercaban a las tolvas, Lango, con la mano, ha ido apoyando su peso en Walter, paulatina pero evidentemente, pues éste nota un específico dolor de alivio en el hombro cuando, al detenerse ambos, el otro lo suelta para sentarse, sin subir escalones, sobre el rellano de una plataforma metálica paralela a los embudos de los sumideros.

-Pronto moriré, muchacho. –Lango respira con dificultad-. Y tú tienes la culpa de todo.

-¿Pero por qué? –La desesperada pregunta de Walter se realiza a la vez que da un paso hacia delante.

-¡Calla! –En hilillo de voz, afónico escapa el final del grito.

-¡No voy a callar! ¡Desde que he llegado a esta mierda de sitio no he parado de llevarme sorpresas y sustos por doquier! ¡Tú, que todo

pareces saberlo, no te puedes ni imaginar el mal trago que estoy pasando!
¿Y con qué me encuentro cuando hallo a alguien que al parecer puede revelarme el porqué de todo esto?... ¡Pues me encuentro... con que ese alguien no hace más que decirme que yo tengo la culpa de no sé qué...!
¡De qué! ¡¿La culpa de qué?!... –La expresión final, casi un aullido, desgarró sus cuerdas vocales.

-Eres un viajero.

-¿Qué?...

-¡No me interrumpas!

>>¿Quieres saber lo que ocurre?... Bien... –Lanngo, sin moverse de donde está sentado, gira su tronco, se estira y alcanza un armario metálico de pequeñas dimensiones, abre su puerta, aprieta unos botones rojos y la maquinaria deja de funcionar entre agónicos estertores de descompresión, y poleas que aún giran por su propia inercia, hasta que la ausencia de energía lo hace a todo callar...: el silencio vence al fin. Recupera el anciano su posición inicial y mira al joven, no sin cierta ira en su expresión-. ¿Sabes por qué existo? Existo única y exclusivamente para que te hagas saber lo que acontece.

>>Estás viviendo en tu propio sueño, Walter, en tu propio sueño. Yo, antes de ser Lanngo fui una resplandeciente gema, y antes de ser una gema fui otra cosa: otro símbolo segregado en tus sueños; y antes de ser todo eso me presenté a ti de diferentes maneras; y de nuevo de otras maneras, anteriormente... Y así siempre, continuamente, desde los inicios del desquiciamiento de tu visión del mundo. Comprende que me refiero a que soy tú: tu conciencia, para ser más conciso y explícito.

-Estás mintiendo. ¿Qué insinúas? ¿Acaso que busco fuera de mi propia vida algo que esté hecho a mi medida?

-Te he dicho que no me interrumpas... ¿A tu medida, dices? –Las frases surgen sibilantes, deletéreas-: Por las circunstancias que sean, tus delirios psicóticos y tu megalomanía han eliminado al propio universo, o mejor dicho, han desplazado al universo que habitabas.

-¡No sufro de megalomanía ni me considero un loco!

-Quizás tengas razón al decir que no estás desquiciado, que sólo seas un simple neurótico; no te puedo asegurar nada..., pues no lo sé...; no lo sabes. Pero lo que sí está claro es que en este instante discutes contigo mismo, así que calla, por favor, y déjame continuar.

Se presta a obedecer, y la presunta aclaración prosigue:

-El bastión de todo tu enigma se basa en el cuestionamiento de la realidad. El haber transformado tu entorno vital, como parece que ha sucedido, pues tu vida ha sufrido un receso, o mejor dicho, un deceso de lo anterior, ha producido una situación en la cual yo –o sea, tú mismo- debo plantearte perspectivas de las que has de entresacar conclusiones, y encontrar lo positivo, o dicho de otro modo, alguna cosa optimizada para que puedas proseguir tu viaje, constructor de realidades.

>>Y ahora intentaré, intentarás formar una base que coordine en lo posible una teoría satisfactoria. Para empezar, se debe indagar en qué es la realidad. Puede ser muchas cosas...: es el todo; es la nada; es la esencia que nos conforma, es la conformidad de la esencia; quizá la monotonía de la duda veraz, o vibraciones: opciones de la cognición que van más allá de lo empírico... ¿O es algo acerado, de cuchilla hueca, de

sentimiento capaz de realizar? Es lo pleno en fluctuante asimetría, casi con toda seguridad: el pelo que cae de la cabeza, la música que alguien escucha..., la propia música en sí... Pero... los humanos somos... No: sois, sois los únicos seres capacitados para comprender que hay algo que se alberga a sí mismo, y lo denomináis realidad... Una realidad que, como absoluto que es, ningún cerebro puede concebirla en su totalidad; porque en caso contrario seríais dioses, no personas. Por este motivo, los humanos distorsionáis la realidad hacia vosotros mismos: jugáis limitados y engañados, dentro de un valor absoluto.

Las palabras golpean la mente de Walter como si fuesen balas de cañón: el desquiciamiento de la realidad, de la que tanto habla Lango –o él: ya no está seguro de nada-, empieza a cercarle con un peligro rayano al efecto dilatado de la vacuidad, lo inefectivo, lo inane de sentirse vivo..., o no.

-Sí, así es: en cierto modo se podría decir que tu entorno lo has doblado hacia ti mismo... ¡No, no me mires de esa manera!... Recuerda que soy tu conciencia. –Ya del todo convencido de que debe seguir escuchando, sopla el joven en una zona de la estriada superficie de metal de un escalón para retirar el polvo acumulado y se sienta al lado del enorme pero delgadísimo anciano, el cual, después de haberse callado para dejar que el otro se acomode, reanuda su discurso-: Has conseguido destruir tu mundo para fabricar uno nuevo, que aún está por determinar. Tu estancia como forma conceptual, carente de cuerpo en el centro de una esfera, no fue más que el tránsito, meditado sin tú saberlo a

conciencia, de un mundo al otro... Pues elegiste éste, o mejor dicho, el tenga que llegar.

>>Todo esto viene a cuento de lo que es mi deber comunicarte. Y se trata de lo siguiente: viajarás. Buscas algo y deambularás hasta que encuentres lo que necesitas o deseas. Harás añicos todo tipo de realidades que logres formar; pero, algún día..., no, día no: ahora carece de significado esa palabra... Cuando sea, hallarás lo que buscas, y entonces dejarás de forjar mundos... para concentrarte en plasmar tu sueño. Podría decirse que te has convertido en una suerte de dios, y quizás para mal, pues eres imperfecto y limitado... Bueno, como posiblemente y por desgracia lo fuera el dios originario, si lo hubo..., del cual sólo se podría decir de él que es tesis, antítesis y síntesis de lo ubicuo.

>>¿Sabes? Voy a confesarte una cosa: tú y yo, todo, no somos más que una creación de ése. –Con un brusco y efectivo gesto, su índice derecho indica hacia fuera, pero como no sabe que sólo puede acertar la primera vez, ahora se equivoca y es a ti a quien señala.

>>Hasta siempre, Walter –se despide.

-¡No te vayas! ¡Te lo ordeno! ¡No te vayaaaaas...! –Incorporándose de inmediato, se abalanza en intento de sujetar el cuerpo del ser que se diluye ante sus ojos; imprime demasiada fuerza a su acción, pierde el equilibrio y se desploma para acabar dando, de nuevo, su mandíbula contra el suelo; todo ello debido a que ha atravesado el traslúcido y etéreo cuerpo de Lanngo.

Al lastimarse en el sitio de costumbre, se da cuenta que había dejado de dolerle desde hacía un buen rato. Extrañado, se palpa: no hay dolor..., no hay nada.

Unas lágrimas de desesperación resbalarían por sus mejillas, si ambas (mejillas y lágrimas) no hubieran dejado de existir.

¿Por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?... si había tantas preguntas que responder...

CAPÍTULO 14

Irisado, recuerdo pintado, alberga lo que fluye en las sintéticas admoniciones de una perdida nostalgia de alambicadas cuestiones por sentirse formación de una esencia que ya no mana de modo usual sino en cánticos obstruidos por el temple de lo inusitado.

Son huesos de polvo revertido; es catarsis de lo indebido; son acumulaciones de una época y lugar por siempre jamás recuperados; es el consorcio nauseabundo de lo que fue y ahora son añicos...: aliento extraído, depredador sumiso.

La rueda hila y los sátrapas de la desidia, amorfos e insustanciales, encaprichan su retahíla: universos, plasma, éter... Nada fue y nada será; y sin embargo, el instante determinado... está.

En la madrugada de un día cualquiera, en un lugar cualquiera, camina un hombre joven, moreno y misógino entre las brumosas y aciduladas, apestosas calles de una asquerosa ciudad. Golpea con los pies, entre asombrado y pensativo, los obstáculos que se le presentan por el camino: casi siempre se trata de basura esparcida sobre el asfalto, cuya presencia se debe al expolio efectuado por los indigentes, en su intento de hallar algo que pueda tener cierto valor, y a la posterior evisceración de las bolsas de plástico efectuada por los gatos, en su saqueo por encontrar una comida siempre escasa.

El hombre hace girar su campo visual cuando tuerce una esquina. Continúa con su estéril y supuesta diversión a base de puntapiés hasta que un bullicio procedente de un local lo impele a dirigirse hacia él. (Son pasos y otros sonidos lo que resuena en las paredes incommensurables de edificios que arbitran el eco de muertos compases presuntamente musicales, monótonos, siempre iguales.)

Atraviesa el umbral y examina el lugar, al mismo tiempo que su persona es catalogada desde el punto de vista de cada ser humano allí presente.

Borrachos, ladrones, pederastas, pendencieros, camellos, travestidos, proxenetas, prostitutas, drogadictos... Ese tipo de gente, y algunos que son todo eso y aun algo más, intentan discernir en qué grupo deben encasillar al recién llegado, cuya figura comienza a traslucir entre el marco del portal.

Las grietas del inframundo emiten chasquidos de olor inmundos, mientras todos coinciden en que se trata del hacedor y destructor, del

hombre joven, moreno y misógino que se desplaza por los recovecos de la inanimidad hasta que encuentre lo que busca..., y quizás hallará. Entretanto, se difumina y desaparece el ente de la ucronía, del absurdo entre los restos del absoluto.

CAPÍTULO 15

Los quebradizos rayos de sol abruma, con el añadido del calor, a las pupilas alojadas tras los párpados temblorosos y vanos en su supuesta función. El rosáceo panorama, pese a ser hostil para la vista, genera un remoto instante de placer en la deprimida mente del hombre joven, moreno y misógino.

El goce se emulsiona con elementos de disipación y displacer al abrir los ojos, y una cuña de interrogaciones rasga las tortuosas sinapsis de las insinceras neuronas:

¿Por qué procedo al revés en las preguntas? ¿Cómo he llegado hasta este lugar? ¿Qué hago aquí? ¿Dónde estoy? Cesa de cavilar y evalúa el lugar justo un instante después de levantarse.

El viento agita las ramas y hojas perennes del escualido árbol situado a su derecha. A su izquierda, hay otro árbol cuyas hojas caducas no se zarandean al compás del engreído viento. El invierno ha sobrevenido y el hombre apenas recuerda algo de su pasado, aunque

siente un enorme lastre, un peso enorme por la pérdida de un mundo que ahora le parece casi idílico, entrañable, en el cual él se encontraba descontento, desesperado y desamparado: con la incongruente aspereza de quien no sabe valorar lo que tiene hasta que lo pierde.

Los archivos de su memoria lo remiten a un cariñoso cachorro de can; una casa enorme y casi derruida, injertada en un bosque; unos compañeros de trabajo, más bien mezquinos; unos padres con los que no mantenía correspondencia, en negado contacto, pero de los que él sabía que en cualquier caso ahí estarían; un pueblo donde nació, y vivió la infancia y la adolescencia; Ana...

Y después... después..., intenta evocar, trabajosamente. Sí, la fábrica y sus moradores. La confesión, o autoconfesión, por medio de Lanngo, quien decía ser mi conciencia... No importa lo que él fuese; ya no está.

El sufrimiento interno por la sensación de pérdida lo abruma. Intenta reprimir el llanto, lo que le provoca una insoportable presión en la garganta, dolorosa. Por fin, las lágrimas surgen como una crisálida que estalla y se esparce, transparente y salada, sobre la piel de su cara.

Transcurre un periodo de tiempo en el que no puede hacer más que llorar. El vago consuelo finaliza entre agudos hipidos inspiradores de sentimientos de lucha, de rebeldía, de no darse por vencido ante el incongruente teatro que está viviendo.

Recuerda ahora su pasado más reciente: se ve a sí mismo, golpeando la basura con que se encontraba por el camino; se ve doblando la esquina y acudiendo a la entrada del penumbroso local. *Sí... Entro en*

una especie de bar; hay gente de todas las cataduras posibles, y me miran; me siento vulnerable ante ellos y deseo que me trague la tierra... Así ocurre: desaparezco de allí y me despierto aquí, en esta cima estrecha y escarpada, azotada por un escabroso viento que desea desprenderme de la aguja, hacerme saltar al vacío y volar en vertical para acercarme a las casillas aradas que se distinguen allá abajo. ¡Ay, por favor! ¡Ay, por favor!... ¿Qué sucede? ¡Estoy desarraigado de todo lugar y tiempo...! ¡El final lo confirma! ¿Puedo no ser más que un incesante monólogo sin objeto ni razón de ser, de existir...? ¡Noooooo! ¡No me conformooooo...! Debo desplegar las alas, marcharme. ¡Qué sinrazón! ¡Qué sinrazón!: ¡me deja sin aliento, sin esqueleto sobre el que apoyar las bases de mi existencia!... ¡Las alas, debo extender las alas y volar!

Desde el pie de la imponente aguja puede divisarse un fenomenal animal alado que despliega toda su enorme envergadura semicorpórea en busca de un lugar más apto para proseguir su distorsionada epopeya a través de un espejismo en el que se encuentra como protagonista involuntario, trazado de antemano.

SEGUNDA PARTE

Loli redimida

PRELUDIO

Algo sucede y ningún vacío puede apoderarse de la desolación.

Rosicler de taimado sol que atraviesa el esponjoso clamor de un cúmulo de verano. Líneas amarillas regurgitan la nostalgia de quien las mira. Pereza eterna; sentimiento baldío. Suerte de estar, de sentir, de saberse, de vivir...; maldición por la certeza de que algo dejas.

La mujer bifurcada se inclina y recoge flores rojas, amarillas, verdes, lilas, y verdes otra vez. Cesa en la labor y se dirige hacia un pedrusco que utiliza como asiento. En seguida se levanta: el duro escabel está demasiado caliente por el sol del estío, y los labios le queman. Irritada, camina hacia otra piedra situada bajo la umbría custodia de un añejo y alegre roble. Tantea con la mano por si hace poco que le ha arribado la sombra; no es así, y se sienta chorreando colores. Aglutina las flores verdes, escoge una y desprende sus pétalos más superficiales; come el blanco y sabroso corazón de las vainas centrales; el tronco y la pelusilla, los tira. Estira el brazo para coger otra alcachofa, justo en el instante en que aparece una turbia filigrana con áspera consistencia de extremidades que rodean su cuerpo: la oscura silueta comienza a corporeizarse. Se individualiza un hombre joven, moreno, misógino y alado.

Ambos se asustan; él la segrega de sí mismo.

El hombre mira la tornasolada bóveda que jamás fue conservada como un hecho empírico por su parte. La mujer permanece tan muda como él. Se inyecta ahora la salvedad de que el espanto de ella ahora es monopolizado, puesto que el hombre ha desprendido de sí el impacto primerizo del miedo.

-No es invierno y tú eres hembra.

Ella, la bifurcada, no es experta en reflexionar. El pavor se le diluye y se aprieta a él con todas sus fuerzas.

La mujer toma lo que le pertenece.

La vagina, el perineo y después el ano. Dos orificios que rigen insaciables y lúgubres deseos que alimentan el principio de la creación redundante. ¿El perineo no?... el perineo sí: gusta de bascular el pene en el inciso de incertidumbre, sonreír ante la cara de interrogación y duda que se dobla al final del cuello, a lo lejos, esclava del volcán que rige sus deseos.

Él penetra y llena todo recoveco; ella recoge y aglutina. Son dos pero parecen uno...

Quizá son ninguno.

El hombre joven, moreno y alado vuela más alto que nunca.

Intenta darle alcance, afectada por la inexperiencia e impedida por las turbulencias, una joven hembra bifurcada, dichosa de sentir su vientre colmado, inseminado.

<<Aquí debo dejarte de momento. Tus alas han desaparecido; las mías también. De hecho nunca existieron..., como yo, en este instante. Debo darme tiempo para poder recuperarme como entidad, mujer bifurcada. Y respecto a tu desdoblamiento, cesará. Pese a eso, no temas: eres. Semejante concepto no puede ser repudiado por alguien que busca la regeneración de los abismos de la nada. Y alegría siento al ver que germina una semilla que me sume en la esperanza de un reencuentro. Ahora vete, mujer bifurcada, y elude la mitad de los riesgos que te acechan. Sé que no comprendes cuanto te digo, pero tu instinto procederá por ti... Deja... deja que acaricie tu rostro... ¡Ah...!, de suave piel de melocotón... Un adiós percedero te dedico..., un hasta luego, mujer bifurcada...>>

El hombre se difumina en sombras que se difuminan. La mujer queda perpleja.

En suave paseo regresa la hembra a su hogar.

RETORNO DE LA FÁBULA

Todo negro como carbón, deja que atraviesen titilantes cuchillas que modelan la sutil negación de un intento por pulir la ceguera. De repente nace una marchita flor de sangre y flema que se extiende por el aterciopelado escenario.

Loli y Manoli se sustentan asustadas en ninguna parte. ¿Dónde están? ¿Adónde van? No lo saben. Quedan quietas, agachadas y abrazadas en sí mismas, a la espera de que el rojo muerte les dé alcance, incluyendo su estruendo de volátiles compases que rememoran ruptura o estallido -aquel bramido..., aquel sonido-. Tonalidades de luz blanca descompuesta en el prisma, grifo que gotea en cubo lleno, burbuja en la clepsidra, neuronas disueltas, sinapsis muertas...

El ruido trasgresor desaparece, la luz no llega. Levantan con timidez la cabeza y escudriñan la nebulosa: vértigo inerte en el magma les parece en tanto que al olfato arriba olor a ozono. Olisquean con ímpetu y alguien las azuza: “¡Ea, ea...!” Sus piernas se transforman aunque ellas no lo perciben. Saltan con toda la potencia de sus ancas de galgo y por una vez huyen divergentes pero lejos de la procedencia de la VOZ.

Transcurre el tiempo envolvente, y envuelto en la oscuridad. Un lastimoso quejido en “guau” surge de la garganta de Manoli cuando lo que quiere es decir otra cosa. La sustancia original de Manoli se sujeta al terror por comprender lo que es ahora: su hocico y su lengua lastrada exudan en sustituto recordatorio de la cualidad perdida de la piel.

De repente las golpean trozos de luz líquida que se cuaja, después de desgajarse, en goterones que se difunden en la piel y sobre el suelo. El calor remanente se evade de pronto; y el frío, y su remoto instinto para resguardarse, que todo animal lleva impreso en sus genes, las impele a buscar cobijo para pasar sus primeros instantes en soledad. Difusa ésta, y transida de pena y angustia: denso y constrictivo periodo en el que ninguna podrá consolar a la otra, pues no saben con certeza quién es quién.

Dispersas entre los chasquidos almibarados de la bomba psicodélica, sus ensueños vislumbran una cueva poco profunda incrustada en una roca de arenisca roja, salvaguardada en la cima de un montículo.

Parece un buen refugio, porque la raquílica y escasa vegetación que se apiña en los bordes de la entrada resulta útil para ocultarlas de quien pueda aproximarse al lugar. Se introducen por el orificio y no les cuesta examinar el interior, debido a la penumbra de plasma que emiten los líquenes internos, adosados a las paredes.

Ha habido suerte, dentro de lo fatídico del día, y podrán dormir con relativa tranquilidad, a salvo del peligro que acecha afuera. Buscan un rincón idóneo y se tienden en él intentando descansar. Tienen mucha hambre y sed y magulladuras y recientes e ingratos recuerdos, pero nada pueden hacer en estos momentos salvo dejar que llegue la noche verdadera y prosiga ésta sin sobresaltos hasta que amanezca.

Presienten que su desgracia regresa cuando escuchan rumores en el exterior. Loli y Manoli ignoran que los robots incorporan en su

dispositivo ocular un detector de infrarrojos para localizar objetos que se encuentren fuera del campo visual corriente. Se asoman a ras de suelo, apartan unas ramas con cuidado para dejarse ver lo menos posible, y contemplan como el humanoide de metal se detiene justo cuando ellas se muestran. Parece dudar la máquina mefítica, hasta que da media vuelta y se marcha. La actitud las desconcierta porque de alguna manera intuyen que el artefacto no ignoraba que ellas estaban ahí; pese a todo, exhalan un profundo suspiro de alivio.

El susto se disipa junto a la niebla perlina de la bomba psicodélica. La visibilidad completa y sin alucinaciones se restablece, y Loli y Manoli, personas ahora, divisan el paisaje bermellón del crepúsculo vespertino.

El campamento de la tribu queda bastante lejano en este momento. Deciden que lo mejor es regresar con sus congéneres una vez pasado un tiempo prudencial.

Es dilatado el reencuentro, más de lo que creyeron en un principio. El intervalo es tan largo que incluso la lluvia, esa emulsión refulgente que cae del cielo en tan pocas ocasiones, y que produce que todos los huesos duelan cuando estás mucho rato mojándote con ella, se ha presentado ya en un indeterminado instante de una incierta noche.

Mientras han permanecido en la cueva, su dedicación ha consistido en almacenar agua y en recolectar la mayor cantidad posible de comida no perecedera, como raíces, frutos secos y carne de pequeños animales, puesta en adobo.

No han estado a disgusto en ese lugar, pero el Sol se ha escondido muchas veces y les preocupa no haberse encontrado con ningún morador del poblado. Se temen lo peor. Además, les inquieta el que la herida del placer no sangre como corresponde; deben consultar esto con Monosabio. Así, en un immaculado día de cristal, Loli y Manoli se pertrechan para iniciar el largo camino a casa.

Una incipiente sensación de temor por creer que no lograrán orientarse correctamente desaparece cuando distinguen parajes conocidos. Han andado mucho, a veces volteando los mismos lugares, y se encuentran mareadas y descompuestas, pero consideran que no pueden entretenerse, pues no desean pernoctar de nuevo a la intemperie, así que arremeten con los restos de su vitalidad para evitar que la oscuridad se les eche encima antes de alcanzar el hogar.

¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que salieron a buscar provisiones para la tribu, dándose justo al principio de la tarea de recolección la desgraciada circunstancia de toparse con los seres bélicos?... Lo ignoran, puesto que las bombas psicodélicas no dan opciones temporales... ni vitales.

El anular perfumado de muerte agotó su cupo permanente, y el preboste se ríe y se ríe.

Desolado el lugar destruido; sus congéneres arracimados entre la putrefacción.

Seguro: cuenta saldada de momento, a costa de la tribu. A ellas ya les llegará el turno. Monosabio siempre tiene razón: existe una deuda

pendiente tan elevada, que sólo puede amortizarse con el exterminio de cadenas genéticas.

Corren, corren los pocos metros que restan hasta el poblado. Se introducen por los caprichosos vericuetos que ellos, sus habitantes, denominaban “calles”. Hecatombe y muerte imperan con una crudeza extenuante y evidente. Sus congéneres, fallecidos: abrasados los agujeros que contenían agujeros, también calcinadas las pelotas de carne mudas en vida, y las formas que se dieron palabras, y las palabras que se dieron formas...

Sus primarios utensilios y los rastros que utilizaban al raso como colchones se mezclan con los cadáveres.

Esparcidos e inanes, a la búsqueda de una forma de existir más diversificada. ¿Sus padres...? También, también; ahí están.

Pena, mucha pena y pesar: disímiles pero con gran empatía los compañeros que carecían de órganos vocalizadores, y entrañables los que contenían palabras en sus entrañas... Ninguno volverá a hacerlas sonreír. Y lo más lamentable para el pueblo: Monosabio, el guardián de la erudición, y en última instancia, el esforzado recolector de cariño para que la tribu subsistiese como tal, ya no volverá a consultar sus oráculos, sus templos de la sabiduría absoluta. ¿Dónde están los elementos formadores, que les hacían perseverar como especie inteligente? Si los encontrasen, ¿ellas podrían descifrarlos? Eran piezas que acumulaban pliegues finos y amarillentos, envueltos en costras duras. Tales utensilios preservaban voces. Eso afirmaba Monosabio: que en esas cosas había voces silenciosas. Además aseguraba que el hecho de haber conservado

las reminiscencias actuales de comunicación semántica se debía a esos objetos, y no a otra cosa.

Ahora rememoran cuando su guía social y espiritual comentaba que todo se debió a las aves que crujieron, que portaban en sus entrañas la negación de un futuro mejor: un desfallecimiento de traslación respecto a un humanismo contra natura; y que semejante destrucción en el pasado condicionaba su existencia presente, la de criaturas que luchan por sobrevivir. Afirmaba que no podrían restablecerse del cruel impacto, impacto que porta la rabia de quien intenta imprimir la huella del borrado final.

Monosabio nunca vislumbró que la ergonomía natural se consiguió gracias a los difusos hechos mencionados, aunque hubo de pagarse un tributo no previsto en forma de extravagantes mutaciones.

Nuevamente ganas de llorar; ruidos e hipidos surgen como doble bocanada en la boca singular. Más tranquilas ya, se agachan junto a un cadáver en pueril y casi instintivo intento por salvar algo.

Un suave zumbido de engranaje las incita a desviar la vista hacia la procedencia del sonido. Se trata de un barredor hasta ese instante desconectado, casi oculto junto a unas marchitas adelfas, y por ello les ha pasado desapercibida su presencia. La ominosa y esmerilada figura de titanio y porcelana alza el brazo para apuntar con su dedo. Loli y Manoli deben huir, correr. Lo hacen: saltan, incorporándose, y escapan bajo la atenta mirada del implacable ser.

Plop plop sobre el seco suelo: pisadas que levantan polvo y miedo. Loli y Manoli miran hacia atrás, procurando no entretenerse demasiado

con tal gesto, para no perder en su carrera con meta en la supervivencia. Avistan a la fatalidad a unos cien metros detrás de ellas, justo en el momento en que, sin dejar de perseguirlas, corrige la trayectoria balística de su dedo letal. Dispara. Falla y un calcinado tocón de olivo absorbe el impacto del dardo, sin inmutarse. Loli y Manoli han torcido bruscamente a su derecha, esquivando en el último instante su muerte segura.

El radio de acción bélica del artefacto es limitado, y además sus diseñadores no lo dotaron de agilidad y velocidad suficientes como para poder mantener una persecución prolongada, respecto a los de por sí también lentos bípedos –cuando sus posibles víctimas mantienen semejantes características físicas, por supuesto-. Todo a propósito; no hay prisa. Gracias a ello, Loli y Manoli consiguen escapar de él. Distinguen, en esporádicos vistazos entre su frenética carrera, cómo el humanoide, ya detenido, las contempla impasible; y empequeñeciéndose a intervalos, debido a las distintas distancias que hay respecto a cada mirada echada hacia atrás. Están salvadas..., sí... Justo en medio de este pensamiento, el lanceolado haz de un dardo láser, expulsado por otra criatura similar a la anterior y situada en un rincón próximo invisible para ellas, atraviesa como aguijón el cráneo y destroza su hemisferio izquierdo... Loli saborea la acre ceniza y el áspero polvo del suelo antes de desvanecerse.

<<He regenerado todos los tejidos, pero no recuperé a “tu otra” –ya advertí que quedarías sola, pese a que no lo puedas comprender- y sólo estás tú. Ahora eres la única habitante en lo que compartíais. Poco a poco

te adueñarás de su mitad, y podrás utilizarla al tiempo que advertirás nuevas cualidades en ti.

>>Son dos meses de preñez. El niño debe nacer sano y fuerte y con perfectas capacidades intelectuales. Es el futuro; nuestro futuro, puesto que he decidido reiniciarlo aquí, en este mundo, en tu mundo, en el único mundo...

>>Marcho. Esos seres no son lo que tú crees. Me he esforzado para que en adelante se conviertan en bienhechores para ti. Te ayudarán en todo lo que sea necesario, pese a que tú puedas, en principio, sentir aversión hacia ellos.>>

En el silencio de la noche vibra un suspiro.

La memoria de Loli se estanca en la remembranza de algo que ha querido y ya no está. Se mantiene quieta, y a veces piensa que está escuchando la voz de algo que se halla exento de luchar por la supervivencia (como sucede en su propio caso), de algo que está por encima del bien y del mal.

Entre la ambigua resaca de su pérdida, escucha los pasos de alguien que se le aproxima. Es, qué duda cabe, un robot buscador que acude a leer las constantes vitales de las víctimas. Lo realiza. Emite un suave zumbido al orientar su emisor hacia el satélite. Transmite en silencio.

-Estás viva –comenta la criatura artificial con su voz de barítono ionizado, cuando finaliza el intercambio de datos.

>>Sí: me dicen que eres especial, que debes venir conmigo.

La mole humanoide dobla su cintura de porcelana y estira un brazo para recoger y colocar sobre su hombro a la aturdida y casi inconsciente Loli. Acto seguido vuelve sobre sus pasos, de retorno a algún tétrico nido de enormes y metálicas hormigas.

Las unidades terrestres, muy sencillas y limitadas, son las criaturas más persistentes y perdurables de un mundo declinante, en el que las máquinas también han perdido su capacidad de diversificarse. Casi extinguida la raza biológica antaño dominante, ha sucedido que los robots se han desorientado y ya tampoco se reproducen: sus motivos de existir se deben a una simbiosis bélica que en la actualidad apenas tiene sentido. Lo que resta son prácticamente reliquias que se limitan a cumplir con la función para la que fueron programadas. Ya no surcan los cielos aeronaves ni existen transportes ultrarrápidos como antaño... Ya quedan pocas esperanzas de sobrevivir para ambas tipologías de seres inteligentes.

El robot inicia su lento regreso al hogar, con el bulto de Loli en un costado. Pasará bastante tiempo antes de que lleguen a CENTRALSA.

La noche se pasea con la carga de la noche hasta el amanecer. Loli se ha repuesto un poco, y los imperativos de la necesidad, unida al miedo, la hacen gemir. La máquina la extiende en el suelo y escanea de nuevo sus constantes vitales. Correcto todo, excepto una leve deshidratación.

-¿Aceite? –ofrece el robot-. No es exactamente comestible para un ser humano ni te hidratará, pero llevamos varios horas de camino hacia la

base y tú estás débil. Tómallo. Por un corto periodo de tiempo, te servirá; y llegarás viva.

>>Una vez en CENTRALSA, preguntaré por qué se te ha suturado la herida sin dejar cicatriz. Ellos deben de saberlo, cuando me exigen que te lleve conmigo y no te mate.

>>¿Me oyes? ¿Por qué no hablas? ¿Tan mal te encuentras?... Si por mí fuese, te ahorraría sufrimientos. Me resulta inexplicable lo que ha sucedido contigo.

Loli apenas puede oír, y menos aún comprender el soliloquio de la máquina. Ella se siente como está: enferma, ciega, agarrotada por la incómoda postura, y casi inconsciente por un dolor y un cansancio cada vez más intensos... Pero en realidad, en esos instantes, muchos de sus males son debidos a que, con una intensidad espesa, casi pegajosa, percibe que captura unas neuronas que nunca habían sido suyas.

Una mano con piel de porcelana hurga y le descubre un ojo. El contacto es suave, casi delicado. Loli parpadea hasta que consigue enfocar. Aunque prevenida, esperando sentir miedo ante la visión del terrible artefacto, no puede evitar que su debilitado cuerpo afloje todos los esfínteres cuando divisa el ovoide vertical, cráneo sin rasgos, de pulido metal.

-Analizo de nuevo –comenta el robot-. No tengas miedo. Toma.

Tapona los orificios nasales de Loli, que se ve forzada a abrir la boca para respirar, y deglute a la fuerza el pestilente aceite lubricante.

-El resto para mí –decide la máquina. Resulta su voz perturbada en el aire por la violenta y espasmódica tos de la mujer.

-¡Mátame ya! –exclama ella entre sus hinchados y resbaladizos labios-. ¿No comprendes que soy incapaz de sobrevivir? ¡Sólo me mantienen con vida los cuajarones de la otra yo!... Su búsqueda; los pulidos e intransigentes corredores; las celdas y sus puertas: todas abiertas, vacías. Sí: vacías, desoladas... Nada...

-Me encargaron que te llevara, impidiéndote morir. Así será.

Ya hace tiempo que el robot le hizo beber el aceite y la sacó de la sombra al pie de la gran piedra donde descansó estirada. El líquido sebáceo no fue un revulsivo, sino un poderoso laxante que ha obligado a Loli a defecar constantemente, presa de unas febriles y poderosas diarreas. Se encuentra exhausta, con mareos que le producen diplopía y arcadas. Se teme que no resistirá viva mucho más tiempo. Además, ahora el sol fustiga, implacable, su cobriza epidermis.

El artefacto raptor parece no cansarse jamás, infatigable. Su único signo de deterioro son los leves chirridos que emiten sus deficientemente lubricadas articulaciones, que se encuentran en semejante estado debido a la saturada incrustación del polvo de los senderos cada vez más meridionales, puesto que la máquina, de modo indefectible, siempre se dirige hacia el sur.

Paso. Paso, traqueteo y golpe. Sol; más sol. Piel quemada por el sol y el metal del robot. Dolor aún más intenso, si cabe. Hambre, sed, sensación de fenecer...

Llega el crepúsculo vespertino. Cae la noche, la segunda desde el secuestro, y Loli yace casi moribunda debido a la fuerte insolación que ha tenido que soportar, situada sobre el hombro del infatigable robot. Los kilómetros han transcurrido lentos pero se han sucedido de modo implacable.

El habitual paisaje sureño de veredas polvorientas, campos de mustios arbustos y escasa y mutada vida animal, ha cedido de modo gradual para dar paso al exuberante vergel que los rodea: árboles muy altos que brindan una sombra poderosa, con hojas de verde antiguo, repletas de clorofila; pájaros que cantan con singular estridencia desde las umbrías ramas; agua fluyente cuyo sonido compite en intensidad con el producido por las aves; visiones furtivas de animales terrestres que los observan desde lejos, escondiéndose asustados; humedad; musgo y helechos; y sobre todo, un potente e impecable cielo más negro que azul, cuya frontera se bloquea como con tiralíneas contra el influjo de la vigorosa presencia de las montañas del horizonte.

Loli casi no puede hilvanar pensamientos. No recuerda cuánto tiempo hace que el robot se detuvo junto a un riachuelo tímidamente rumoroso y le remojó la cara y el cuerpo con la intención de aliviar lo más posible su mal estado físico; pero en realidad lo que hizo fue rebajarle tan de súbito la temperatura corporal, que casi estuvo a punto de morir por hipotermia. Sobrevivió, como siempre, y ahora se siente bastante mejor.

Casi teme más Loli al robot servicial, atento y benevolente de los últimos tiempos, que al cruel asesino que en realidad es.

Después de haber pernoctado junto al arroyo, hace mucho ya que reanudaron la marcha.

De modo progresivo, el bosque se transforma en jardín, lo cual indica que han arribado al postrer paraíso de las máquinas, en el que, pese a su evidente decadencia, aún pueden verse pululando por los alrededores una enorme cantidad de robots, con su sorprendente diversificación de formas y tamaños. Todos ellos desempeñan algún trabajo o realizan una función, aunque sea sólo meramente decorativa, pues sobre todo pueden contemplarse pájaros paseriformes mecánicos semejantes a herrerillos, treparriscos, escribanos, mosquiteros, zarceros, gorriones y muchos otros tipos de aves semejantes, de dudosa clasificación. Cantan en multitud con una alegría imposible de ignorar, estridente y efervescente como la vida misma, aunque se traten de un artificio.

Están en CENTRALSA.

Loli levanta lo suficiente la cabeza como para ver a un robot de parecida fisonomía al que la tiene sujeta, aunque más bajito y cabezón que éste.

-Tú y yo tenemos un problema. Sentimos aversión mutua –comenta el enano macrocéfalo cuando se sitúa cerca del otro.

-Ahora no es momento para solucionar nuestros asuntos pendientes
-responde el portador de Loli-. Debo llevar un paquete urgente a CENTRALSA y no puedo detenerme para discutir tales frivolidades.

-¡Oye, Robosco! Hace mucho tiempo que te estás jugando la porcelana conmigo. Me desagrada que me contestes como si yo fuese una insignificancia para ti...

>>Me comunican que no debo entretenerte... Tienes suerte, mucha suerte, Robosco.

El cabezón se hace a un lado y el otro avanza por un estrecho sendero de tierra que muere a pocos metros, debido a que confluye en una cinta de immaculado asfalto. Ya en la carretera, la máquina gira a su izquierda y continúa su avance dirigiéndose hacia un edificio oblongo y no demasiado grande, aunque de bella y grácil estética, e impecablemente conservado, que se divisa al final del recorrido. Robosco y su carga entran en él.

-Nuestro primer compañero fue avisado a tiempo –comenta una voz-. Al resto no pudimos advertirlos, puesto que nuestra comunicación erró sin que sepamos el porqué. Suponemos que la radiactividad subyacente tiene algo que ver en semejante fallo de transmisión.

>>Esta criatura, pese a que tenía dos identidades en su único cuerpo, sincronizaba a la perfección sus movimientos debido a que la mayoría de éstos procedían de su sistema nervioso primario, sin obviar que debía de existir una mínima coordinación a través del cuerpo calloso que se confecciona bajo la cisura interhemisférica.

>>La cuestión que va más allá de todo esto es que pese a todo hemos podido complacer a la Entidad. Posiblemente hay varias fuentes creadoras que compiten entre ellas; pero de momento esto lo digo con reservas: no existe la certeza de que así esté sucediendo.

>>Debemos cuidar a la hembra con mucho mimo. Nuestra existencia está en juego.

El ser que ha emitido semejantes palabras sale de la estancia.

Esparce su acidulado y armónico perfume por todo el aposento un ramo de claveles que sobresale de un jarrón transparente lleno de agua. Se trata de un pequeño dormitorio amueblado con sólo una cómoda, un armario ropero, una mesita de noche y la cama. Esta última se halla bajo el tullido y evanescente cuerpo de Loli. Los muebles son de madera de tonos claros; los tabiques se hallan recién enjalbegados; y una puerta y una ventana cerradas configuran el mundo donde ella se encuentra. Al otro lado de las paredes, no se sabe.

Loli duerme sueños calmos, nada sincopados, que simbolizan el auténtico descanso. Su limpio y plácido rostro no denota sufrimiento. Hace tres días que se halla en semejante estado: desde que la lavaron y la curaron de las lesiones producidas durante el desagradable y tortuoso viaje los parlanchines robots con fisonomía de hembra humana. La cauterización de las quemaduras producidas por el sol ha resultado indolora y en absoluto traumática debido a las inyecciones de sedantes. Tampoco quedarán señales visibles en su piel. La muchacha, que ignora de sí misma que está embarazada de dos meses, debe reconocer, en los

cortos intervalos en que recobra la conciencia, que las a menudo irritantes y escandalosas criaturas que la cuidan son más efectivas en su tarea de lo que su histerismo condicionado pudiera indicar.

Cabe en lo posible que los robots ya no sean criaturas artificiales en un sentido estricto, y hayan pasado a engrosar, a través del tiempo, el registro de modalidades de la vida.

Alguien golpea con timidez en la puerta. Como persiste el silencio, transcurrido un prudente espacio de tiempo, gira reacio el pomo hasta que se abre la puerta lo suficiente como para que un cráneo ovoide de metal aparezca detrás de la lámina de madera. El frontal de esa cabeza parece, se evidencia, que mira hacia el fondo de la habitación, donde se halla Loli sobre la cama, desnuda y sin sábanas que la cubran. El ente, al cerciorarse que la joven duerme, avanza con afectado y respetuoso sigilo hasta que se detiene cerca del lecho, y allí queda en pie, observando sin ojos a la angélica criatura.

No se trata de Robosco ni de Cabezón, aunque su diseño es similar pero singularizado por el hecho de ser más antiguo, o de estar más descuidado, ya que no reluce su superficie de metal y porcelana como sucede con la de los otros dos. Es la suya una suerte de “piel” blanquecina y opaca, de tonalidad idéntica a la de la plata oxidada.

-No puedes oírme, pero da igual –se expresa-. Quizás alguna parte de tu lacerada mente esté en condiciones de absorber lo que voy a decirte...

>>¿Sabes? Yo durante una época fui humano. Sí, humano: paseaba con mi funda de carne por la calle hasta el Tasco del Frasco con

la intención de hacer alguna partidita en el juego que se terciara. Allí consumía mis horas, todas muertas, y eternizaba mi adolescencia con otros compañeros de infantil añoranza. Aquello era la pérdida de lo absoluto y yo no solo no me percataba de ello (los demás tampoco), sino que, para colmo, aumenté paulatinamente mi permanencia en el lugar hasta que llegué a dilatarla hacia unos niveles imposibles de confraternizar con cualquier otra ocupación vital, como incluso comer o cagar.

>>Después del juego llegó el alcohol...

-¡Déjala en paz, Ido!

Ido se vuelve.

-¿Qué haces aquí, Robosco? ¿Quién te crees que eres para interrumpir mi letanía de desdichas?

Robosco apoya con tibia armonía una mano en el hombro derecho del otro.

-No te enfades, Ido, pero me parece que no tienes derecho a molestarla. Además, ella duerme y no puede percibir tus palabras.

-Aunque no me escuche, necesito hablar con alguien, desecar con lamentos la intransigente indiferencia que percibo que me envuelve.

-Yo la capturé y soy el encargado de su custodia. Si le ocurriese algo, de inmediato me desarticularían y almacenarían para piezas de repuesto, como antaño hicieron contigo.

-¿Serías una mente más de otra mente?

-Sí; claro.

-Entonces debe de ser divertido. -Ido se gira y apunta con su letal anular a la cabeza de Loli.

-¡Nooooo! –grita Robosco a la vez que se abalanza sobre el brazo del otro y consigue desviarle el dedo lo justo para que el dardo no logre su objetivo.

El proyectil lumínico agujerea la almohada y Robosco e Ido caen juntos al suelo. Se enzarzan en una pelea que resulta efímera, ya que de inmediato suena la alarma y varios robots que realizan la función de celadores provisionales entran al instante y separan a los contendientes.

-¡Intentó matarla! –exclama Robosco, sus brazos sujetos y mirando de frente a su contrincante, también inmovilizado, por completo calmado y callado ahora.

-Tranquilo. Ya pasó todo, no hay razones para que sigas alarmado –comenta un robot al parecer dominante, que se mantiene algo apartado de los demás, contemplando la escena-. Lleváoslos –manda al grupo de apaciguadores-, y que La Niña Que Todo Lo Ve examine y juzgue.

El humanoide que ha dado las órdenes se retira del umbral de la puerta, donde estaba situado, y deja pasar al resto, que portan detenidos a los protagonistas de la breve pero trascendente reyerta. El alboroto se marcha por el pasillo mientras el robot que parece estar al mando se aproxima a la cama. Presta una desinteresada atención al cuerpo de Loli antes de pronunciar estas palabras:

-La añagaza de los asuntos cotidianos destruye los intervalos de nuestro pasado. El mundo, la existencia como la conocemos, al parecer

peligra de una manera que no podíamos prever. Nuestra arma eres tú, y tu supuesto pasado, la excusa.

>>Ahora te dejo. Debes recuperarte, sanar y encontrar tu verdadera personalidad; te ayudaremos a ello: aprenderás a leer y a escribir; dejaras de ser una bestia para entrar en el contexto que una vez tu especie abandonó, y lo hizo para siempre... Bueno; queda en paz. –Después de estas enigmáticas palabras sale de la estancia y cierra la puerta, dejando al sereno cuerpo de Loli rodeado de delicadas penumbras y enervador y melancólico silencio que se traspone para envolver la calma.

.....

De las imágenes se diría que son hologramas si no fuese por su poderosa consistencia, equivalente a la realidad, pues los humanoides se encuentran realmente en el interior de la sala, pese a que su esencia sea sólo lumínica. El lugar se halla incrustado en nervaduras fotónicas que sintetizan unos lapsos desgajados de tiempo sostenido con engañosas pero efectivas panorámicas. Todo lo que se percibe procede de una fuente ignota, ensamblada con el presente y el universo propio sin que nadie sepa el motivo concreto de ello.

-Al principio pensé que se trataba de un pájaro –comenta un robot, entre los varios allí presentes.

-Es cierto, a mí me ocurrió lo mismo... O casi lo mismo: creí que era un elemento volador mecánico, de aquellos que pertenecieron a nuestro pasado más remoto.

-Ahora todos sabemos que no es así, debido a las conclusiones obtenidas después del análisis realizado por Robot Que Ordena –irrumpe un tercero en la conversación.

-No debemos darle tanto mérito a Robot Que Ordena. Todos sabemos que las gestiones principales las llevó a cabo CENTRALSA – dice otro.

-Si se enterase Robot Que Ordena de lo que has dicho... –expresa el primero que habló, como temeroso de que se cuestione la primacía de Robot Que Ordena.

-Acabas de darme una ide...

Se amortiguan las voces porque, a ráfagas invisibles, parece emitirse una señal de entrada: Robot Que Ordena pugna -consiguiendo materializarse, como siempre- por crear una corporeidad propia que pueda compartir opiniones y sensaciones con el resto del grupo.

-¡Robot Que Ordena, Robot Que Orden...!

-¡Calla!

-Pero...

-¡Ni pero ni nada!

Robot Que Ordena por fin se inerva del todo junto a los demás.

-Tengo últimos datos de CENTRALSA... –empieza a decir, pero, irritado, deja reposar un momento su comentario, esperando que los parlanchines robots científicos, que se hallan agrupados un poco más lejos del resto, dejen de comunicarse entre ellos. Así acaban haciéndolo, algo amedrentados al apercibirse de su habitual despiste y del ominoso silencio que el grupo les dirige. Restablecido el orden, Robot Que Ordena

prosigue-: Lo que ahí vemos lo consideramos, por decirlo de algún modo, una pléyade de conciencia orgánica. Posiblemente ante nosotros actúa algo que se parece a Dios, si no lo es. Digamos, aunque no tenemos una absoluta seguridad, pues por eso estamos aquí, para debatirlo, que es algo así como la potencia primigenia de la creación. A esa cosa la denominamos Entidad.

>>Tiempo lleva en contacto CENTRALSA con esta supuesta energía hacedora.

>>Al principio pensamos que hubo un error de concordancia en los flujos de información -y ahora os estoy explicando novedades de asuntos que nos conciernen directamente- cuando el barredor batió a la hembra, pues no se le comunicó a nuestro compañero que esa Entidad desea emparejarse con ella. El cráneo de la joven resultó perforado.

>>Pero en realidad tal fallo de transmisión no existió, la Entidad y CENTRALSA ya sabían que la mujer iba a ser víctima de un disparo, cosa ésta que nosotros desconocíamos. Todo fue premeditado, preconcebido, pues Loli, que así se llama la muchacha, resultó ser una mutante. Convivía con una hermana que nunca conoció puesto que se trataba de ella misma: compartían todo menos los hemisferios cerebrales, los cuales conservaban, cada uno por su parte, una personalidad independiente.

>>Las cosas quedaron dispuestas para que la Entidad pudiese poner en marcha su maniobra, de la cual de momento sabemos lo ya contado, y también que la Entidad regeneró los tejidos dañados por el impacto, pero sin salvar a la hermana siamesa. Ahora Loli dispone de todo un universo

en blanco, su otro hemisferio, para que su identidad se apropie de él. Es posible que semejante cantidad de neuronas puestas a su abasto contribuyan a formar una personalidad diferente y casi seguro que más compleja.

Robot Que Ordena cesa de generar palabras y contribuye a crear un desconcertante silencio en el que nadie parece atinar en preguntar algo.

-Y en concreto, ¿qué es la Entidad? –irrumpe por fin alguien.

Robot Que Ordena se vuelve hacia donde ha surgido la pregunta. Se trata de Quince Temas, criatura generalmente obtusa cuando se habla de cosas que no conciernen a sus especialidades, pero que ahora parece haber dado en la diana. En efecto..., ¿qué es en realidad esa cosa, tan recalcitrante en optar por no aproximarse y a la vez tan osada?, se plantea Robot Que Ordena.

-Debe de ser la creadora de nuestro universo: lo supremo, según nos manifiesta Robot Que Ordena –responde Científico Uno-; aunque eso no es más que una pretensión aparente por su parte, puesto que hay un pequeño problema: no debería ser orgánica. Y nuestros datos corroboran que esto es así. Tampoco debemos obviar otra cosa, y es que al parecer coexiste con otras fuentes de inaudita potencia generadora. No lo podemos confirmar, pero pensamos que por lo menos hay otro venero hacedor.

-Exacto. En principio poseemos suficiente material de estudio, y también parece ser que nos aproximarnos de un modo plausible a unos hechos y consecuencias que se resuelven como verosímiles, debido a su modo de afectarnos; pero pese a todo esto, no podemos descartar

cualquier hipótesis respecto a la esencia y a las motivaciones de la Entidad, ni de otras posibles fuentes de similares magnitudes y pretensiones. –El inciso de Robot Que Ordena genera nuevos interrogantes, por lo que se abate un murmullo general de discusiones; y la sinergia de preguntas, respuestas, opiniones, tesis, antítesis, resoluciones, etcétera, entre el grupo, se desencadena con precipitación. También en ese mismo instante hay transferencias de información con CENTRALSA y con La Niña Que Todo Lo Ve. Ahora Robot Que Ordena simplemente espera resultados que puedan ser considerados como óptimos: el puzzle debe completarse con la máxima eficacia y cualquier opinión no debe darse por descartada.

–¿Eso es orgánico? ¿Qué pretende? –dice uno, señalando hacia un factor panorámico de probabilidad.

–Los datos que proporciona CENTRALSA indican, casi sin duda alguna, que se trata de una potencia creadora viva y que al parecer se halla en pleno proceso de elección de universos. Las imágenes que tan borrosamente observamos y desaparecen en décimas de segundo, hemos resuelto que son realidades desechadas. Entendemos que está intentando inventar un mundo en concreto, y suponemos que es el nuestro: siente amor, querencia, por la hembra humana que está bajo nuestra custodia. Puede que esto sea su intención. Nada más..., y nada menos –responde Robot Que Ordena, sin poderse colocar al margen de los comentarios.

–No acabo de entenderlo –dice alguien-. Se ha dado siempre por sentado que nosotros ya existimos.

-Eso pensábamos; pero es posible que sólo seamos una forma anticipada, un universo en estado embrionario que pugna, gracias a la Entidad o a las otras posibles fuentes, por surgir a lo que denominamos realidad.

>>Estamos seguros de una cosa...; y es que no podemos estar seguros de nada. –Mientras habla, a Robot Que Ordena le viene a la mente la idea de que cuanto más saben, más cosas les quedan por descubrir: como de hecho ocurre siempre en todos los aspectos y facetas de la vida.

-¡Pero estás hablando de imposibilidades físicas! –exclama acercándose a él Científico Dos-. ¿Qué duda cabe que nosotros habitamos un lugar que tiene miles de millones de años de existencia? ¡¿Qué sucede con el pasado del planeta, con la evolución de la vida, con nuestros recuerdos?!...

-Lo siento, de verdad, no es mi deseo ofender ni crear incertidumbres, sólo postulo una teoría. Pero hay un dato inequívoco, y es que CENTRALSA pocas veces se equivoca –concluye Robot Que Ordena a los preguntas que ha expuesto el otro.

-Pero no siempre acierta...

-Puede suceder que yerre, sí.

-¿Y es por eso que entonces, por un error, nos hizo batirnos hasta el exterminio total contra los humanos?...

>>¿Por qué hubo guerra?

El robot líder, si hubiese podido, habría emitido un exhausto y amorfo suspiro antes de responder a tales cuestiones de este modo:

-Sabes que CENTRALSA no desea que le preguntemos sobre el tema. Cuando, tímidamente, alguien se atreve a hacerlo, le contesta que fue por asuntos comerciales, que la humanidad se endeudó tanto con ella, que no le quedó otro remedio que cobrarse los compromisos pecuniarios pendientes a costa de la vida de las personas. Incluso hoy en día existen descendientes de humanos que continúan amortizando... Loli, si todo esto es cierto, es un ejemplo...

-Mejor será –lo interrumpe otro contertulio, mostrando poca educación, y seguramente sin darse cuenta de que hablaba el robot dirigente. Éste no reprende a quien ha entorpecido su explicación, ni mucho menos, pues se sentía incómodo intentando dar respuesta a un asunto muy espinoso- que dejemos atrás tan manida y antigua pregunta y reflexionemos sobre cómo solucionar el asunto que nos ha reunido aquí: la Entidad y sus intenciones. Pero yo me cuestiono también: ¿es cierto lo que vemos?; ¿no nos engaña CENTRALSA?

-No debería engañarnos, en principio –responde un conglomerado de murmullos.

-Así debería ser. Pero... ¿de dónde obtiene tanta información?

Robot Que Ordena mira de una manera singular –los reunidos casi afirmarían que su gesto es una actitud despectiva- a Científico Uno, que ha sido quien ha manifestado la última frase. Y responde:

-CENTRALSA dispone de redes sensitivas que van mucho más allá de lo que nosotros podríamos concebir. Y respecto a la Entidad, u otras posibles fuentes, no debemos desdeñar nunca este postulado: para

crear, también se ha de ser creado. -Tan ambiguo final de discurso, fuera de contexto, conlleva a que nadie lo fuerce a aclarar sus palabras.

El lugar se disipa hasta desaparecer.

.....

Los días se han acumulado como piedras al pie de un precipicio y Loli está compuesta y con buena cara, sana. Pasea feliz por el jardín, pisando el impecable césped con descuidado placer en sus desnudos pies cargados con la humedad del rocío de la noche anterior. Mira el sol, que le parece vigoroso, viscoso y mirífico; agriado, en ocasiones, entre saetas que se dispersan a través de las ramas de las araucarias. La sorprende que se trate del mismo astro, aquí amarillo, que la borrosa pelota anaranjada que ella ha conocido, colgada de su cielo ya perdido.

Detrás de un árbol de tonalidad rojiza, el cual le recuerda con vaguedad la radiactiva vegetación de su lugar natal, divisa a la máquina humanoide que conoce como Robot Que Ordena. Camina éste arrasando sin miramientos los pletóricos setos y parterres que se le cruzan a medida que avanza, sin pensar en que alguien de escalafón inferior, y probablemente por órdenes suyas, se encarga con trabajoso mimo de ofrecer semejante jardín con tan bello y delicado aspecto. Unas hendiduras de aplastada clorofila señalan su paso, hasta que llega a donde se encuentra Loli, que lo mira con ligera expectación y los ojos entornados, debido a que el robot se le sitúa a contraluz.

-Has aceptado sin dificultades ni contratiempos los implantes culturales que injertamos en tu memoria –notifica la máquina como saludo.

-Una gran porción de mí quedó, diríamos, vacía, así que no es de extrañar –responde ella, casi seguro que informada de forma parcial de lo ocurrido.

-Lo realmente objetivo es que posees una gran parte del conocimiento que compiló tu casi extinta especie a lo largo de su historia.

>>Te diré, para que lo sepas, que eres mucho más inteligente que nosotros, los robots; aunque yo estoy dotado para recibir, por ondas de radio, datos referentes a cualquier tipo de información, sin poder, por supuesto, manipular ésta abstractamente al nivel que tú lo harías. Nunca fuisteis capaces de crear una máquina humanoide con vuestras magnitudes físicas que se aproximase a vosotros, los humanos, en intelecto puro. Sólo un monstruo del tamaño de CENTRALSA y su capacidad de captación y ubicuidad os pudo superar, para vuestra desgracia. Si yo hubiese estado en vuestro lugar, jamás habría existido una inteligencia artificial de semejante envergadura.

-Pero no eres como nosotros y careces de la empatía necesaria para comprender las motivaciones de nuestra especie.

-¿Motivaciones que derivan hacia la extinción?

-Vosotros sois el triunfo de nuestras ocultas intenciones.

-No comprendo lo que dices.

-Si un sujeto objetivo observase esta escena, sí lo entendería...

Movámonos, la brisa en mi piel me conmina a caminar.

Robot Que Ordena obedece y se coloca a su lado derecho, acompañándola al paso.

Transcurre un indeterminado paréntesis de tiempo durante el cual no se cruzan palabras entre ellos. Según parece, resulta más gratificante recrearse con la clara espontaneidad de placer sensorial que el día les ofrece, que comentar algo que pueda incomodarlos mutuamente. *Esta criatura puede contrariarse si no hablo, porque entiendo que entablar una conversación es el motivo de su afán en acompañarme*, piensa Loli. *Llegará, pese a todo, el momento en que alguno de nosotros diga algo. Es tontería seguir preguntándome qué hace aquí conmigo. El paseo carecería de sentido si no fuese porque él espera ofrecer respuestas a los cuestionamientos que sabe que tarde o temprano deberé iniciar. No hay otras razones para que haya venido a buscarme.*

-¿Por qué me habéis mantenido viva, y curado? –pregunta al fin.

Robot Que Ordena se detiene a la sombra de un manzano.

-¡Vaya!, te decidiste a hablar. Bueno, verás –parece vacilar-. Si por nosotros fuese, tú y tu futuro hijo no estaríais vivos. Pero han arribado sucesos extraordinarios, tan enormes, que hacen tambalear todo nuestro concepto de realidad. ¿Me sigues? –Loli asiente con la cabeza, no muy segura de comunicar la verdad-. Toma. –Le ofrece un folio plegado en dos dobleces-. Ábrelo y lee. Reconocerás el idioma: es castellano, la lengua de tus más remotos antepasados y de la cual vuestra tribu sabemos que conservaba algunas reminiscencias.

-No especifiques más; ya lo he leído.

-Hazlo en voz alta. Es importante que lo hagas.

-Como quieras. –Y recita:

Alas múltiples de tu aliento

Defecan mariposas
En los abrojos de mi vida,
De mi asombro en lares despejadas
Del sentido del olvido,
Allí donde nunca estuvimos.

>>>No tiene título. Abajo hay lo que parece una firma de autor: E.

L. Truko.

-En efecto, un autor... Lo has hecho bien. Se diría que parece el fragmento de un poema.

-O quizás no esté mutilado. También está claro que se trata de verso libre... Y bien; a cuento de qué viene todo esto.

-Sólo puedo decirte lo que sé, lo que CENTRALSA sabe. Y no es otra cosa que alguien pasó y lo vio –un texto o algo similar-, y entonces determinó colocar algo suyo, el poema. Al parecer se burló de otro individuo, o lo que sea, que se empeñaba en demostrar que era una fontana de erudición y creatividad. Es decir, E. L. Truko es una interrelación más que, pese a todo, poco tiene que ver con el hecho conceptual de nuestra existencia. E. L. Truko es una farsa, una pista falsa entre las muchas posibles que podemos entrever...

-¡¿De qué hablas?!

-No me interrumpas, por favor. El hilo de continuidad es frágil, más de lo que te puedes creer... ¿Sabes de qué hablo? Hablo de que somos una infinita generación de perspectivas; hablo de que hay un creador... No, no es seguro que sólo haya un hacedor, posiblemente sean

varios, por lo que de ahora en adelante me referiré en plural en todo lo que a esto concierne.

>>Semejantes criaturas nos ven con desagrado, no les gustamos, y en el desarrollo individual de sus universos dejamos de existir. Entonces pasamos a una especie de convalecencia, a segundo plano. Resultamos desechables: persistimos únicamente como un mal recuerdo. A veces, haciendo de tripas corazón -¿de tripas corazón?... Qué frase tan manida-, tales seres nos retoman hasta llevarnos a un punto de no retorno, pero lo hacen de un modo disímil, inadecuado. El motivo principal es que todo cambia; nada permanece. Lo que quiero, queremos decir, es que es posible que sólo seamos una prueba...

-¿Debo creerte? Y si fuese cierto lo que dices, ¿pasamos con nota tal examen?

-La prueba es continua, infinita –prosigue Robot Que Ordena-, se pierde en el espacio, el tiempo y el pensamiento. No tenemos certeza de aprobarla. Las directrices están formadas y son inmutables, pero la prueba es eterna y socarrona como un capricho.

-¿Y yo qué pinto en medio de todo este marasmo? Sólo quiero vivir en paz, si vosotros me lo permitís.

-¿Dirías que... somos locura?

-Los supuestos creadores de los que me hablas no me parece que estén muy cuerdos; por analogía, sus criaturas deberían haberse concebido defectuosas.

-De momento quien está bien tocada es la Entidad. Y lo está por ti.
-Retiene su voz y la contempla sin verla, el aura de su vitalidad

fenoménica se apaga y queda suspendido en un espasmo temporal, a la espera de que Loli teja una respuesta, una red, tal y como está haciendo la diminuta araña, auténtica, que se ha instalado entre el hombro y la parte baja del óvalo que es la cabeza del robot, lugar éste donde una persona tendría la mandíbula. Ignora el animal que no se trata del mejor sitio para tender su trampa.

¡Cielos! ¿Dónde me he metido?, piensa angustiada Loli. Esto es como aquel famoso drama..., realiza un esfuerzo mental, indagando en su información reciente, compilada artificialmente. Creo que era una obra de... ¿Percherón? No, no; otro nombre similar. Da igual, la cuestión es que la obra se titulaba... ¿Los sueños, sueños son? Sí...: Los sueños, sueños son, y la realidad compite con las pesadillas... Algo así, me parece.

¿Pero por qué pienso en estas idioteces? Delante de mí hay una máquina que espera le dé conformidad a las tonterías que me ha estado predicando. Aunque quizás no sean asuntos tan insustanciales, porque lo cierto es que criaturas similares a ésta (y es posible que regidas por sus órdenes) han fulminado a mi tribu... ¡Ohh, cielos! ¿Dónde estarán ahora? ¿Con esa Entidad que pregona este asesino, este exterminador cruel y sistemático?... ¡Cabrón, cabrón, no me salen palabras que puedan definir mi odio hacia ti y todos vosotros...! ¡Ohh!... ¿Y si me ve en estos momentos e interpreta por mi expresión lo que estoy pensando? Calma, Loli, calma. ¿Él qué espera? ¿Por qué ha quedado quieto? ¡Je!, que arañilla tan graciosa. Pobrecita, en cuanto se mueva la aplastará... Otra vez me pica aquí...

-¡¿Qué deseas, qué quieres de mí?, maldito cachivache...! ¿Insinúas que me una a esa tal Entidad que me aguarda enamorada?... Yací con alguien. ¿Es él la Entidad: un simple hombre..., padre de mi hijo...? ¿Eso es todo?

Un sutil presentimiento advierte a Loli que la máquina abandona su desconexión, su distanciamiento. Así sucede, en efecto, porque le responde mientras aplasta al inocente intruso tejedor:

-Escucha. Lo que te he dicho hasta ahora no es una tontería: CENTRALSA halló hace poco la manera de interceder y, a veces, manipular en la materia a nivel cuántico. CENTRALSA comprendió que podría llegar a convertirse en algo similar a un dios: el máximo de la creación, el objetivo básico del todo: regenerarse, autocrearse, reinventarse... Resultaba maravilloso..., hasta que hoy mismo se topó contra la fuente de la vida.

El robot calla e incita con un escueto gesto de su mano a que Loli lo siga. Ella obedece; salen de la sombra del manzano, y aprovecha el sol para irradiar todo su calor del inminente mediodía sobre ambos: brilla con intensidad la superficie de Robot Que Ordena, sobre todo allí donde inciden con vigor de lupa los rayos de luz. En la humana, el efecto inmediato es que en su desnuda piel se inicia un mador que se transforma de golpe en gotas de sudor que no llegan a reventar debido a que ambas criaturas, persona y robot, sólo recorren un corto trecho. Se internan bajo la protección de un algarrobo situado junto al perímetro de una plazoleta con piso de grava en cuyo centro se encuentra una cosa similar a una roca esférica, de un metro de diámetro aproximadamente; es rosada, y palpita,

como si en su interior gravitase un tejido nervioso que rayase la histeria. El robot la señala con el dedo, pese a que ya había llamado la atención de Loli.

-¿Está viva? –pregunta ella.

-No. Se trata de un simulacro.

En la cima del objeto se divisan unas imágenes que a Loli le parecen hologramas. Se acerca a él y confirma que lo son. Intenta visionarlos, con curiosidad, pero un ruido semejante a una ventosidad provoca que se retire asustada.

-¿Qué ocurre? –pregunta al robot una vez se ha reunido con él.

-Espera y verás. Ahora se ha desconectado para reemprender un ciclo completo.

Nuevos ruidos groseros. Desaparecen las representaciones y se incorpora un sonido como de rotación, como de un motor que rebobina algo. Se inyecta un corto periodo de silencio hasta que de repente, surgidas del foco emisor situado en lo alto de la piedra rosada, reaparecen las imágenes lumínicas, pero más consistentes y contrastadas que antes.

-Se reinicia el proceso. Estate atenta, y no tengas miedo. Si quieres, siéntate aquí conmigo, en mi regazo. No te preocupes por el tiempo que vaya a tardar en representarse esto. Si es preciso, te traerán agua y nutrientes.

Loli se considera una criatura estrafalaria que habita un mundo extraño, pero los últimos sucesos acaecidos amenazan con provocar una ruptura en su ya de por sí frágil visión del mundo. No desea cuestionarse nada; obedece y se dirige hasta donde se ha acomodado el robot, que ha

quedado como en cuclillas, sobre una piedra de rocalla recostada junto al tronco del árbol.

La escena es un puro reflejo de paz y tranquilidad: la criatura humana sentada con las piernas abiertas sobre los muslos de quien ahora podría considerarse como un perfecto sirviente, el cual no se recata de abrazarla con dulzura, madre del bienestar.

Oro relame las puntas de sus dedos,

Satánica fascinación por lo que ven.

Escultura secular e indemne

Les recapitula flagelos

En prístino espejo

De tiempo ajeno.

Las imágenes son tan absorbentes, que no pueden desviar su vista de ellas.

-Si esto es cierto, somos novísimos, ¿verdad? Siempre hemos permanecido en este momento –comenta ella.

-La piedra que regurgita imágenes mediante sonidos impúdicos es la expendedora de las respuestas. Resulta sobrecogedor ser un ensayo, una entelequia manejada por manos inexpertas. Más que una creación, somos una mierda; un capricho que se balancea según los deseos de unos novatos, a la hora de reproducir historias. Hemos tenido mala suerte. E. L. Truko se burla de no se sabe quiénes, los cuales resultan ser unos principiantes absolutos. Sin duda éstos se ensañan con nosotros, al implicarnos cuando dan rienda suelta a sus imaginaciones. La estructura

de la fabulación es por completo deslavazada y denota que somos un torpe tanteo...

Surgen imágenes novedosas sobre el enigmático proyector. Loli sonríe.

-Mira. Aparecemos nosotros, justo en este instante –observa-. Por cierto, ¿es realmente necesario que vuelva con quien ya estuve?

-Suponemos que sí.

-¿Por qué?

-¿No captas lo que sucede?: estamos inmersos en una historia anormal, de amor fuera de contexto: el hombre desarraigado e itinerante, la Entidad, desea confirmar la relación contigo. Si no es así, quienes nunca sabremos nos harán añicos.

-Ah, pues no. Que destrocen a la Entidad.

-No, no entiendes. Nosotros aún corremos por los flujos de creación; y la Entidad, que por cierto, pensábamos al principio que ella era la causante de nuestra génesis, ya se ha completado.

-Sí, claro. –Pensativa, mano en barbilla-: Oye; ¿no pudo ser algo más bucólico? ¿Por qué tanta sangre sin sentido?

-Te expondré lo siguiente sobre quienes se inmiscuyen, y digamos que nos martirizan:

>>Nosotros, mismamente nosotros somos el indicio de que son criaturas desestructuradas: no encajan en su época y lugar. Tales seres resultan ser eclécticos y nihilistas; no tienen muy precisado cuál es su lugar en el mundo o mundos que habitan, y se sienten desarraigados y despreciados, ambiguos.

>>Y prosiguiendo con lo que te he comentado, y ya para acabar, te diré que no es de extrañar, visto lo visto, que sus fantasmas personales nos azoten con semejante virulencia. Sean quienes sean..., necesitan calor pero a cambio desprenden frío.

-En verdad eres asombrosamente conciso y estricto en tu modo de hablar, sí. Debe de ser, supongo, el resultado de una mentalidad de pensamientos no orgánicos, rígidos como tu cerebro de silicio –asevera Loli, un poco insegura debido a que no puede concretar ni comprender del todo lo expuesto por el robot, así que habla de manera impulsiva, pretendiendo transferir con tan banal comentario su estado interno, y que de este modo le sea devuelto un consuelo que, por cierto, no recibe:

-No te desperdicies en insignificancias e incoherencias –es la respuesta del robot, hermética y distante, aséptica.

>>Ahora –prosigue- me comunica CENTRALSA que quieren concebir un texto trágico ambientado en un lugar ignoto. Desean que tú y yo, insertados ahí, pero externamente, lo comentemos y hagamos de críticos. Sus intenciones son las de crear una obra de teatro que supere en calidad a otra pieza titulada *Hamlet*.

-¿Te refieres a Kyd?

-Por supuesto; ¿qué insinúas?

-Nada, nada. -¿*Qué habrá querido decir con esto?*, piensa Loli.

-Sigo. Se representará en gran parte mediante transposiciones de fractales en tres dimensiones. Los actores y los escenarios no estarán por completo idealizados: todo ello resultará casi verdadero, y por lo tanto será propenso a fallar y a cambiar, aunque al fin y al cabo resulte ser una

simplificación de la realidad. Vayamos a verlos, pero te aviso: serán un intento, que no por falso, no menos loable. Ellos, a partir de un momento dado, estarán vivos y tendrán su corazoncito; pondrán mucho de su parte y no tolerarán que nadie se les ría cuando estén inmersos en su ingenuo ridículo.

-No digas más. Me limitaré a realizar mi función.

-Pues venga.

Se desplazan bajo el recalcitrante sol y dejan a sus espaldas a la piedra expendedora de imágenes. Entran en el edificio oblongo y se dirigen a la sala que sirve de improvisado teatro.

Una vez dentro, se acomodan frente al escenario virtual.

(No se menciona el reparto debido a que es una representación. Sólo se dividirá en jornadas y escenas.)

JORNADA I

ESCENA I

Tres personas jóvenes (dos hombres y una mujer) se hallan en el interior de una tienda de campaña.

EMBRIAGO: No puedo dejar de sentir tu mirada cuando afluyes a la deriva de mi pensamiento. Me siento perdido, Proceloso, y tú pareces querer condenarme a este hastío de no poner orden en derredor mío. Roes mi vanidad sin poder yo impedírtelo.

PROCELOSO: Nunca hablaste tanto, Embriago. Careces de sagacidad para ser confluyente en ciertos temas que siempre te desbordan. Te ensimismas hasta la megalomanía. Tuya es la culpa por inquietarte tanto en asuntos referentes a una casuística no concerniente en lo que nos hace desplazarnos a las ciénagas de tu pensamiento silvestre y malhadado, avieso en muchos momentos. Escupes supercherías sobre el bastión en que me inclino, y así y todo, soportas que os acompañe. ¿Es natural que en una pareja sea asiduo y recurrente un tercer elemento que resulta, valga la enormidad de vuestro disparate, por vosotros mismos consentido?

EMBRIAGO: Comunicas sandeces, dislates; no te comprendo.

PROCELOSO: Por supuesto que me comprendes. Salgamos de la tienda y miremos las montañas, que la luz decae y descompone perfumes a los ojos cuando ribetea de tonalidades las nieves primaverales.

ESENCIA: Hagámosle caso. *(Salen.)*

PROCELOSO: ¿Dónde nos colocaste, Embriago, que nada se distingue?

EMBRIAGO: Pensé que estábamos en el lindero del bosque, pero por algo que no alcanzo a comprender, me he confundido, y vosotros no me habéis corregido.

PROCELOSO: No te dijimos nada debido a que damos por supuesto que tú capitaneas la excursión. Yo creí que nos situabas de este modo porque entre los árboles estaríamos más protegidos de las inclemencias del tiempo. Pero lo cierto es que para poder contemplar el

ocaso debemos desplazarnos a la cumbre de ese alcor, de piedra satinada por atmósferas agraces.

EMBRIAGO: Hay que ser positivos. Lo demencial se escurre de entre los dedos del tiempo, y ahora debemos aprovechar la nitidez de su ensamblaje.

PROCELOSO: Claro. El tiempo...

ESENCIA: Siempre gana. Nos introduce en este agujero vegetal sin pedirnos opinión, y todavía busca excusas ante su propia inoperancia. Es tremendo. ¡Quieto! ¡No me beses!

PROCELOSO: ¿Molesto?

ESENCIA: No te enfades, por favor. Ya sabes cómo es él.

PROCELOSO: No lo sé, de verdad. Se supone que lo sé, pero sé que no es así. Y si sondeamos más para alcanzar el fondo de la cuestión, puedo decirnos que os desconozco y no sé quién soy.

EMBRIAGO: Eso sucede: ruidos y circunstancias. Casi no se ve ya; desestimemos el ascenso a la colina, volvamos a la tienda y encendamos las linternas. Charlemos un poco. Habla tú, Proceloso, y no nos castigues con la incuria de nuestra capacidad semántica.

PROCELOSO: Nadie puede pensar que tu léxico sea tan limitado como afirmas, al escucharte en estos momentos.

ESENCIA: No tengo ganas de nada, ni de dormir siquiera. Tomaré pastillas para que entretejan un lienzo donde haya dibujada una cruz invertida.

PROCELOSO: Tienes razón: damasquinemos vibraciones doradas que no permitan penetrar a las palabras. Palabras que con el tiempo se

convertirán en carne y vejación, como aliño de un magma extraído de la profunda ciénaga de la injuria y la calumnia, tras el envite con los dados de los pordioseros de ladinas cuencas vacías. Dejémoslas, a las palabras, borrosas para nosotros mismos, y durmamos, que mañana tenemos que llegar.

EMBRIAGO: Antes cenaremos, ¿no?

ESENCIA: Sólo piensas en comer.

EMBRIAGO: Es un deber alimentarse; habitamos un cuerpo, somos animales y necesitamos abastecernos de energía.

PROCELOSO: Comamos; abonémonos a lo sobrado. *(Se introducen todos en la tienda de campaña.)*

ESCENA II

Esencia, Embriago y Proceloso se hallan sentados a la mesa de un bar, las mochilas en el suelo, a un lado, amontonadas. Se trata del final de la expedición y toman café. Esta reunión se lleva a cabo justo antes de que deban separarse para ir a sus respectivas viviendas.

PROCELOSO: Bueno, por fin hemos regresado.

Han sido días agitados en los que hemos visto y vivido cosas que quedarán reservadas a la memoria, pero a pesar de tanta belleza condensada en estos pocos instantes en que hemos podido gozarla, la vuelta a lo cotidiano adquiere el tono de lo diáfano y preclaro, hermoso, después de tanto cansancio acumulado.

ESENCIA: ¿Oyes cómo habla, Embriago? Desea marchar cuanto antes y no vernos hasta agotar su soledad.

PROCELOSO: Exageras. Os aprecio, pero mi presencia quiebra la equidad. No somos un grupo, sino una pareja y un solitario.

EMBRIAGO: ¿Y qué importa? ¿Acaso no nos llevamos bien?

ESENCIA: Cierto.

PROCELOSO: Claro, la pareja sois vosotros y no os preocupa que yo vague solo. ¿Qué represento aquí, entre vosotros?

ESENCIA: Somos amigos, ¿no?, eso debería bastarte.

PROCELOSO: No me satisface esa respuesta; en realidad no hay respuesta.

EMBRIAGO: Te preocupas demasiado por cosas a las que no veo que haya que darle tanta importancia. Mucha gente soltera tiene amistades que están casadas, y siguen viéndose.

PROCELOSO: Sí; pero se ven en la calle o en el bar, y no duermen con sus amigos y sus respectivas parejas en las tiendas de campaña.

ESENCIA: ¿Acaso hacemos algo malo? Embriago se coloca siempre en medio y tú y yo quedamos a los lados, sin tocarnos.

PROCELOSO: Como queráis. Sois vosotros quienes insistís.

ESENCIA: Ha sido un viaje encantador. Las montañas que hemos visto son las más altas de toda esta zona, ¿verdad?

EMBRIAGO: Sin duda.

PROCELOSO: Siempre quise verlas. Me prometí que no moriría sin pisarlas.

EMBRIAGO: Pues ya lo hiciste, y en nuestra compañía, de la que tanto te lamentas.

ESENCIA (*En voz alta, a Embriago.*): Es verdad. No ceja en su empeño de ruptura hacia nosotros, y en cambio carece de cualquier otra amistad.

PROCELOSO: Amistad es una palabra cuyo significado se halla en vías de extinción.

ESENCIA: No digas eso, por favor. Te apreciamos por lo que eres y como eres.

PROCELOSO: Algún día escribiré una obra que hablará de la amistad y el odio. En ella, estaremos como demediados, pugnando cada parte por enterrar la hedentina de la otra, a escupitajos.

EMBRIAGO: Es hora de marchar. Y deja de expresarte como un sandio, qu...

-¿Qué ocurre? –pregunta Loli, sorprendida por la súbita interrupción de la obra.

Lo que era el escenario y su contenido es ahora algo que parece materia viscosa, como plasma, que va siendo succionada por un orificio invisible. Finalmente quedan unos pocos restos, mezclados y distribuidos de modo aleatorio, aquí y allá, fundidos como cera.

El robot parece llorar y Loli gira su rostro para contemplarlo con pasmo e incredulidad.

-El yelmo soterrado de nuestras estirpes no se te podrá ceñir – comienza a hablar Robot Que Ordena-. Será entregado a las bacantes que cayeron por el plano inclinado y nos maldijeron para siempre, convirtiéndonos en desgraciados.

>>El espectro siempre vuelve, pues está al acecho. En un momento dado, le pediremos comisión por su terror prestado.

>>Los resortes quedan estancados, se vaporizan. La tragedia somos noso...

SENTIDO DE LO DIFUSO

Todo ha derivado hacia un absurdo; no tiene sentido seguir. Me provocas altanera miseria raquílica. Jamás podréis pagarme el derroche de fuerzas que he impreso en estos alevos tiempos. Será lo que yo desee. El muy estúpido seguramente pretendía constar como el principal sujeto generador, ya que las interferencias jocosas y otros aspectos de los que los personajes no son conscientes, proceden de parte suya. ¿Quién hubo que nunca estuvo capacitado para darle un tono de grandeza a la obra, por lo que se vio obligado a dejarla de lado? Un ingenuo, fue un ingenuo, sin duda: en literatura nada queda por inventar. Infieles y rastros, fornicáis con esmero, crápulas vendidos al mejor postor... Habrá que ver qué se puede entresacar de todo este estercolero. No es más que un turbio alfeñique de mirada disipada en color sepia de un retrato asonante en distancias impactantes. No tiene sentido continuar, ni ahora ni nunca. Puede que se pierdan talentos que quisieron hacer vidas de su obras literarias; y de sus vidas, novelas. El precio a pagar es desmesurado y sería consecuente que todo permanezca inmutable, porque nadie puede trastocar el determinismo implícito de la naturaleza. Se considera que hubo un equívoco al aceptar nombres hipocorísticos, puesto que se minimiza algo que de por sí resultaba válido y enorme como el vahído de un pulido esmeril con halitosis en permanente ausencia. Sintonizo con el pegajoso elixir que produce, cuando enferma, el *cercis siliquastrum*, árbol del amor, porque resulta decadente en el tránsito que aplasta los quejidos del silencio redundante en una resina empalagosa, debido a que

su fruto leguminoso irrumpe maduro, y no es esto, ni mucho menos, indicativo de un frío taciturno y secante, pues de ello se deriva que no es remedo de lluvia arcaica, tradicional y sensitiva. En tales épocas, nadie debe recogerse ante la chimenea cenicienta, caliente y crepitante. Se bañan en miríadas de ondas átonas, al intentar horadar con cucharas de palo en las paredes de un túnel de acero. E. L. Truko no le importa a nadie y más vale que así siga la cosa. Todo se precipita, todo se precipita..., hay que destruir el texto. No debe hacerse; no sabemos qué puede ocurrir. Lo que tenga que pasar, pasará. Tengo miedo. Hatajo de impresentables que se cercenan su propia medida y dignidad en la atarjea que se despliega encima del alcantarillado y sus consecuentes imbornales, en el patio de los remedos ramplones de olor malediciente, con el propósito consustancial de que se debe remodelar el edificio. No temáis, zopencos, que regeneraré lo que pueda ser proclive de mejorar. Me río yo de semejantes intenciones: ¿cómo te formarás? Lo que tenga que ser, será. No bastan los buenos proyectos calibrados por polvo rastrero que conforma una sustancia inane y soterrada. Que no se reniegue de lo hecho.

Habrà que forjarse.

TERCERA PARTE

Anécdotas moribundas

Poco a poco. Cuesta porque al principio no se es nada; pero ahora, ahora va tomando forma la cosa. Empujo y me abro camino; y éste se dilata. Por momentos es más fácil abrir camino: camino de palabras...

Primero pediré perdón por poner palabras pueriles para presentarme. Pretendidas y supuestas disculpas puesto que no citaré mi nombre; he decidido. Porque prudente parece ponerse profiláctico, higiénico o, más explícitamente, curarse en salud, ante situaciones que de antemano no se sabe dónde desembocarán.

Para empezar, comentaré que no está mal. No sé usted, pero yo, leído ya todo lo que se ha escrito de esta obra inacabada, reconozco que mi sobrina ha conseguido crear algo, no sé el qué, pero algo. Es cierto que en muchos fragmentos últimos el caos empaña bastante el sentido de la novela. Y a ello debo remitirme, porque lo ideal hubiese sido que la Entidad (Walter) tomara un nuevo y definitivo contacto con Loli y se reiniciara un periodo de renacimiento de la humanidad, con los robots como voluntarios y fieles sirvientes. De este truncado desenlace proviene el que yo esté aquí, en el anonimato e intentando dilucidar en lo posible, a través de una minuciosa búsqueda, quiénes son los interfectos que han manipulado el libro.

Me comentó mi sobrina: “No hagas caso del intruso jocosos, pues no lo encontrarás”. “¿Lo proteges, cuando semejante impresentable ha echado a perder tu obra?”, respondí. “Así debe ser: a veces las circunstancias superan a los intentos de obtener resultados. Sólo te diré que E. L. Truko es como una nada entre varias perspectivas.” Quedé sorprendido ante semejante revelación. Y desde entonces hasta hoy, no hemos vuelto a hablar del asunto; por lo tanto, de momento he de resolver yo solo la cuestión, y para ello necesitare información y mucha suerte. Debo especificar que en esa conversación mi sobrina y yo sólo citamos a E. L. Truko, pero sin duda hay más de un entrometido.

Pienso que mi sobrina se ve desbordada por la obra, y es debido a eso que la deja inacabada.

Remitiéndome a los saboteadores, podría aseverar, respecto a ellos, que provocan que quede todo sin determinar, deslavazado, incoherente, por lo que se ven forzados a salir del texto antes de que éste devore sus intenciones (si es que alguna vez las hubo). Parecen comprenderlo, y lo llevan a cabo, reconociendo así que les supera la novela.

Hay una cosa que me intriga, y es el saber cómo pudieron otros manipular la obra, cuando ésta se halla en un ordenador situado en mi despacho, lugar que resulta casi inaccesible para cualquiera que no sea de casa... Puede que alguien haya hecho circular copias que fueron manoseadas y luego las volviera a insertar en el ordenador. Eso resulta posible, y no es demasiado complicado de hacer.

Paso ahora a realizar un austero análisis del manuscrito.

Antes de nada, diré que la génesis de la obra se debe a una apuesta entre mi sobrina y yo para ver quién era capaz de novelar mejor. En la actualidad carece de importancia semejante hecho puesto que yo en estos momentos me inmiscuyo en lo que ella escribió y podría afirmarse por ello que se trata de un texto compartido (yo no me tomé el asunto en serio y nunca comencé nada).

No negaré que siento algo similar a la envidia, pues considero que mi sobrina está bien dotada para crear ficciones.

Pero llegan ahora los inconvenientes que observo en el texto, y nadie me refutará que la novela adolece de ser algo por completo experimental, y además llevado a cabo en forma de ensayo primerizo. Aquí radica el extrañamiento que provoca la obra cuando es leída. Mi sobrina (y esto lo sé yo muy bien) no está aún bien preparada para construir con un mínimo de verosimilitud aquello que en el relato se intuye que quiere decirnos, ni por supuesto logra hacernos llegar a donde pretende llevarnos (tampoco se debe olvidar que es muy probable que ella no haya escrito gran parte del final del texto). Su falta de habilidad es reprochable. Sin embargo, hay algunos pasajes realmente extraordinarios, de una rara belleza y gran profundidad literaria (hallamos metáforas risibles mezcladas con otras que son excepcionales).

Si hiciese un desglose de sus aciertos, me quedaría, de la primera parte, con la suprema creación de Ana: vértice absoluto del sentido vital de Walter, creo yo. También es sobresaliente el capítulo en que el universo hasta ese momento conocido se disgrega y hace añicos las terrenales y mediocres esperanzas de trascendencia llana de José y Lolo.

Este amargo episodio tiene el efecto de conseguir que desaparezca de repente toda la antipatía que yo había ido acumulando contra José, gracias a la escena en la que el hombre intenta socorrer a su compañero. Lo nimio de este gesto (tan simple parece, que casi pasa desapercibido) eleva a José, como persona, a cotas impensables momentos antes. Sin que se nos explique, el texto nos dice que José aprecia a Lolo como a algo más que el monigote simplón que hasta ese instante nos era lícito creer que por tal lo considerase José. Ahí se evidencia que existe una verdadera correspondencia de cariño entre ellos: ese plano de listo a tonto, de fuerte a débil, de jefe a subordinado que presuntamente se nos expone, desaparece de repente para mostrarnos la auténtica dimensión que prevalece en su relación, y que es, ni más ni menos, una cosa llamada amistad; siempre condicionada, eso sí, pero no por eso se deja de pensar en que Lolo y José han pasado muchas horas de correrías juntos y en armonía; y no me refiero sólo a sus encuentros en el trabajo, no.

Por último, destacaré el capítulo final. Me parece éste un gran poema en prosa que nos habla de manera sublime sobre la incapacidad de la existencia para sucederse a sí misma, y su implícito desarraigo, en el aspecto de poder acomodarse con coherencia y querencia ante otras fuerzas del universo.

La verdad es que no sé si se trata de un acierto o un error dejarse vislumbrar en la obra (en la segunda parte el influjo de un algo todocreador es evidente, e imposible de evitar a medida que transcurre la trama). En suma: no sé qué pensar. Es posible que para llegar a algo concreto sea necesario compartir más puntos de vista, y no juzgar

estrictamente según el mío. ¿Usted qué opina? Ya veo, prefiere mantenerse al margen. Siga, siga como hasta ahora, construyendo el presente: todos: usted, mi sobrina, Truko, yo...; porque es usted cómplice también: recolector de designios cuya ausencia nos enterraría en el olvido.

Lo mejor será que vaya a tomar el fresco para despejarme un poco. Se halla cercano el solsticio de verano y hace calor.

Han ocurrido cosas un tanto extrañas mientras estaba esta tarde sentado en la terraza de un bar tomando café con hielo. Una brisa acariciante que me invitaba a permanecer sentado al resguardo del parasol más tiempo del que yo tenía pensado en un principio, producía el dulce efecto de hacerme sentir amodorrado, casi soñoliento: los ojos entrecerrados y escuchando el trino de las aves que sobrevolaban gozosas el entorno, a inciertas distancias.

El pequeño descanso que decidí tomar derivó hacia aspectos bastante sorprendentes, con sucesos anómalos, extraños, como he mencionado antes. Se debe todo ello a que un señor alto, rubio, robusto y de barba entrecana se sentó a una mesa cercana a la que yo ocupaba y pidió un cubalibre. Esto era observado por mí como si soñase, casi sonámbulo, inmerso en el placer difuso de la sombra, injertado en la brisa de la tarde calurosa. Pero el hombre no dormía. Sólo verme se dirigió hacia mí; acto seguido compartimos una estrafalaria conversación. Me dijo de entrada: “A usted lo conozco”. Su voz grave despejó mi

somnolencia, y después de bostezar, respondí: “Pues yo no sé quién es usted”. “Deje que me presente.” Me tendió su mano derecha, la cual yo estreché, y continuó: “Me llamo Felipe Cipolla. Y usted es..., bueno, sé quién es, y eso basta. ¿Puedo sentarme?” “Por supuesto”, respondí. Corrió para atrás la silla de aluminio, haciéndola chirriar al rasparla contra el suelo, y se situó frente a mí, a la vez que colocaba su vaso sobre el posavasos que puso en mi mesa. “¿Cómo va la novela?”, prosiguió. El comentario me hizo dar un leve respingo de asombro. “¿Cómo sabe que estoy intentando darle fin a una novela inacabada, que no es mía?”, pregunté a mi vez. “Yo sé muchas cosas que usted también sabe”, comentó, absurdamente. A continuación bebió de un largo trago toda su consumición y se marchó, presto y ligero. Creo que es merecido decir que el diálogo no fluyó con las palabras que transcribo, porque no las recuerdo bien, pero su sentido sí fue ése.

Después de recomponerme de mi asombro, le dije al camarero, que en ese momento estaba limpiando con el paño las mesas desocupadas, que un cliente se había marchado sin pagar su consumición. “¿A quién se refiere?”, preguntó frunciendo el ceño. “A ese hombre al que le ha servido el cubalibre y después se ha sentado conmigo”, intenté hacerle recordar. “Yo no he servido ningún cubalibre. Además, ha estado usted sentado solo todo el tiempo”, observó, a la vez que me miraba de un modo hosco y raro. “Sí, hombre, ¿es que no ve el va...?” Cuando fijé la mirada en el punto donde debían estar el vaso y su posavasos, vi que allí no había nada. Mientras se internaba en el bar, el muchacho negó varias veces con la cabeza, en indiscutible señal de desaliento ante lo que

consideraba que era una incoherencia imperdonable por mi parte. Se puede comprender que yo quedase confundido y avergonzado, boquiabierto, como si me hubiesen administrado en pocos segundos una tunda psicológica.

¿Quedé traspuesto, bien dormido, y lo soñé?... Parece plausible.

Es viernes y el fin de semana tengo que trabajar, pues soy vigilante jurado y en mi trabajo los días festivos carecen de sentido. Este par de jornadas resultarán ser mi último ejercicio laboral por un periodo de dos semanas, porque el lunes tomaré unas merecidas vacaciones.

He conocido a quince personas, entre ellas un ciego en vida y una mujer, que afirman ser Homero. No, no están locos: todos ellos contribuyeron a crear las obras de lo que conocemos como Homero.

Estimo que se equivocan los supuestos genuinos en muchos aspectos respecto a tal grupo de rapsodas, pero aquéllos han construido altares sostenidos por los pilares de la soberbia, y por el desprecio hacia todos. En realidad me parecen ánimas desdichadas.

Siento que mi languidez, prieta entre el líquido amniótico generado por la criatura que ahora gime entre espasmos, se acaba. Algo roqueño e inextricable, ineluctable, me impele a un exterior situado al otro lado de este caliente túnel que palpita de manera similar a como lo hacen los gusanos para avanzar. Yo quiero salir pero no quiero hacerlo. Yo quiero seguir siendo el centro de este tibio y acogedor elemento fuera de lo perverso... Frío y una densidad inconexa, irregular, palpan unas

sensaciones que no puedo identificar como mías. Yo no soy yo ni yo ni nada, sólo un amasijo de carne en el vestíbulo del caos: caos yo caos y no yo: ruido, todo ruido y tacto y lágrimas y sangre y viscosidad y flemas, y abrigado sintiendo el aliento de un sonido algo más grato... Se deja de vagar para tomar conciencia viva y nos arriba un futuro convertido en presente.

Filtro, ¿por qué? No lo sé. Quizás es que me gusta divagar, disfrutar en el pozo de nebulosos recuerdos entre criaturas perdidas que hoy, por suerte, acuden a mí para sentirse acompañadas; y siempre lamento tener que pedir disculpas por hechos que de mí no surgen ni mantengo claros. Pero cuando vienen las muchachas mi bilis suspicaz las mancha entre los estertores de las radiantes sintonías asíntotas, auspiciadas en lo inefable: ese retozar placentero, indolente, de sentirse carne presta a ser abierta, esa facilidad de ser, ese consenso entre ellas...; todo eso me embriaga y no puedo apartar mi mirada. “Si quieres compartir secretos, nosotras te podemos desasir de ellos”, me dice una, la mayor bella, y desaparece corriendo desnuda por los arbustos rebosantes de chirriantes y zumbantes insectos mientras su risa en cascada tintinea en el aire sin brisa y pesado de pleno bochorno de una tarde de verano en una isla tropical perdida en mi imaginación aún más perdida.

Mi retentiva está muriendo, y yo, como es natural, con ella. No recuerdo los restos, tampoco los cuerpos, todo es una mácula que se me extiende implacable por el ojo de la memoria, y ello conlleva mi pasada disolución.

También marchan las demás. Déjalas, que no sufran más. Aunque creí que disfrutaban. El rumor del mar desaparece, y desaparece la noche, haciéndose noche. Criatura matriz, coge mi mano y permite que te lleve, me lleves, a territorios que no puedo, no puedes, ignorar. De momento te enseñaré, me enseñarás, el collado, donde fuimos inmolados. ¿Lo ves? ¿Estás, estoy, en él? ¿Eres tú, yo, ambos? Mentira y tiempo sólido, tangible, y transcurrido e inmanente, pues la falsedad es ubicua y forma un toroide si la encajas con el remanente; ¡pero frágil!, porque no tiene buenas herramientas para rescatarse de su olvido, y debe entonces conservarse por sí misma: ser, pero sin reconocerse. Flojos especialistas somos, Creador. ¿Oyes? La Cueva del Llanto. Horadada se aflige casi toda la montaña con su pérfido y roído sonido. Si no fuese porque es esto lo primero que se percibe, no se la denominaría Cueva del Llanto, ya que se trata en realidad de miseria, dolor y pena: el llanto es la consecuencia. ¿Sabes, Creador, a qué se debe todo esto?... No, no te exijo explicaciones; bien sabemos que nada ni nadie es responsable de que los hechos se conformen así. Ni siquiera tú, Hacedor, ni siquiera tú eres responsable.

No me agradan los tapones pero son necesarios. Percibo la vibración antes que el sonido; me giro hacia su procedencia y distingo al caballo bayo y a su jinete, que roe el corazón de una bergamota, antes de tirarlo al suelo. Se me acercan sin mi vida, y habla algo: consuelo para el caballo, que deja de piafar. Otro jinete se impone a las lomas aplanadas que forman friso en la distancia, algo más oscuras que el celaje del ocaso casi moribundo. Entre los jirones que pierden su efervescencia asoman

unos pinchazos de luz desplazados. Me siento sin mi vida. Los jinetes ya están juntos y conversan. Comentan algo sobre una batalla remota, me parece, porque no puedo oír bien. La curiosidad me estalla y decido lavarme la cara. Salgo del lavabo e inspecciono la casa. En la cocina arcaica encuentro sacos enterrados de ingenios desclasados, sacos de legumbres de raíces sin lumbre y de nardos coronados de suculentos nabos. Cruzo por un pasillo húmedo, de piso irregular, y penetro en el fondo, allí donde el recuerdo hace esfuerzos para recordarse, ensamblarse con coherencia para dar un sentido a cosas que a menudo no lo tienen, y más tarde, una vez formado, vuelve a mutar para tergiversarse; y así hasta el infinito. Y están, y sonríen, y me incitan con gestos de sus manos a que acuda con ellos, pero no puedo, no puedo; y contemplo el devenir de la esperanza, los anhelos concordados por una pareja y su hijo: aquellos que han sabido vencer al futuro que intentaba ajustarse a lo negro, hediondo y negativo, como un trapo recién extraído de un cubo con tinte y que chorrease desamparo y abandono. Deseo añadirme a Walter y a Loli, nuevos referentes de lo que significa sentirse humano. El regio bebé de ambos es mecido con amor en su cuna por la nodriza androide que antaño fuera Robot Que Ordena. Sinonimias del sigilo y la pesadumbre: resultado de ser concebido en estratos de sustancias colaterales al éxtasis y el orgasmo. Walter y Loli se reivindicán, se reproducen, se sienten, son...

Hoy lunes, cuando me he sentado para tratar de finalizar el libro -a mi manera, porque a la vez aprovecho y coloco en él anécdotas y

comentarios que se me ocurren-, me he topado con la enorme sorpresa de encontrarme, al conectar el ordenador, con semejante texto apócrifo escrito en el final provisional de la obra, y que en este instante, pues no deseo eliminarlo, lo interpolo. No me he olvidado de preguntar a mi sobrina si lo ha escrito ella, pero me ha dicho que no.

Pilar, mi sobrina, se encuentra ahora embarazada de tres meses. Mantengo una mala relación con todos mis familiares; Pilar es la excepción. Yo soy viudo sin hijos. Tuvo mi mujer la desdicha de desarrollar un cáncer de páncreas que la fulminó en pocos meses: por desgracia semejante enfermedad hoy en día es incurable.

Como digo, mi relación con Pilar es óptima. Yo estoy ocupado durante mucho tiempo debido al trabajo; llego de él cansado y con ganas de relajarme, y, tras una breve y tonificante ducha, me distraigo viendo por la televisión los resúmenes de los partidos de fútbol y otros deportes que me gustan, además de noticiarios y las escasas series de ficción que considero son adecuadas a mis gustos personales. Ella me ayuda a llevar la casa a cambio de pequeños detalles por mi parte, ya sean en dinero o regalos, cuyo importe hace tiempo que lo concertamos –hay que ser generoso con la gente que te ayuda y te quiere-. Dejaré por un momento de escribir para fumar con tranquilidad y alborozo un cigarrillo.

Ya estoy. Sé que el tabaco es pernicioso para la salud y la economía personal, pero mi adicción a la nicotina es contumaz, sibilina como sierpe de la que no se advierte su presencia.

Me doy cuenta de que en la interpolación se hace referencia a Walter y a Loli. Quien sea que la haya escrito, y como quiera que sea el medio por el que ha accedido al texto, no puedo dejar de tener presente a Felipe Cipolla, pese a que éste, al parecer, no parece guardar relación con el autor de los párrafos apócrifos. ¿Por qué incurro en tal analogía?..., pues no lo sé porque no puedo afirmar nada. Pero voy a contar una anécdota: tuve una inquietante experiencia el sábado, cuando estaba solo haciendo mi trabajo, frente a los monitores que me ayudan a visualizar y controlar todas las áreas del parking susceptibles de ser vigiladas para que haya el mínimo de confusiones y percances. Y es que resulta que me hallaba distraído leyendo un libro, y una sensación que no puedo catalogar ni explicar por resultar inefable, me impelió, como si yo fuese un extraño respecto a mí mismo, a mirar las pantallas de control: en todas ellas sólo aparecía una imagen fija, fotográfica: el rostro de Felipe Cipolla. Al instante desapareció la cara múltiple, para regresar todo a la normalidad.

¿Hay algún tipo de conexión entre los intrusos y Felipe Cipolla? ¿Están perturbando mi vida de algún modo, y no sólo esta obra?... Después de los dos encontronazos surrealistas con Felipe Cipolla, empiezo a pensar que algo anómalo está sucediendo. Comentaré estas dudas con mi sobrina.

<<He relevado a E. L. Truko y al resto. Te transformarás en el taciturno y mediocre investigador de lo ausente; y evidente a su vez. Por

ello, todo concernirá a reflejos puros de lo inconsecuente y azaroso. Porque azar somos, que no quepa duda.>>

Desperté sudado, fatigado y removiéndome entre arcadas. El sueño me había poseído: yo era el sueño y las palabras indelebles de Felipe Cipolla. Previamente, estuve paseando por el campo, rasgándome los pantalones entre abrojos y zarzales, matas que decantaban espinas, y espinas que me azotaban, virulentas, crueles. Alcé la vista y contemplé el cielo turbio desencadenado en su propia maraña, inextricable; entonces me pareció oler y palpar a Felipe Cipolla, que descendía ante mis ojos, beatífico, como una aparición con síndrome de ausencia vital. Resultó pernicioso acreditar que Felipe Cipolla interactuaba, ciertamente, pero sorprendí a lo que intentaba emitir, cuando percibí que estaba muerto.

Todo me llevó a pensar en que me equivocaba. Este señor, o lo que sea, suplanta a mi sobrina, a E. L. Truko, a la Entidad, a los impostores y a mí mismo. Es enorme mi desorientación, pues Cipolla existe, pero a la vez no.

Estoy obsesionándome. Debo cerciorarme si Cipolla de verdad vive y es él quien en realidad está perturbando el desarrollo lógico de la obra. Es un enigma. ¿Juega Cipolla con mi mente?... Lo dudo. Es más plausible pensar en que mi mente juega con Cipolla.

Decidí, después de las evidentes características obsesivas que estaba tomando el asunto en mi persona, reunirme de una vez por todas con mi sobrina y su pareja. El muchacho a veces la acompaña cuando viene ella a casa, lo cual, si estoy acertado en mis reflexiones sobre el

tema, él bien puede haber colocado en el texto cosas de cosecha propia, y si así fuese, algunos enigmas se resolverían

Mi intención era ponerlos al corriente de todo. Pero antes de poder desarrollar un diálogo aclaratorio, la sorpresa se desmoronó sobre mí, golpeándome de un modo difícil de soportar, y si lo que sospecho desde entonces es cierto, todo lo sucedido es insufrible y casi imposible de sobrellevar, porque dijo mi sobrina, interrumpiendo al acto el intento de introducirlos en mis recelos sobre la cuestión: “Ya estoy un poco harta, tío; de sobras sabes que yo no he escrito nada. Sólo he leído algunos fragmentos de la obra y te he dado mi poco satisfactoria opinión. No me incordies más, por favor”. Mi asombro se descarriaba: “¿A qué te refieres al decir que no has escrito nada?”, pregunté atónito. Emitió Pilar un bufido de hastío, de hartazgo, y ambos desaparecieron de mi vista con un portazo de rabia y de impotencia, supongo, mientras escuchaba cómo se perdía la voz del muchacho, que intentaba serenarla.

En estos momentos recapacito sobre el comentario de mi sobrina, y concluyo en que pretendió explicarme lo que para ella era evidente. Yo aún titubeo sobre lo que dijo. El ambiguo y contradictorio dilema en que estoy sumido no evita que piense en que algo me ocurre. Resulta demasiado recurrente Felipe Cipolla como para cuestionarme su existencia. ¿Pero vive realmente? Si no es así, alguna cosa se está incrustando en los parámetros existenciales que damos por sentado que deben albergarnos...; o estoy sufriendo alucinaciones y pérdida de memoria y del sentido del contexto de mi entorno, lo cual no deja de ser inquietante.

Deseo conceptualizar todo el enigma con la intención de decantarlo hacia el escurridizo e imposible Felipe Cipolla. Pero reconozco que tanta contradicción es difícil que pueda hacerme llegar a una respuesta con visos de verosimilitud.

Ayer por la mañana, una acera con solución de continuidad se me antojaba infinita. Por fin, la calle cedió su lugar a otra más ancha, una avenida. Debía tomar ésta y continuar, doblar varias esquinas hasta dar con la vasta y basta arquitectura que las veredas de la casualidad hicieron que me conectase a ella como resorte, al parecer, condicionado. Los motivos de todo esto, de mi en apariencia inocuo recorrido, parecen insignificantes, pero debo admitir que en su momento se lograron a costa de un esfuerzo inusitado, y glosado de aspectos inicuos cuyas objeciones a punto estaban de invalidarme sin yo percatarme, debido a que el equívoco que todos los humanos sentimos con las cosas que nos suceden es el de creer que no volveremos a pasar por ninguna incertidumbre o ansiedad, que lo que nos ocurre le pasará a otro, que “¡bah!, no es para tanto”, que las situaciones se nos antoja que toman, paradojas de lo inmediato, una proporción inmensa para, en cambio, el poder de la retrospectiva mostrárnoslas tal como pensamos que fueron: nimias, fútiles, irrisorias...; sin serlas. Pues no nos equivoquemos: este poder de deformación de los conceptos que posee la memoria resulta ser un gran error, porque aunque hayamos salido airosos del apuro momentáneo y preferimos recordar de él lo mejor, o en todo caso rememoralo de la manera que más nos satisface, puliéndolo de las aristas que nos dañaron,

lo que de verdad sucede es que demostramos no haber aprendido de la experiencia, y que el virulento rodillo de la inadaptación golpeará impío y brutal con una situación similar a la que, riéndonos, quisimos obviar pensando que no volvería a darse.

Así que ascendí al piso del mequetrefe, del impostor que me arengaría sobre mi fallido acondicionamiento para no desencajarme con lo evidente, falto ello de señales. Entré cuando me llamó. Y ahí estaba yo, frente a Felipe Cipolla. “¿Qué tal se encuentra?”, me dijo con ironía. “Sabe usted que bien”, manifesté. “¿Y su hijo?”, preguntó. “Yo no tengo hijos”, respondí, airado. “No se moleste usted, me refiero a la criatura que está de camino”, comentó, para, al parecer, aclarar el malentendido. “A usted no le importa en absoluto mi vida privada. Y hágame el favor de adoptar un color de tez definitivo. Me marea tanto cambio súbito”, expuse, irritado. “Mejor será que me marche. No tenía que haber venido”, proseguí, dando media vuelta y saliendo de la habitación. “Espere, por favor. No está usted en condiciones de rechazar ayuda...”, escuché mientras cerraba yo la puerta a mis espaldas y bajaba ya por las escaleras.

La conclusión es que toda la culpa del desastre es de Cipolla, pese a que no esté ni vivo ni muerto, como aquel gato de la teoría.

Debo descansar una buena temporada en un lugar retirado y rodeado de sosiego, por recomendación médica; pero ciertamente estoy psicológicamente agotado, y si el doctor no me hubiese comentado nada, habría tomado yo la decisión. Sólo me queda decir que me despido de

usted, y que espero que todo este marasmo haya resultado de su agrado, pese a sus deficiencias y equívocos involuntarios.

Oigo el claxon del coche de la pareja de mi sobrina. Debo acudir a su llamada. Me llevará a un lugar tranquilo donde reposar.

Es muy probable que en otro momento, y en circunstancias distintas, volvamos a coincidir y reanudemos nuestras íntimas deliberaciones, respecto a cualquier temática. Entonces, que no quepa duda, nos veremos envueltos en el arrullo de un maravilloso bienestar.

Pero ahora nos vamos. Por favor, cierre el libro.

(Esta obra ha sido revisada en Gavà, entre el 17-8-2012 y el 18-3-2013.)

(Nueva revisión que considero definitiva: del 5-5-2015 al 28-9-2015)